



HARVARD
MUSEUM

25





21
/ ead

701081007

ARTS AND CRAFTS

A JOURNAL OF THE



ARTE PARA ENSEÑAR
A HABLAR LOS MUDOS



ACTUALIDADES PEDAGÓGICAS

(NOTICIA DE ALGUNA DE LAS)

PUBLICADAS POR LA MISMA LIBRERÍA

- ARTUS PERRELET (L)**, El Dibujo al servicio de la Educación. Traducción y prólogo de Víctor Masriera. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- BAIN (Alejandro)**, La Ciencia de la Educación. Traducción del inglés por D. B., Profesor normal. En 4.º Pesetas, 8; en tela, 10.
- BAUDOUIIN (C)**, Sugestión y autosugestión. Estudio psicológico y pedagógico. Traducción de Domingo Barnés. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- BOON (Gerardo)**, Aplicación del Método Decroly a la Enseñanza primaria y la Instrucción obligatoria. Traduc. de R. Tomás y Samper. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- BOVET (Pierre)**, El instinto luchador (Psicología-Educación). Traducción de Domingo Barnés. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- CLAPAREDE (Ed.)**, Psicología del niño y Pedagogía experimental. Traducción de la octava edición por Domingo Barnés. En 4.º, con figuras. Ptas., 18; en tela, 20.
- DECROLY (Dr. O.)**, Problemas de psicología y pedagogía. Traduc. de R. Tomás y Samper. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- DECROLY Y MONCHAMP**, La iniciación a la actividad intelectual y motriz por los juegos educativos. Contribución a la pedagogía de los niños y de los irregulares. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- DESCOEUDRES (Alice)**, La Educación de los niños anormales. Traduc. de J. Orellana. En 4.º, con grabados y láminas. Pesetas, 8, en tela, 10.
- El desarrollo del niño de dos a siete años. Estudios de psicología experimental. Traducción de J. Orellana. En 4.º, con grabados y láminas. Pesetas, 7; en tela, 9.
- DEWEY (John)**, La Escuela y la Sociedad. Traducción del inglés y prólogo por Domingo Barnés. En 8.º, encuadernado en tela. Pesetas, 4.
- DOTTRENS (Robert)**, La Educación nueva en Austria. Del Imperio a la República. Traducción de R. Llopis. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- EVARD (Margarita)**, La Adolescente.—Estudio de psicología experimental. Traducción del francés por Domingo Barnés. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- FARIA DE VASCONCELLOS (A.)**, Una Escuela nueva en Bélgica. Traducción de Domingo Barnés. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- FERRIERE (Ad.)**, La Escuela activa. Traducción y prólogo de R. Tomás y Samper. En 4.º Pesetas, 10; en tela, 12.
- La práctica de la Escuela activa. Traduc. y prólogo del mismo. En 4.º Pesetas, 8; en tela, 10.
- La Libertad del niño en la Escuela activa. Traduc. del mismo. En 4.º Pesetas, 10; en tela, 12.
- La Educación autónoma. Arte de formar ciudadanos para la nación y para la humanidad. Traduc. del mismo. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- HAMAIDE (Amelie)**, El Método Decroly. Prólogo del doctor Claparède. Traducción de Sidonio Pintado. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- JENTZER (Ketty)**, Juegos educativos al aire libre y en la casa. Traducción de Jacobo Orellana Garrido. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- LEGENDRÉ (Mauricio)**, El problema de la educación. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- LEMAITRE (Augusto)**, La Vida mental del adolescente y sus anomalías. Traducción por Domingo Barnés. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- MARQUEBREUCQ (Fernando)**, Gimnasia racional y juegos para niños normales y anormales. Traduc. de J. Orellana. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- ROUMA (Jorge)**, La palabra y las perturbaciones de la palabra. Prólogo del doctor Lafora. Traduc. de J. Orellana Garrido. En 8.º, con grabados. Pesetas, 5; en tela, 6.
- Pedagogía sociológica. (Los influjos del medio en la educación.) Traducción de Domingo Barnés. En 4.º, con grabados. Pesetas, 8; en tela, 10.
- SAMPER (R. Tomás y)**, La Orientación profesional. (Determinación de las aptitudes. Análisis de las profesiones) y la Enseñanza profesional. Prólogo de Adolfo A. Buylla. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- SENET (Rodolfo)**, Educación de los sentimientos estéticos. Origen y Evolución. En 8.º Pesetas, 5; en tela, 6.
- VIQUEIRA (J. V.)**, Introducción a la Psicología pedagógica. Un volumen en 8.º, con figuras, encuadernado en tela. Pesetas, 6.

EDUCACIÓN DE LOS SORDOMUDOS

JUAN PABLO BONET

REDUCCIÓN
DE LAS LETRAS

Y

ARTE PARA ENSEÑAR
A HABLAR LOS MUDOS

NUEVA EDICIÓN ANOTADA, COMENTADA Y PRECEDIDA DE UN ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO SOBRE JUAN PABLO BONET Y SU OBRA POR

JACOBO ORELLANA GARRIDO

PROFESOR DE SORDOMUDOS

Y

LORENZO GASCÓN PORTERO

MAESTRO NORMAL



FRANCISCO BELTRAN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16. — MADRID

Nº TÍTULO = 417.282

COD. BARRAS = 1038833

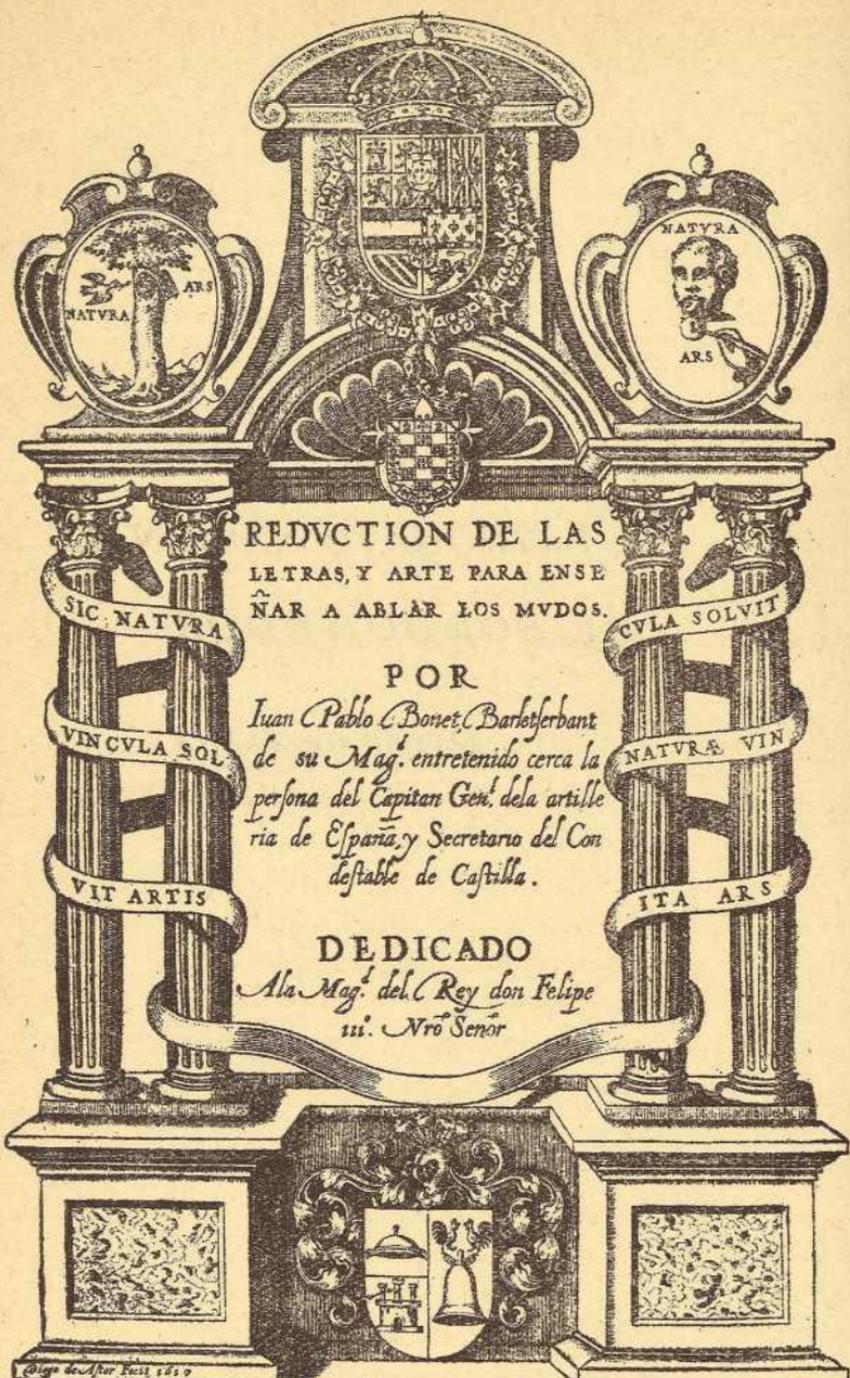
ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1930 BY
FRANCISCO BELTRÁN
— MADRID —

IMPRESO EN ESPAÑA

*AL PATRONATO NACIONAL
DE SORDOMUDOS*

JACOBO ORELLANA

LORENZO GASCÓN



REDVCTION DE LAS
LETRAS, Y ARTE PARA ENSE
ÑAR A ABLAR LOS MVDOS.

POR

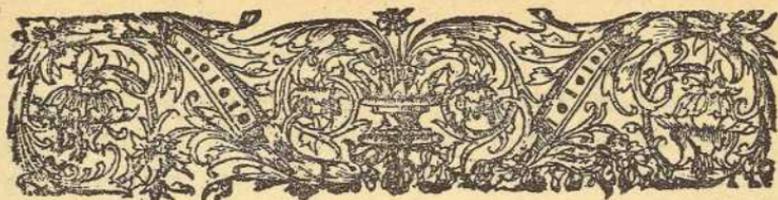
*Iuan Pablo Bonet, Barboferbant
de su Mag.^a entretenido cerca la
persona del Capitan Gen.^l dela artille
ria de España, y Secretario del Con
destable de Castilla.*

DEDICADO

*Ala Mag.^a del Rey don Felipe
iii. Nro Señor*

Plano de Astar Escal 1620

EN MADRID POR FRANCISCO ABARCA DE ANGVLO. 1620



EDUCACIÓN DE LOS SORDOMUDOS

JUAN PABLO BONET Y SU OBRA

BIOGRAFÍA Y CRÍTICA

ENTRE las escasas figuras de relieve mundial en la Historia de la Pedagogía de Sordomudos, agrandadas por la perspectiva del tiempo y sublimadas con la ayuda de más o menos informados autores y panegiristas contemporáneos, tenemos la del español Juan Pablo, más generalmente conocido por su segundo apellido Bonet.

Bonet fué tenido y lo es aún en muchas obras, como renovador, metodólogo que sujetó a reglas la enseñanza del lenguaje a los sordomudos y pedagogo experimentado. Sin embargo, está demostrado que Bonet tomó de un profesional de estas enseñanzas su célebre procedimiento.

La confección de su libro fué inspirada en los múltiples autores que cita y en otros que omite; y podemos afirmar que, en el sentido amplio que hoy damos a las palabras *práctico* y *experimentado*, no lo

fué Bonet, puesto que su labor se redujo a continuar la enseñanza del lenguaje a un solo alumno, ya demutizado por su antecesor Manuel Ramírez de Carrión, maestro insigne cuyo nombre no es posible omitir al hablar de Bonet.

Estas aclaraciones no merman en nada el valor social, moral y pedagógico de la obra de nuestro biografiado, hombre admirable por su actividad y altruismo, no exento de cierto orgullo y presunción injusta, al considerarse equivocadamente inventor de un procedimiento ya practicado con anterioridad.

Bonet rompió el pernicioso mutismo sostenido hasta entonces respecto a estas cuestiones de enseñanza especial y divulgó unos datos que destruyeron las supersticiones existentes en lo referente a la demutización; creó escuela sin proponérselo, sentó las bases del método oral y sin preocuparse de nuevos progresos, cambió el rumbo de su compleja vida dedicándose de lleno a la política. Puede decirse, pues, que su actuación pedagógica fué un episodio fugaz de su vida.

La total personalidad y el carácter de Bonet, pueden definirse estudiando los siguientes datos de su vida: Nació el año 1579 en un lugar de la provincia de Zaragoza denominado por aquel entonces Torres del Castellar y en la actualidad Torres de Berellén, pequeña aldea feudo de un señorío «El Castellar». Sus padres y abuelos, excepto el paterno, fueron aragoneses. El padre, Juan Pablo de Cerrereta o Cierreta, era oriundo de Tarazona; la madre María Bonet Guerquette, nació en Torres del Castellar. Eran viejos hidalgos cristianos, acomodados e influyentes en la localidad y dedicados especialmente a su hacienda.

No hay datos que acrediten que los ascendientes de Bonet se destacaran por otros méritos, alcurnia o profesión.

Los parientes de la generación de Bonet fueron, en cambio, de cierto relieve e influencia en la Corte por sus profesiones u obras pías. Uno fundó un convento de Franciscanas descalzas; otro ejerció el cargo de Secretario de la Inquisición en Zaragoza y un tercero fué un brillante capitán.

Este último trajo a Bonet a Madrid, muy joven y le proporcionó un empleo, que no se sabe cuánto tiempo le duró. A causa de su carácter emprendedor, e influido sin duda por el capitán, se alistó más tarde como soldado en las expediciones militares de aquella época, para combatir a los piratas berberiscos. Años después figuró también como soldado en las guerras que Felipe III sostuvo con Italia por el dominio del Milanesado y la Saboya. Así llegó a los veintiocho años (1607).

Su afición al estudio, los numerosos viajes que realizó y el ambiente que rodeó su vida de cortesano, proporcionaron a Bonet una cultura no común, llegando a poseer las lenguas clásicas, más el italiano y el francés, circunstancias que le abrieron las puertas de las mansiones aristocráticas.

Informado el Condestable D. Juan Fernández de Velasco (1607) sobrino de aquel otro Condestable cuyo hermano del mismo nombre fué discípulo de Pedro Ponce de León, de las cualidades de Juan Pablo, lo tomó a su servicio con el cargo de Secretario. Bonet contrajo entonces matrimonio con doña Mencía de Ruicerezo, de cuya unión nació un hijo que se llamó Diego y que murió cinco años después que su padre.

A los cinco años de casado partió para Milán en compañía del Condestable, designado para ocupar aquel gobierno.

En 1615 volvemos a encontrar a Bonet en Madrid, donde acababa de morir el Condestable D. Juan, a quien sucedió en el cargo su hijo mayor D. Bernardino, que contaba sólo cuatro años.

La madre del nuevo Condestable confirmó a Bonet en su cargo de Secretario y entonces fué cuando presencié durante cuatro años la labor de demutización que llevó a cabo Manuel Ramírez de Carrión, con el hermano menor del Condestable, niño de tres años, que había quedado sordo a los dos de resultas de una enfermedad.

Durante los cuatro años en que Bonet había seguido paso a paso la labor educativa de Ramírez de Carrión, el joven alumno había aprendido a leer, escribir y hablar con bastante perfección.

Obligado Carrión a volver al lado de su jefe y alumno sordomudo Marqués de Priego, de quien a la vez era Secretario, quedó sin preceptor el hermano del Condestable. Bonet aprovechó esta circunstancia y sin más preparación que la adquirida viendo trabajar a Carrión, se ofreció a la Duquesa de Frías, madre del niño, para continuar la educación de éste. Vióse obligado a ello por afecto y agradecimiento, más que por vocación; y estimularon su voluntad la caridad y el sentimiento, lo que nos pone de manifiesto las elevadas dotes morales y la varia capacidad de este hombre genial. Este hecho sentó las bases del método oral y dió origen al libro de donde hemos tenido que beber todos los educadores de sordomudos.

No hay datos precisos sobre el tiempo que duró la

educación del hermano del Condestable, bajo la dirección de Bonet; lo que sí se sabe es que al año o poco más de haberla comenzado apareció el célebre libro objeto de estas páginas, cuando su autor llegaba a los cuarenta y un años de edad. A partir de esta época se dedicó de lleno a la política, yendo a ocupar, con el consentimiento de la Duquesa de Frías, el cargo de Secretario del Conde de Monterrey, cuñado que fué de aquel funesto privado D. Gaspar de Guzmán, más conocido por el Conde-Duque de Olivares. Ocurría esto en los momentos en que subía al trono de España Felipe IV (marzo de 1621).

El parentesco que tenía Monterrey con el favorito real, le hacía gozar de gran influencia, que fué aprovechada por Bonet. Acompañó éste al Conde en una embajada que se le confió cerca del Papa y a su regreso fué nombrado Consejero de Su Majestad y Secretario del Consejo Supremo de Aragón, en 1626, cuando tenía cuarenta y siete años. Acudió a las Cortes de Barbastro y Calatayud, presididas por Monterrey, siendo elegido en ellas Presidente del brazo de los hijosdalgo.

En los críticos momentos en que el país sufría guerras, persecuciones y miserias, Bonet se distinguió apoyando al Rey y favoreciendo la creación de un nuevo subsidio, lo que le valió la concesión del hábito de la Orden de Santiago, aunque también la enemistad de sus conciudadanos.

Dos años después, en 1628, hizo testamento en la ciudad de Guadalajara, donde residía, dejando la hacienda a su hijo y disponiendo la fundación de una capellanía en la parroquia de San Gil en Zaragoza, dotándola con la suma de cincuenta libras anuales,

disposición que fué cumplida por su esposa doña Mencía, después de muerto Bonet.

En la última mitad de su vida fomentó con su peculio las obras religiosas, especialmente el convento de monjas de Alagón, el cual en pago de esta ayuda le nombró su patrón en vida y le autorizó a construir en él su sepultura y a tener sus armas en la iglesia.

Después de haber otorgado testamento asistió a una nueva embajada, de la que dejó una relación documental y murió en Madrid a los cincuenta y cuatro años de edad, el día 2 de febrero de 1633, cuando se iba a ocupar de la leva de tropas para una expedición guerrera fuera de España.

* * *

Para que la enseñanza de la lengua a los sordomudos responda a los esfuerzos del maestro es preciso que posea éste conocimientos pedagógicos y gramaticales. En la primera condición entra el conocimiento de la psicología infantil, y en la segunda el de las nociones que deben enseñarse; esto es, los elementos de la lengua. De la coordinación y armonía de ambas condiciones dependerá el valor del método adoptado. ¿Lo tuvo esto en cuenta Bonet? Veámoslo.

Examinando su orientación pedagógica se ve que Bonet colocaba en primer término el elemento palabra, lo mismo que Ponce de León, comenzando por la articulación, prescindiendo de la lectura labial cuya naturaleza y modo de adquisición desconocía. Hacía a su alumno expresarse en viva voz y él en cambio, no

empleaba en la comunicación más que la escritura y la dactilología, dándose la paradoja de que el mudo hablaba en las lecciones y el maestro enmudecía.

Hizo de la mímica el debido uso, utilizándola en el período de demutización y después de éste, cuando el alumno ignoraba el significado de ciertas locuciones intercaladas en el pensamiento que se le quería hacer comprender; pero la abandonaba totalmente tan pronto como el sordo adquiría el conocimiento de la lengua.

En el Libro II, capítulo II, indicó el modo como creía que debía encaminarse al mudo para iniciarle en el conocimiento de la lengua, formulando un principio de gran interés: «Por demostraciones se le han de dar a entender al mudo las letras y, por consiguiente, la lengua maternal... y para esto se debe tener por cierto que los mudos son prestísimos en aprender las demostraciones que se les hacen, porque así pretenden suplir la falta del oído, etc.», con lo que se muestra Bonet partidario de la intuición directa; evocación de las ideas mediante la observación de las acciones o de las cosas, asociación de estas ideas a las palabras que las representan oral o gráficamente. Si a esto hubiese unido la lectura labial sintética, comenzando por la frase antes que por la palabra y la articulación, hubiese hecho avanzar enormemente la demutización y nada o muy poco hubiesen tenido que agregar, en orden al progreso, los maestros actuales. Pero ni aun en la aplicación de su excelente, aunque incompleto principio, fué constante el autor, corroborando con esto que fué más maestro teórico que práctico.

Tuvo un acierto feliz al recomendar que se diese al sordomudo «la noción de los contrastes», esto es, de la

oposición o diferenciación de las ideas aparentes, de las contrarias o antitéticas, de las subordinadas, camino seguido actualmente por nosotros, obteniendo con él un gran número de asociaciones, que manifiesta espontáneamente el alumno. En esta misma dirección hemos aprovechado los conceptos de semejanza y de diferencia por las cualidades (color, forma, tamaño, orientación, etc.) en formas geométricas o naturales, que si tienen una aplicación concluyente en la educación sensorial, no dejan de tenerla también en la adquisición del vocabulario.

A la evocación de las ideas mediante la intuición u observación directa de los objetos, agregó Bonet la observación de los hechos o acciones y la relación entre las ideas y las acciones, procedimiento necesario para fijar en el espíritu del sordo el exacto sentido de las palabras y las formas de la lengua.

No usó bien Bonet de este principio, acudiendo frecuentemente a enseñar la palabra aislada, intercalando el gesto como vínculo entre la idea y el signo de ella; y no sólo esto, sino que pretendió que los gestos solos evocaran en su alumno las ideas, como le sucedió al quererle enseñar los nombres abstractos, a los que llamó «nombres demostrativos no reales». Esto no debe extrañarnos en quien no tenía más experiencia que la del novicio en materias pedagógicas, por lo que cuando se le presentaba una dificultad insuperable, la eludía en vez de resolverla. Así le ocurrió por ejemplo al tratar de los *Casos*, en Gramática, diciendo que no existían en castellano, cuando hubiese sido más exacto afirmar que no influyen en la forma de los nombres, pero que se encuentran en el pensamiento y se traducen en la frase.

Pero nada de lo dicho puede redundar en demérito de este hombre que, si no fué un maestro en el sentido más amplio de la palabra, puso su voluntad y su gran valía al servicio de un empeño noble, cual fué el de perpetuar en un libro cuanto pudo saber y aprender sobre el arte de demutizar.

* * *

Los estudios de la Fonética estaban en estado rudimentario en tiempo de Bonet, en relación con la época actual; por eso se nota a veces poca precisión en sus definiciones y cierto miedo a penetrar en la materia. Ignoraba la intervención que tenían las cuerdas vocales y el velo del paladar en la formación de los elementos de la palabra y conocía muy someramente la de la lengua; así, ni al describir las vocales ni al estudiar las consonantes, mencionaba dichos órganos, dejando sin tocar otros puntos importantes como los relativos a la laringe y al tacto.

Enseñó a su alumno los caracteres escritos y los signos de la dactilología, antes de iniciarle en la articulación. Negó eficacia a la lectura labial, diciendo que no era enseñanza necesaria, antes bien sería muy defectuosa cosa enseñarla... porque para ir leyendo el mudo por la boca del que habla ha de ver la formación de cada letra como en la mano cuando le hablan por ella... y fuera ilícita cosa obligar a que todos los que hablasen al mudo lo hiciesen boquiabiertos, etc.

Como se ve, entre la concepción de Bonet sobre este asunto y la moderna, después de adoptados los *métodos naturales* de demutización (Malisch, Herlin,

Garret, etc.) media un abismo. Los hechos nos están demostrando diariamente el error de Bonet.

Más atinado estuvo cuando discurrió sobre el tratamiento de la sordera y la reeducación auditiva, proscribiendo los medios violentos de refuerzo de la voz humana; pero pasó esta cuestión someramente, como si no tuviese conocimiento del mecanismo cerebral de la palabra, ni de otros procedimientos mecánicos empleados para reforzarla.

Acertó cuando se pronunció contra el deletreo empleado en la enseñanza de la lectura, porque en él no se emplean las letras en su verdadero valor, creando con ello dificultades que, por el contrario, deben evitarse. Ésta es sin duda la parte más interesante de su obra y en ella fundó el título del libro, *Reducción de las letras a sus elementos primitivos*, en cuyo estudio no entramos, remitiendo al lector al notable trabajo debido al Profesor Navarro Tomás, *Doctrina Fonética de Juan Pablo Bonet*, publicado en la *Revista de Filología Española*, tomo VII, año 1920, donde el señor Navarro hace una verdadera disección de la obra y aporta datos y juicios de extraordinario interés.

Insertamos a continuación el índice de los Documentos que nos han servido para la biografía de Bonet, reproduciendo también algunos otros que figurando en la edición príncipe de su maravilloso libro son a nuestro juicio los más interesantes y curiosos para el que estudia; son estos: la Dedicatoria que el autor hizo de su obra al rey Felipe III; los versos que en alabanza de Bonet y de su obra escribió Lope de Vega; el Prólogo de Bonet y la Lista de autores citados por éste.

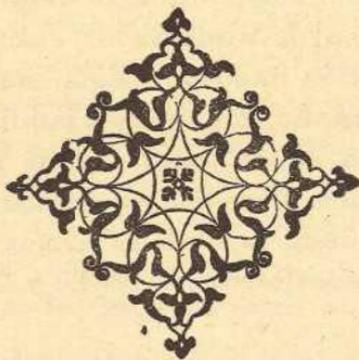
La notable obra de Bonet que a continuación se reproduce es, no sólo un documento metodológico gramatical de primer orden para la enseñanza de los sordomudos, sino también único. De la edición primera existen contadísimos ejemplares considerados como libros raros en las bibliotecas. La mayor parte de éstos pasaron al Extranjero, donde han sido copiosamente traducidos. En España sólo se conoce una reedición-facsímil hecha hacia 1880 por D. Santos María Robledo, posteriormente reproducida por el Colegio Nacional de Sordomudos, ejemplares que hoy son de adquisición imposible. Esta, más que cualquiera otra causa nos ha impulsado a publicar nuevamente la Reducción de las letras y Arte para enseñar a hablar los mudos. Para mayor comodidad de los lectores hemos puesto la obra en Ortografía moderna, respetando, naturalmente, el estilo y la redacción del original.

Terminamos estas notas reiterando nuestra admiración por el hombre que con Ponce y Ramírez de Carrión rompieron la tradición penosa que hacía del mudo un sér extraño, ineducable, consiguiendo desenvolver sus facultades y desatar su lengua, restituyéndole al consorcio social del cual se hallaba en cierto modo separado.

Jacobo Orellana.

Lorenzo Gascón.

Madrid, 1929.





INDICE

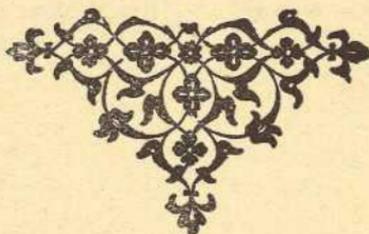
de documentos consultados para la biografía de Bonet

- I. *Partida de nacimiento de Bonet.—Archivo General de Simancas, Sección de Contaduría de Mercedes de Juro, legajo 1.094, Fol. 90.*
- II. *Genealogía de Bonet.—Se halla en la primera página (folio) de la Real Cédula de Felipe IV, en la que se concede a Bonet el Hábito de la Orden de Santiago.—Archivo Histórico Nacional.—Sala de Ordenes Militares.—Expediente 6.131, piezas 10 y 2, folios 1 y 5.—Búsquese en el Archivo Histórico Nacional en el Catálogo de Ordenes Militares por el apellido Pablo y no por Bonet.—El legajo consta de diez piezas de a folio numeradas con lápiz azul.*
- III. *Real Cédula de Felipe III concediendo a Bonet unos haberes por su empleo en la Artillería, año 1612.—Archivo General de Simancas.—Secretaría de Guerra; libro 114. Folio 100.*

- IV. *Relación de los vestidos, joyas y otras cosas que yo, Juan Pablo, llevo a Roma para el servicio de mi persona.—Año 1621.—Archivo General de Simancas.—Cámara de Castilla.—Legajo 1.116. Fol. 27.*
- V. *Patronazgo del Convento de Alagón. (Nombramiento de Patronos a favor de las familias Bonet y Campán.)—Clero.—Franciscanas.—Alagón.—Zaragoza.—Legajo número 7. Para hallar este documento hágase por el Catálogo o Inventario de procedencias del Archivo Histórico Nacional de la Sección de Clero Secular y Regular de 1924, página 105 y por el siguiente orden: Primero se buscará Zaragoza, después Alagón y Franciscanas menores observantes.—La Concepción. Allí se verá que estos documentos constan de pergaminos y papeles desde 1468 a 1631. Hay seis pergaminos y seis legajos de papeles. Llegados aquí se pierde el camino para hallar el legajo siete, pues no habiendo nada más que seis haría pensar en un posible error. No obstante, la signatura verdadera es la indicada al principio, legajo 7, porque en realidad, el expediente completo donde se hallan estos documentos consta de doce legajos, si bien solamente los comprendidos entre el seis y el doce inclusivos y numerados allí de 1 a 6 son de Alagón; y los del 1 al 5 de otra procedencia, por lo que siguiendo la numeración del expediente completo resulta que el legajo número 7 es el 2 de los de Alagón. Este legajo número 7 consta de tres partes: una primera de piezas en folio y en 4.º, y la*

segunda constituida por dos paquetes iguales de piezas en 4.º atadas separadamente de la primera parte; y la tercera o inferior formada por piezas en folio. Entre éstas se halla el documento del Patronazgo y el que sigue.

- VI. *Escritura de fundación de una Capellania por doña Mencía de Ruicerezo, esposa de Bonet, en cumplimiento de disposición testamentaria de éste. Es el único documento de este legajo, cuya portada es de pergamino y está formado por dos partes distintas; la primera, particular y perfectamente legible, referente a la fundación, y la segunda documental y oficial, transcribe párrafos del testamento de Bonet, se describe algo de su vida, se indica su último empleo y residencia, anotándose asimismo el nombre e ideas de Bonet, fecha de defunción y de la de su hijo y referencia de un codicilo.*
- VII. *Bonet en las Cortes Aragonesas de 1626.—Archivo Histórico Nacional.—Clero, pieza dos, fol. 5 v., legajo 7.*
- VIII. *Cláusulas del testamento de Bonet y de su mujer, 1628-1632, Archivo General de Simancas.—Contaduría de Mercedes de Juro, legajo 1.094, fol. 90 y siguientes.*



Dedicatoria a Felipe III

SEÑOR:

SERVICIO es de vuestra majestad cuanto se trata en este libro (por ser en beneficio común) y así fuera cosa impropia dedicar servicios y hechos por criado a quien no fuera el dueño de ellos y de él. Suplico a vuestra majestad con toda humildad, se sirva admitir este entre los demás que en diferentes materias he procurado hacerle, sirviendo en Francia, Saboya, Italia y Berberia, y honrarme, pasando sus reales ojos por él; que aunque pido mucho, mereciendo poco, espero, que por ser tan peregrina la materia, podrá la curiosidad mover a vuestra majestad, cuya católica persona guarde nuestro Señor, como la Cristiandad, y sus vasallos habemos menester.

LOPE DE VEGA CARPIO

AL AUTOR

LOS que más fama ganaron
Por las ciencias que es-
[cribieron,

A los que ya hablar supieron,
A hablar mejor enseñaron,
Pero nunca imaginaron,
Que hallara el arte camino,
Que los defectos previno
De naturaleza falta:
Sutileza insigne y alta
De vuestro ingenio divino.

La Retórica hallar pudo
El arte de bien hablar
Pero nunca pudo hallar
El arte de hablar un mudo.
El más rústico, el más rudo
Con lengua puede aprender,
Hasta llegar a saber:
Pero hablar sin ella un hom-
[bre,

Asombra: pero no asombre,
Si sois quien lo pudo hacer.

Que si Dios puesto no hubiera
Tan divino ingenio en vos,

Sólo del poder de Dios
Digno este milagro fuera:
De donde se considera
(Debajo de la doctrina
Que la Fe nos determina)
Pues que Dios lo puede hacer,
Que os sustituye el poder
La misma ciencia divina.

Que lo posible pudistes,
Con alto ejemplo se ve,
Tan matemática fué,
La demostración que hicistes:
Voz quitastes, y voz distes,
Pues no os acierto a alabar,
Los mudos pueden hablar,
Cuando yo lo vengo a ser,

Que no siento enmudecer,
Pues vos me habéis de enseñar.

Autores citados en este libro

- San Agustín.*
Aristóteles.
Aristarco.
Aelio Donato.
Aspero Juniorio.
Asperio.
Antonio de Nebrija.
Ambrosio de Salazar.
Beroso.
Blondo Flavio.
Doctor Bernardo Alderete.
Casiodoro.
Carisio.
Cledonio.
Clenardo.
Constantino Lascharis.
Dionisio Alicarnaso.
Diodoro Sículo.
Diómedes.
Donato.
Diógenes Laercio.
Despauterio.
Erasmo.
Flacio Alcuino.
Focas.
Francisco Aluno Ferrares.
Francisco Sánchez Brocense.
San Jerónimo.
Glosario.
Jerónimo de Zurita.
Herodoto de Alicarnaso.
San Isidoro.
Josefo.
Junior.
Juan de Barros.
Justo Lipsio.
Padre Juan de Mariana.
- Julio César Escalígero.*
Juan Goropio Becano.
José Escalígero.
Juan Bautista Porta.
Doctor Juan Sánchez Valdés.
Juan de Miranda.
Lucano.
Maniomo.
Máximo Victorino.
Marciano Capella.
Mauro Victorino.
Mario Valerio.
Manuel Alvarez.
Plinio.
Plutarco.
Prisciano.
Palemón.
Probo.
Papia.
Pedro Diácono.
Polidoro Virgilio.
Ponciano.
Pedro Gregorio Tolosano.
Pedro de la Primaudie.
Pedro Simón Abril.
Quintiliano.
Quinto Terenciano.
Rosino.
Sergio Gramático.
Servio.
Lcdo. D. Sebastián de Covarruvias.
Tucidides.
Terenciano.
Tritemio.
Vaseo.
Velio Longo y Vitorino Afro.



PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

El tiempo descubridor de novedades, registro de las cosas antiguas, calificador de su verdad, y perfeccionador de ellas, ha descubierto en diversas edades por medio de eminentes varones, tantas y tan perfectas y varias como hoy se saben, necesarias al uso de la vida, aseguradas con la experiencia y perpetuadas en sus artes: con que podemos decir que ha entrado a la parte con la naturaleza, ayudándola, y esmaltándola sobre sus principios de manera que en algunas de sus obras que quedaron informes el suplimiento y labor les dió quilates, esto aprobaron con tanto exceso los antiguos, que a los que fueron inventores de algún arte, o hallaron secreto con que se ayudasen, o conservasen con menos trabajo, y más seguridad les dieron el señorío sobre sí, de cuyos principios le tuvieron muchos reyes coronándolos en sus vidas, y adorándolos como a dioses en sus muertes, durando en sus descendientes el beneficio no sólo por premio del común que hicieron, sino para mostrar

también que duraba siempre la sucesión del reconocimiento; y con ser tan grande la excitación de la ambición y codicia y mayor necesidad de remedios la que padecen las gentes en los defectos naturales con que suelen nacer algunos, y de estos mayores aquellos que impiden la manifestación del alma racional como el de los mudos, pues por ello pierden la vez de hombres para con los demás, quedando tan inhábiles a la comunicación, que no parece sirven de más que de piadosos monstruos de la naturaleza, que imitan nuestra forma. Con ser esto así, y la necesidad tan común, y su remedio posible, los sabios antiguos y los filósofos modernos escrupulosísimos escudriñadores de la naturaleza y sus admirables efectos, y que gastaron tanto tiempo y trabajo en buscar remedios para cada una de las partes de nuestros miembros que padece lesión, para ésta nunca le buscaron, o no le hallaron nunca: siendo enfermedad que tiene cura con medicamentos de industria, y arte tan cierta y real que se reduce a demostración y excusa de disputa, y tan amplia que no sólo llega su magisterio a enseñar a hablar los mudos, más a leer, escribir, y contar y todas las demás cosas que pueden saber los que no nacieron con este defecto, y con discurso tan claro e inteligible, que entienda y dé a entender los conceptos del alma, de manera que en ninguno de todos sus efectos se conozca la falta del sentido del oír que es naturaleza en ellos, mediante hablarles por escrito o con las letras de la mano, por fundarse todo él en la grande perfección de las nuestras letras, a las cuales habiéndolas hallado su primera nominación, ha sido posible habilitar al mudo a que las conozca, y use del valor de ellas, no por vía de geroglíficos sino tan

virtual y científicamente, como las usamos los que hablamos y oímos, y sin medios de violentas voces, ni atormentarles la garganta, sino por este arte claro y fácil, de manera que cada cual pueda enseñarlo, que para esto he procurado explicarme, lo más inteligible que he podido, y por hacerlo más común, y de mayor y más general provecho; y por si acaso se sirvieran de él los extranjeros, pues es el daño común a todos y lo puede ser el remedio, acabo el libro mostrando cómo podrán aprovecharse de él, pues no con sólo traducirle pudieran. A esto me movieron el amor y obligaciones de la casa del Condestable mi señor, donde al presente se ve en un hermano de su excelencia esta lástima (si bien no fué natural en él, porque oía hasta edad de dos años) y el cuidado inmenso con que mi señora la Duquesa su madre ha procurado intentar los posibles remedios, para suplir este defecto, buscando personas y haciendo liberales gastos, por que no quedase un tan gran señor sin remedio. Y como pocas veces dejan de acertar los que con amor grande lo desean, yo como tan reconocido y fiel criado de su gran casa, empecé a discurrir, con particular advertencia, contemplando, examinando, y tentando la naturaleza por todas las partes que parece se reparte en los demás sentidos y potencias lo que quita a alguno buscando siempre la perfección del compuesto que es dechado de su saber y potencia, y procurando con particular atención hacer mina por donde entrar a dar razones a la razón, salvando el muro que ni se puede abrir ni asaltar: hallé al fin vía secreta por donde entrar y camino llano por donde salir, fundado todo en que la nominación con que nos sirven nuestras letras, es tan simple que se sujeta a ser demostrativa y la inteligencia de las

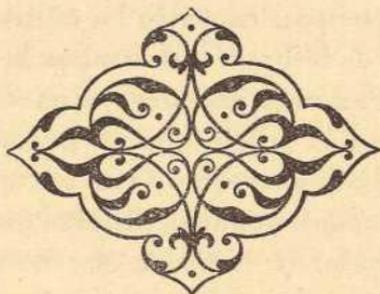
demostraciones no la negó la naturaleza a los mudos, antes quiso suplir con una agudísima atención que les dió mucha parte de lo que les había quitado en el oído, y así por seguirse este beneficio de haber hallado a nuestras letras la simplicidad de sus nombres me ha sido necesario tratar de ellas en el libro primero, materia esencialísima por los efectos tan útiles que proceden de ella; pues de más de la enseñanza de los mudos pueden aprender a leer los niños en diez o doce días; y para esto he procurado inquirir los nombres que a estas letras les dieron los primeros inventores y buscando la razón en que se fundaron para tan ingeniosa inventiva, que con muy grande llamó el eminente historiador Juan de Barros (Juan de Barros, prólogo, prime. Deca), a artificio cuya invención más parecía por Dios inspirada que inventada por algún humano entendimiento, y con más propiedad pudiera decir esto si alcanzara a ver los efectos que de él se siguen en este libro, e hiciera la ponderación mayor, no del ingenioso artificio de las letras en común sino del de las nuestras latinas en particular, pues son ellas solas a las que con propiedad debemos llamar letras como se mostrará en este libro y esta excelencia suya es tal que si me adelantase a decir que entre las demás ellas solas son a quien se les debe dar el blasón y atributo de letras de la naturaleza, saldrá ella misma a autorizar esta verdad comprobándola con el efecto, pues como con remiendos del mismo paño queda satisfecha hablando el mudo por medio de ellas, no pudiendo por otras por cuanto no las abraza, que para recibirlas lo impiden sus nombres compuestos imperfectos para ser demostrativos.

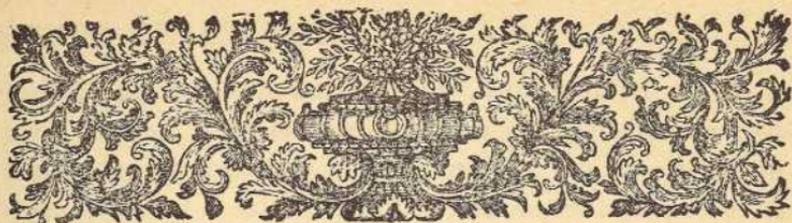
Resulta también de esta materia por dependientes

de ella otras curiosas que por la novedad deben estimarse en algo, y un tratado que enseña cómo se pueden leer las cifras que no tuvieren más arte que la mudanza de caracteres y cómo se escribirán para no poder ser leídas sin su descifra y otro para aprender por sí solo a leer la lengua griega en ocho días como la nuestra, y sabiendo ésta antes, en dos, por quitar en ambas la nominación y delectamientos confusos e imperfectos, y una declaración muy copiosa de las ligaduras de aquellas letras. Y pues la invención de las cosas nuevas es tan difícil y tanto también el ponerlas en arte, si yo faltare en algo a la plática de lo que no pudo prevenir toda la especulación que he hecho, no porque falte de parte de la verdad probable y aprobada, ni de incluirse implícitamente en las reglas que escribo, sino de algunos preceptos que por no ser prolijo son concisos, causarlos ha el intento principal que he tenido de la brevedad, aunque la materia pedía y tenía capacidad para grandes volúmenes, y tan general que apenas hay sujeto que no pueda tocar en algo de ellas con algún provecho: de mi parte me contentaré con que el conocimiento de la utilidad que deseo resulte de este mi trabajo, dé motivo a que lo aumenten y suplan otros mayores ingenios y que con mayor claridad de razones pongan por escrito las ideas confusas que sin llegar a luz son abortos del entendimiento en que gasté más tiempo para arcadecearlas a la lengua y de ella a la pluma que en entender lo que he querido declarar con ella. Esto todo ofrezco a mi nación España y patria Aragón deseando que se luzca este trabajo en beneficio común sin que otra cosa mueva a mi ánimo por no tenerle prendado de ambición ni codicia con que al discreto lector le doy más ocasión de honrarme

ora agradeciéndome este trabajo ora aumentándole con su ingenio que aunque añadir a lo inventado se tiene por fácil acción, yo no la tendré sino por merecedora de estimación muy grande.

Juan Pablo Bonet





LIBRO PRIMERO

DE LA REDUCCIÓN DE LAS LETRAS

CAPITULO PRIMERO

Que las letras de que usa nuestro idioma castellano, son las latinas, y que la tradición ha podido mudar la nominación de ellas

AUNQUE muchos autores nacionales y extranjeros, en sus escritos han tratado tan largamente de nuestra lengua castellana y de las letras latinas con que se escribe, y todos con tanta erudición e ingenio, que parece no dejaron cosa que se les pudiera añadir, y que en este arte se ha de tratar de ella y su alfabeto para tan diferente como utilísimo fin, no se hará acrecentando a las materias escritas, ni siguiendo diferentes opiniones, hasta pasar adelante de todas las

tratadas hasta ahora, no obstante que por el nombre parezca que son de un mismo linaje. Y porque uno de los fines que se llenan en el decurso de este libro es procurar abreviarle todo lo posible, se hablará muy de paso en lo que no fuere esencial a la declaración del yerro que hay en la nominación de nuestro abecedario, que es el fundamento de esta doctrina y causa de tardar tanto los niños en aprender a leer, pudiendo en quince días, y menos enseñárselo. Y asimismo la facilidad con que el arte puede suplir el mayor defecto de naturaleza, haciéndole para enseñar a hablar a los mudos, cosa increíble a la común opinión, y que no sólo el ejecutarlo, más el proponerlo, engendra en quien lo ignora un abismo de dudas por parecer que es sobre los límites de la naturaleza que se imposibilitó en aquella parte y la negó al mudo, con ser su oficio el esforzar siempre a la perfección del compuesto, y siendo esta una de las más principales y sus fuerzas tan aventajadas al arte, éste parezca que le quiere exceder en este caso.

Y comenzando la primera proposición, se ha de advertir que en nuestro vulgar lenguaje castellano concuerdan diversos autores que es compuesto de diferentes lenguas, porque cada nación que pobló o sojuzgó a España, dejó en ella muy gran parte de la suya y que particularmente tiene de la hebrea, gótica, latina y arábiga; pero en cuanto al carácter y pronunciación de las letras con que se escribe, no admite duda que es solo de la latina; de manera que se ajustaron todas estas lenguas a ser explicadas por veintidós letras latinas, que aunque se comenzaron a introducir las góticas que inventó el Obispo Ulfilas Godo, como refiere el P. Juan de Mariana (*Historia de España*,

tomo I, lib. 9, c. 18.) se dejaron de usar en Castilla desde que excluyendo el Misal Toledano, que era el gótico, se recibió el romano (que entonces llamaban francés) por la declaración que el Rey D. Alfonso VI hizo, viendo saltar de la lumbre el romano y estarse en ella también sin quemarse el gótico. Y lo mismo había antes mandado en Aragón el Rey D. Ramiro I, como lo trae Jerónimo de Zurita en los Anales de aquel Reino (tomo I, li. I). Volviendo, pues, a nuestras letras, las que usamos son: a b c d e f g h i l m n o p q r s t u x y z, y el nombre que el uso les ha dado a cada una es notorio. Estas las han dividido en vocales, consonantes, semivocales, mudas y líquidas, las cinco vocales tienen nombre de voz simple articulada, sonora y significativa, como lo habían menester para lo que sirven, y las diez y siete no tienen el nombre propio que se les dió o debió dar en su primera invención, como adelante diremos; mas como todas las cosas que se saben por sola tradición están sujetas a ser acrecentadas o disminuídas, ocasión tendremos bastante para discurrir si el defecto que halláremos en la nominación de las diez y siete es imperfección que se conserva en ellas desde su primera invención, o corrupción y yerro procedido de haberse la tradición equivocado; y para esto procuraremos inquirir la razón en que los primeros inventores pudieron fundarse para tan sutil e ingeniosa inventiva, y no será mucho que la tradición haya mudado la nominación de las letras, no siendo capaces sus nombres de ser escritos por su simplicidad, pues lo que está no sólo encomendado a la tradición como ellas sino sujeto a ser escrito, muestra la experiencia la diferencia grande de cómo se habla ahora a como se hablaba no ha muchas edades, pues

en los escritos antiguos se hallan diversas razones que con dificultad notable llegan a ser entendidas, y la lengua latina, que no admite dispensación en mudarle los vocablos, está por lo menos sujeta a que los acentúen de manera que se desconozcan. Como le sucedió a Joseph Escalígero (*Opúsculos*), el cual cuenta en una carta que escribe a Stephano Uberto, que anda en sus *Opúsculos*, que después de haber hablado con él un inglés un cuarto de hora en latín, y no entendiéndole más que si en turco le hablara, pidió a un amigo de ambos que a toda esta conversación se halló presente, que le disculpase con él porque no estaba práctico en la lengua inglesa, entendiendo que le había hablado en ella.

De manera que es tan grande la diferencia con que pronuncian unas naciones de otras en una misma lengua, que pudo desconocerla Escalígero siendo en ella tan eminente y dar ocasión a que se riese de su engaño (como lo hizo) el que había de disculparle.

CAPITULO II

Si fueron inventadas las letras latinas, y siéndolo, como fué su invención

QUIENES fueron los primeros inventores de las letras, es materia en que discuerdan los que cerca de ello han escrito, porque unos dicen que sirios, otros que egipcios, otros que etiopes, otros dan esta honra a los fenicios, diciendo que Cadmo trajo de

Fenicia a Grecia estas diez y siete letras (Plinio, libro 7, cap. 56): a b c d e g h i l m n o p r s t u, y que después se le juntaron las demás. Otros afirman que los inventores fueron los hijos de Seth, que escribieron sobre materias celestes y encerraron sus escritos en dos columnas; pero sean los inventores cualesquiera, lo que importa para nuestro asunto es procurar investigar las razones en que se pudieron fundar para tan importante invención, y si a las nuestras latinas les dieron sus inventores los nombres compuestos, como muchas los tienen, o si simples a todas, porque con esto llevaremos mayor luz para lo que adelante se fuere diciendo. Y si pareciere prolijidad lo que se gastare en apoyar esta proposición, se advierte que consiste toda esta enseñanza en asentarla sobre este fundamento, y como es materia nunca tratada y que no solamente ha de recibirla el uso, sino que ha de ser eludiendo y desechando lo que tan recibido tenía, mal se podrá quitar a la costumbre su posesión e introducir otra en su lugar menos que a precio de satisfacción muy cumplida. Nuestras letras latinas se debe presuponer que o fueron inventadas o imitadas a otras, y así será necesario en semejante duda que discurrámos sobre ambos casos, pues forzosamente ha de ser uno de éstos. Y comenzando por el primero, si fueron inventadas, se ha de advertir que cuanto podemos hablar se reduce a vientiuna diferencias y posturas, que se ha de considerar hace la boca, variándolas con la lengua, dientes y labios, en la formación de la respiración sonora de que proceden otras tantas diferencias de sonidos, los cuales, articulándose juntos, componen las sílabas y palabras, y se razona declarando el alma por este medio los conceptos que desea publicar, y

compruébase que no hay otros sonidos simples más de veintiuno, en que si hubiera alguno necesariamente lo echáramos de menos, porque todo lo que se habla se escribe, y para escribirlo nos faltaran letras, que como la palabra en voz se forma de diferentes respiraciones sonoras, y escrita de diferentes letras, que tienen el valor de aquellas respiraciones, cuando llegara la ocasión de significar con letra alguna voz y no la hubiera, fuera forzosa cosa (como está dicho) echarla menos, y si alguna excepción hay en esto, se tratará adelante, que es la tilde de sobre la ñ, la cedilla de la ç, y las variaciones de voz que hacen la C y la G.

Reducidos, pues, todos estos sonidos a veintiuno, hicieron otras tantas señales diferentes, para cada uno el suyo, que son los caracteres, notas o lineaturas que llamamos letras, y que cada uno valiese lo mismo que la respiración sonora que representaba y el carácter que entonces se señaló a cada respiración quedase inmutable para sólo servirla, como a la respiración clara y sonora (1) que se forma abriendo la boca y estándose la lengua quieta, la dieron por señal este carácter A, y otra respiración menos fuerte, y no tan sonora, que se forma estando los labios pegados y entreabriéndose para que salga, le dieron este carácter B, como pudieron darles otros muy diferentes, puesto que los que les dieran significaran lo mismo; y si éstos no fueron hechos *ad placitum*, sino con particular cuidado, se dirá adelante cuál pudo ser el que movió a que no fuesen casualmente, sino a que eligiesen más

(1) Obsérvese que Bonet acusa aquí una especie de resonancia, probablemente la craneana, básica hoy para la demostración ante el sordomudo de lo que es el sonido. Tactación vibratoria.—J. O.: L. G.

estos modos de figuras que otros, y de esta manera se fué continuando por las demás respiraciones, dándoles su señal a cada una, a las cuales después llamaron letras, y así no es otra cosa el escribir que juntar tantas y tan diferentes letras, cuantos y cuan diferentes era necesario que fuesen los sonidos de las respiraciones de que se había de formar y componer la palabra que se quiere pronunciar, y guardando el orden dicho, de que cada letra sea la propia que representa la respiración a quien se le dió por retrato, y que tenga por nombre el sonido de aquella respiración (San Isidoro, etimología, lib. 1, c. 4). Y si pareciere no muy posible el haberse podido conocer y distinguir la diversidad de las respiraciones con que se hablaba para reducir-las a número y distinción tan conocida que pudiese cada una ser significada por medio de un carácter, y dándole denominación apropiada, como queda dicho, de que hace no poca admiración Polidoro Virgilio (de inventor rerum, lib. 1, c. 1), hacerlo ha posible y fácil el símil que cada día se nos ofrece, que tocando un instrumento músico donde le oiga un diestro en él, sin ver la cuerda o tecla que toca, dirá el nombre de cada una, y sin haber hecho para esto más estudio que el uso, y donde concurría éste y la necesidad, que ambas cosas son tan grandes maestros, pudo con facilidad facilitarse, especialmente consistiendo en la atención del oído, como sucede a los mudos en la de la vista, los cuales por los movimientos de los labios de los que les hablan entienden mucha parte de aquello que les dicen, y los que oímos no sabremos hacer otro tanto, porque no milita con nosotros la razón de necesidad forzosa, que los enseña a ellos, mas los primeros inventores tuviéronla como los mudos.

Hase dicho veintiún carácter, no obstante que tenemos en uso veintidós sin la K, que de ésta porque no la usamos no se tratará, y la otra que debe ser excluída, cuanto al sonido, por no tenerle distinto de todas las demás letras, es la y, que llamamos y griega, pues lo mismo vale esta i, que es la verdadera latina; y así no hay necesidad forzosa de la otra, ni la tuvieron los inventores, que cuando no la usáramos, no por ello se dejara de escribir correctamente, pues en la pronunciación es uno el sonido de ambas, lo que no pudiera ser si faltara cualquiera de las otras letras, por tenerle todas, como queda dicho, diferente; pero está tan recibida, que no es de inconveniente el usarla nuestro alfabeto, por lo mucho que está escrito con ella, y parece que hermosea y acompaña su carácter a las demás letras, cuando poniéndole sólo hace oficio de conjunción, que es eslabonar las razones, aunque algunos no se sirven de ella en sus escritos. Así parece que lo sintió el doctor Bernardo Alderete, en su libro de origen de la lengua castellana, pues en toda aquella impresión no quiso usar sino de esta i, con que dió a entender que ésta sola tiene por la originaria latina; y el maestro Simón Abril, en el libro de Gramática Griega que escribió en romance, no usa tampoco sino de nuestra i pequeña, y el mismo nombre de y griega; y el no valerse de esta letra el latino, sino para dicciones que vienen de la lengua griega, da a entender que no es latina, sino que el uso la ha ido introduciendo, y que ha venido del alfabeto griego al nuestro; y Antonio de Nebrija, llegando a tratar de ella en su diccionario latino, pasa adelante diciendo: esta y es letra vocal de los griegos.

CAPITULO III

Si fué su principio de las letras latinas por imitación, a cuáles imitaron y cómo

No parece que pudieron tener otro género de inventiva las letras latinas, ni otras ningunas que la dicha, si es así que su invención y origen fué sin dependencia ni imitación de otras; mas por si acaso lo fué (que es lo más cierto) nos toca, como hemos ofrecido, decir a cuáles imitaron y cómo, qué tomaron de ellas y qué dejaron. Parece de razón que habiéndose de introducir letras a imitación de otras, que se acudiría a la madre y origen de ellas, y que para ajustarlas a los acentos latinos, se valdrían de lo que hubiesen menester de ellas, dejando todo lo no necesario y superfluo, como aquel que tiene en qué escoger. Y has de advertir que el traer letras de una provincia a otra no consiste, ni se entiende en lo material de las figuras que llamamos caracteres, o notas, que importa poco ser más de una forma que de otra, sino en las voces que significa y éstas ajustarlas con el sonido de su lenguaje; y si con menos diferencias de sonidos se incluye el de los unos que el de los otros, por lo consiguiente no tendrá necesidad de tantas letras, pero sí más le tendrá de acrecentar tantos caracteres cuantos fueren los sonidos que han de significar y les faltan. Las letras que son conocidas por sagradas generales, y

que prefieren a todas, son la hebrea, griega y latina. Así lo dice San Isidoro (Etimología, libro 1, cap. 9), por ser en las que está escrito todo lo tocante a nuestra santa Fe por Patriarcas, Profetas, Evangelistas y Doctores de la Iglesia, y por tanta diversidad de Santos, y estar en estas tres letras escrito el título de la Cruz de Cristo nuestro Señor, que fué quererle hacer notorio a todo el orbe, por medio de la generalidad de estas tres lenguas. Cuál de ellas fué la que podemos llamar madre de las demás, y a quién se le debe por su antigüedad, es la hebrea, y así lo hemos de asentir para que la tengan sus letras, cosa que se hará sin causar prolijidad, pues tan largamente lo escribe San Agustín en la Ciudad de Dios (lib. 16, c. 2), y San Isidoro en sus etimologías (etimologías, lib. 9, c. 1, Gen. c. 11) que se la dan de antes de la confusión de las lenguas, diciendo que era una sola la del mundo, como parece en el Génesis, y añaden ser la hebrea, que se conservó en Heber y su sucesión, de donde tomó nombre de hebrea, que hasta allí no tuvo ninguno, pues como sola no necesitó de distinción.

Ya que hemos hallado su antigüedad a la lengua, fáltanos saber la que las letras tuvieron en ella; Josefo dice en sus antigüedades Judaicas (cap. 2) que de las dos columnas que los nietos de Adán, hijos de Seth, hicieron, que era una de ladrillo y otra de piedra, en que dejaron escritas y esculpidas las artes, permanecía aún en su tiempo la de piedra en tierra de Siria. San Isidoro es de parecer que las letras griegas y latinas tomaron su origen de las hebreas (Etimologías, c. 3, libro 1), aunque no les da más antigüedad de cuando Dios dió a Moisés la ley escrita. San Agustín se la da mayor (lib. 18, c. 19, La Ciudad de Dios), haciendo

sobre este caso particular consideración, probando que antes había letras, pues el mismo Moisés puso personas que asistiesen a enseñarlas al pueblo de Dios, primero que recibiese la ley escrita. Así que con razón podemos tener por las más antiguas a estas letras, y que el griego y latino a imitación de ellas introdujeron las suyas.

Las Repúblicas que se quieren valer de leyes, o particulares modos de gobierno de otras, movidas de la fama de su política y buena conservación, escogen aún de aquéllas lo más aechado y perfecto y que mejor pueda ajustarse a la naturaleza de la tierra y condición de sus habitantes, que las han de recibir. Así las letras latinas si fué su introducción por imitación de las hebreas, escogieron de ellas, podemos decir la quintaesencia con propiedad, pues tiene la misma virtud la parte que de ellas tomaron que el todo de donde se tomó. Y para darnos mejor a entender, se ha de advertir que la primera letra del alfabeto hebreo se llama Aleph, nombre que se compone y forma de cinco sonidos diferentes, que los representan aquellos cinco caracteres; que, aunque la velocidad de la pronunciación es tan grande que parece no da lugar a que todas sean distintamente inteligibles, no hay duda que lo son, y que se pronuncian todos conocidamente. Y echarse ha de ver esto, probando a pronunciar el nombre de aquella letra, quitándole alguno de los cinco caracteres de que está compuesta, y con él el sonido que significa, como leph sin la a, Aeph sin la l, Alph sin la e, y así por las demás, que todas causan diferentes sonidos, y por cada uno que se le quita queda esta letra con diferente nombre; pero como no sirve con aquel que tiene compuesto en su lectura hebrea, acompañada con

otras, ni le había de servir tampoco en la latina sino de *Ā* solamente, que es el primer sonido de los cinco que incluye el nombre de *Aleph*. Fué maravillosa exclusión la que hicieron de la composición *leph*, escogiendo tan solamente la *Ā*, parte que vale tanto como el todo de donde se desmembró, pues sólo aquella respiración simple es la que sirve, y ninguna de las cuatro de que se forma la composición *leph*; y así como queda dicho, es la quintaesencia, pues siendo la parte quinta, tiene toda la esencia y valor del todo. Esto mismo militan en la *Beth*, de quien se tomó la *B*, como de *Guimel* la *G*, de *Dalet* la *D*, y así de las demás. Podráse responder a esto que estas no son letras hebreas, sino los nombres de ellas, y que de las latinas no se ponen aquí más que tan solamente las letras, y no los nombres. Para replicarse a esto, se ha de advertir que estas letras hebreas tan compuestas como no sirven juntas con aquel nombre para hacer razón inteligible y significativa, sino con una parte simple de él, ni en la latina habían de servir con más. Diéronles los latinos a las suyas por nombre (buscando mayor perfección) el de aquella parte simple de que sirven, que no es escribible, sino significativa, como *Ā*. Dícese no ser escribible, sino significativa, para con mayor claridad darnos a entender, llamando escribible a la voz que tiene necesidad de más de un carácter para significar los sonidos que expresa, y no escribible, sino significativa, a la voz que fuese tan simple que no expresase más de un sonido, pues no tendrá necesidad más que de un carácter que la signifique; y aunque en rigor ya aquel carácter es escribible, por cuanto es parte de escribir el formarle, tenemos necesidad de términos para que todos nos puedan entender; y así es como si dijé-

semos nombre de letra que incluye diferentes sonidos, los cuales representados por los caracteres que les competen hacen lectura y haciéndola forman el nombre de cada letra: o nombre tan simple que no tenga necesidad más que de un sonido, que éste no hará lectura, pues lectura es junta y trabazón de caracteres que sirven de letras, en virtud de las cuales se pronuncia la voz inteligible, y uno solo no hará lectura, por no tener con quién acompañarse, sino que será significativo. Y así podemos decir que no son escribibles los nombres de nuestras letras, como los de las demás, porque del nombre de Aleph, que es escribible, se tomó el de A, y todo él sirve y se incluye en la pronunciación de lo que se habla y escribe, no es escribible por ser sonido tan simple y sólido, que si quisiéramos darlo a entender por medio de otros sonidos simples y sólidos, no fuera posible, pues en juntándose dos (que había de ser lo menos) hiciera ya sonido compuesto, imposibilitándose de explicar un simple; basta que debajo de aquella nota o carácter se entienda no sólo por lectura, sino por significación, el nombre, ora sea muy sonoro, ora poco; y así los nombres de las letras latinas la tradición sola los conserva, y como éstas son los elementos para hablar y escribir, no puede haber otras partes más simples con qué significarlo, que de haberlas, aquéllas fueran letras y elementos, y faltara para ellas explicación, o fuera proceder en infinito; de manera que la elección que los latinos hicieron fué tomar de las hebreas lo sólido, con tal perfección, que no dejaran cosa de la esencia de cada una de que tuviese necesidad, ni trajeron superfluidad que pudiese ser desechada, sino tan substanciales y compendiosas, que las hicieron indivisibles,

consistiendo toda la esencia de las letras en los nombres que les dieron, que no solamente podremos decir que son perfectas, sino que en su género tiene cada una la perfección entera, pues aquélla lo es solamente que no puede recibir aumento ni disminución sin perder su ser perfecto, cosa que no se puede decir de ningunas letras inventadas, sino de las nuestras latinas, que como hablamos escribimos y como escribimos hablamos; y de las naciones que usan de ellas, ninguna tiene por lengua vulgar lenguaje tan perfecto, que como se habla se escriba a imitación del latín, como el castellano; que aunque también estas letras latinas tienen todas las a que llaman consonantes nombres compuestos escribibles, es imperfección, no de su naturaleza, sino que el uso la ha puesto, habiendo perdido con la tradición, que ha querido hacerlas más sonoras de lo que ellas eran, el origen simple que tienen, de que se tratará más despacio adelante.

CAPITULO IV

Si las letras latinas no imitaron a las hebreas, sino que fueron instituídas de los griegos, quién de ellos las instituyó y qué nombres les pusieron

No será justo que dejemos pasar en silencio lo que muchos autores y muy graves dicen acerca de que nuestras letras latinas las instituyeron griegos; y si aquel beneficio nos hicieron, razón será que no les quitemos la gloria de ello ni nos mostremos

desagradecidos a bien tamaño, además de que para nuestro propósito el mismo efecto ha de causar haber sido tomadas de los hebreos que dadas por los griegos a los aborígenes, como diremos en este capítulo. Lo que acabamos de decir en el pasado dando a las letras latinas su origen de las hebreas, y no de las griegas, es en conformidad del lugar citado de San Isidoro (Etimología, lib. 1, cap. 4), el cual también, y otros autores hablando de las letras y, z, dicen que son griegas, de que se debe inferir que las demás no lo son, pues el singularizar y dividir las unas de las otras hablando de su origen, da a entender implícitamente que no tienen todas una misma naturaleza (Asperio Junioris Gramático Ars, & c. Aeli Donati, edición primera). Pero no diciendo aquí lo que fuere más o menos cierto, discurriremos solamente por cualquier origen que hayan querido darles, el nombre que le darían a cada una en su principio (Sergio Gramático inventó primero, Donato comentó. San Isidoro, etimología, lib. 1, c. 4). Y así diremos que el mismo santo en otra parte dice: que la Ninfa Carmenta fué la primera que las latinas letras trajo a Italia, llamada así porque en versos (a que llama el latino Carmen) cantaba las cosas venideras; pero su propio nombre era Nicostrata, como también lo refiere Blondo Flabio de Roma triunfante (lib. 9); y de ésta y de su venida a Italia hace mención Dionisio Halicarnaso (Orígenes romanos) en diversas partes, diciendo como era muy sabia, y aun tenidas sus adivinaciones por diabólicas, y que pasó a vivir a Italia con los pelasgos (que es lo mismo que griegos) y con los aborígenes, gente bárbara (Dionisio, antigüedades romanas, lib. 1). Y dice también en otra parte que en el tiempo que reinaba Fauno en

Italia, sesenta años antes que Eneas viniese a ella, Evandro, natural de Arcadia, hijo de Mercurio y de la Ninfa Carmenta, que después llamaron Nicostrata, vino con ella a Italia, a quien tuvieron por muy sabia en la ciencia de las letras y profecía, a cuya persuasión vino Evandro, su hijo (Dionisio de Halicarnaso, Orígenes romanos, lib. 1). Y lo mismo refiere Rufino siguiendo este propio lugar (de antigüedad romana, lib. 2, cap. 17). Y Plinio dice que estos pelasgos trajeron las letras a Italia (lib. 7 c. 56). Y Thucidides (c. 1) en las gueras que escribe de los peloponeses y atenienses dice que hasta después de venido Heleno, hijo de Deucalión, no se habían llamado helenos los griegos (nombre que usaron después) ni toda su tierra Grecia, sino alguna parte, y ellos con nombres diferentes, porque cada nación y gentes tenían el suyo, si bien el más general en todos era el de pelasgos, y que sus lenguas también eran diversas, lo que confirma Constantino Lascaris diciendo: había la jónica, ática, dórica, eólica, y la común (cop. gramatical, lib. 3, de Græcarupropiet. linguarum). De manera que, conforme lo que escriben estos autores, ora sean traídas por los pelasgos, ora por Carmenta, quieren que hayan sido recibidas de los griegos. Y Prisciano dice también, hablando de las letras (lib. 1, aenum. lite apud. veteres): Si queremos con verdad contemplarlas, como dijimos, no tenemos en la lengua latina más de diez y ocho letras, es, a saber, diez y seis antiguas de los griegos y la F, X, después añadidas, y también tomadas de ellos. Esta contradicción que a sí mismo parece se hace San Isidoro, se puede concordar muy bien, no entendiendo que allí quiso decir que inmediatamente las tomaron de los hebreos, sino procedente, como tampo-

co las griegas fueron inmediatas, sino tomadas de los fenicios, como escribe Herodoto Halicarnaso (lib. 5), hablando de los fenicios. Los que vinieron con Cadmo, en tanto que habitaron esta región, entre otras muchas doctrinas que introdujeron en Grecia, fueron las letras, que hasta entonces no las había tenido. Y Diodoro (lib. 6) concuerda con esto también por estas palabras: Los que dicen que los fenicios dieron a los griegos las letras que de las musas habían aprendido, sepan que éstos son los que fueron navegando a Europa en compañía de Cadmo. Y Beroso dice también (en æquinoctis Xeuoph.), que este Cadmo las trajo de Fenicia a Grecia. De donde se saca que los griegos llamaron fenicias a las letras, y así parece que lo entendió Lucano en estos versos (lib. 3):

*Phœnices primi famæ si credimus ausi
Mansuram rudibus vocem signare siguris.*

Y válese de ellos para este propósito Polidoro Virgilio, de manera que tampoco fueron los griegos inmediatos a tomar sus letras de las hebreas; y así se debe entender que quiso decir San Isidoro en el lugar citado secundariamente de unos y de otros, pues de aquel origen procedieron, como todos los hombres que nos llamamos hijos de Adán, por ser aquel el origen nuestro. Pero hayan sido los griegos pelasgos, que viniendo a Italia fueron a habitar aquellas partes, que después llamaron Latium, pobladas de los aborígenes gente bárbara, los que les enseñaron las letras latinas, o háyalo sido Carmenta, o Evandro su hijo, no tenemos necesidad forzosa tampoco de decirlo, pues el fin vendrá a ser uno mismo, que es el haberles dado estas letras gentes sabias, y haberlas

recibido bárbaros. Que aunque es verdad que los griegos tuvieron a todas las naciones (exceptuada la suya) por bárbaras, ésta verdaderamente por las particularidades que de ella se escriben, se colige que lo sería en gran manera, proposición que aumenta el fundamento de lo que se ha de tratar en este libro, y lo aclara más una pregunta no excusable que se nos ofrece hacer a los griegos que dieron estas letras. ¿Qué fué la causa porque no les enseñaron las suyas, pues por tres razones de congruencia, de amor natural, y de reputación, entre diversas que se pueden dar, parece que estaban obligados a enseñar aquéllas, y no otras? La primera, por ser las en que estaban más peritos para la enseñanza, y que con mayor descanso y trabajo menor lo harían. La segunda, porque la propagación de sus leyes, ritos y costumbres, es naturalmente deseada de los naturales, tanto que se llaman bárbaras unas naciones a otras, por no conformarse en esto, teniendo cada uno la suya por mejor. La tercera y última es, como se puede creer, que siendo Grecia por el estudio de las letras estimada por tan eminente, y como tal la reconoció el mundo, hijos suyos mal opinaban de sus letras, pues haciendo elección de otras, era consecuencia de algún defecto en las que excluían, como de mayor perfección en las nuevamente elegidas.

Esta objeción cuanto mayor la pusiéramos, más su respuesta apoyará nuestro intento, pues vamos presuponiendo que eran sabios los que enseñaban, y bárbaros silvestres los enseñados, que siendo esto así, necesidad forzosa se les seguía a los unos en ajustarse a la incapacidad de los otros, pues al que ha de enseñar pertenece buscar el camino más fácil para dar

a entender su ciencia, que aunque sea a costa de trabajo mayor suyo, se ha de excusar el del discípulo; y así éstos sino enseñaron las letras en que como propias estaban peritos, y que pudieran con menos trabajo, fué porque la capacidad de los que las habían de recibir no era suficiente, y tuvieron necesidad, o de inventarles letras nuevas, o ajustar las suyas a modo que las recibiese mejor la ignorancia de aquella gente; esto consiguieron con ponerles por nombres a las letras los simples sonidos con que sirven para la locución y lectura, con que en sabiéndolos supieron leer, que es lo que acabamos de decir en el capítulo pasado, diferenciándonos solamente en que lo que allí se dijo que debieron hacer los que tomaron las letras, aquí lo hicieron los que se las daban, tomando y dejando de las griegas, como dijimos de las hebreas, pues lo mismo se puede tomar de la Alpha, Beta, Cappa, Delta, que son A b c d, y así de las demás, si bien no pronuncia el griego lo fuerte de la b, sino como v, consonante, y no solamente atendieron a darles nominación tal, que con ir nombrando las letras a prisa con las pausas que las dicciones requieren, supiesen leer, sino que las figuras que dieron a las letras, fueron cierto género de retratos tan apropiados a las mociones, que la boca, labios, dientes y lengua habían de hacer en la formación del nombre de cada una, que viéndolas les sirviese de enseñanza y recuerdo que facilitase su formación, como se dirá largamente de cada letra en su lugar; razón que acompaña también para que se entienda que buscaron los griegos que las enseñaron todos los modos posibles que pudiesen facilitar la enseñanza. Y pues salieron con la más ingeniosa invención que ningunas otras

letras tienen, y no ha escondido la fama la gloria que a Grecia se le debe dar por ello, sino que antes los mismos caracteres, simbolizando tanto los latinos y griegos lo confirman, bien se puede decir que cumplieron con todas las razones de que se les podía poner objeción, sin que haya necesidad de que vamos satisfaciendo de por sí a cada una, pues con lo dicho lo quedan todas. Y puesto que las conjeturas tienen más lugar cuando hay falta de comprobación, no lo es pequeña llamarse la tierra donde estos bárbaros habitaban Latium, de donde se dedujo llamarlos latinos, y a ellas letras latinas, debido nombre por haberse inventado allí, que si de otra parte se trajeran, de aquella le tomaran; y como en latín cuando se sigue a la t, la i, y después otra vocal, tiene sonido de ci, sino hubo s, antes de la t, como sapientia, oratio, y con s, molestia, cuæstio, desdice poco de letras lacinas a latinas, como de lacinos a latinos. Por manera que facilitaron tanto el modo como habían de usar de las letras, y tan digeridas (podemos decir se las dieron) que por muy bárbaros que fuesen, habían de hacerse capaces de ellas. Y la comprobación de esto la muestra y autoriza la naturaleza, pues el mudo con quien anduvo tan escasa, es capaz de aprender estas letras latinas, y no otras algunas, sino fuere por medio de los nombres de éstas. Y así se debe tener por llano, que inventadas de su principio, o imitando a otras, o reducidas a mayor perfección, como quiera que hayan sido, la nominación que se les dió fué de voces simples, y que las que le tienen compuesto, no es por naturaleza de ellas, sino introducción de perniciosa costumbre.

Esto es lo que hemos podido alcanzar del origen de las letras latinas, ora hayan sido inventadas, ora

instituídas a imitación de otras, y como es arrojarse a adivinar el pretender saber lo que ha tantos siglos que pasó, sin que escritos o tradiciones lo conserven, pasará por discurso, y en tanto que no pareciere otro más ajustado, no podrá dejar de tener algún lugar éste, si por los efectos pueden ser conocidas las causas.

CAPITULO V

*En que se va probando que el nombre
de la letra es el sonido de la respiración
por quien sirve*

VOLVIENDO a lo que decíamos del número de las letras, las que tenemos en uso son veintiuna, cuanto a la diversidad de sonidos, y como tales son unos recuerdos de las respiraciones sonoras que hemos dicho, y que por estar ausente la voz de quien las escribió, la representan ellas, supliendo en todo lo que la voz había de hacer, como del ejemplo de la música, será necesario que aquí nos valgamos, por lo mucho que simboliza con lo que vamos hablando, y es así, que en llegando a las manos de quien la profesa cualquier libro o papel de ella, conoce por los puntos los grados de las voces, dándole los propios que ellos significan, como si el mismo que los escribió los cantara, y bajando, o subiendo la voz, conforme al valor o virtud de cada punto, hacen juntos la consonancia que se pretende. Así las letras

en manos del lector, dándole a cada una el valor y virtud que tiene, que es el de la respiración que representa, hacen juntándose aquellas respiraciones la consonancia de la sílaba, o dicción que forman la diversidad de las letras que se juntaron (1); porque el leer no es otra cosa que manifestar el que lee que va conociendo (2) por aquellas señales como si fueran retratos, los originales de que informan, y yéndolos reconociendo y nombrando continuamente, sonora, o mentalmente, va componiendo las palabras. Y así no se debe creer que los inventores de estas letras, por imitación o invención, les diesen otros nombres a cada una de ellas, que el mero sonido de la respiración simple que representa cada una, porque dándosele diferente y compuesto, no pudiera la palabra formarse, por ser falso el fundamento; especialmente no siendo cada letra significativa por sí sola, más que de sí

(1) Hoy se enseña generalmente el lenguaje en las escuelas primarias haciendo caso omiso de los valores cantidad de voz, calidad y grupos fónicos. Por descuidar esta práctica sujeto-auditiva en pro de la artificiosa Gramática, el arte del lenguaje llega defectuosa y engorrosamente al niño, haciéndole difícil el aprendizaje y hasta desagradable. Es también debida al desconocimiento de estas cuestiones la creencia frecuente de que es casi imposible conseguir la correcta práctica de las lenguas extranjeras si bien cuantos se dedican a la enseñanza de lenguas reconocen que los niños las aprenden mejor que los adultos. Este hecho es debido a que aquéllos «imitan», oyen más y piensan menos.

El conocimiento de los grupos fónicos y cantidad de voz permitiría facilitar la enseñanza de la declamación.

(2) Bonet parece no desconocer por este hecho la labor mental del lenguaje, pero fijando la atención en el transcurso del texto se puede apreciar el hecho de que sólo estudia el lenguaje disecado sin tratar para nada de la asociación ni otras reacciones cerebrales que conducen al verdadero conocimiento.—JO: LG.

misma, para hacer parte junta con otras. Y así en una definición que hace de la letra Máximo Victorino, Gramático antiguo, dice (lib. de re. Gramática, tomo II) que cada letra tiene tres cosas: nombre, figura y poder. El nombre se debe entender, no sólo générico, llamando a aquella señal letra, sino especialmente a cada una su nombre distinto, apropiado y significativo a la voz por quien había de servir. Figura es la que se le dió a cada señal, o carácter, pintándole como el que dieron a este carácter *A*, primera del abecedario; pero no hubo particular razón por donde le fuese de esencia a la letra el ser más de un modo de figura, que de otro; que bien pudieron hacerlas arbitrariamente, pero no tan acaso que no interviniese algún cuidado en que se diferenciases mucho unas señales de otras, por huir de la confusión que causaran parecidas, y a estas señales (como queda dicho) llamaron letras. La tercera cosa es tener poder, que es el fundamento de nuestra doctrina. Y aunque este autor (Máximo Victorino *ibidem*) le dió a la letra estas tres cualidades, no pasó adelante al entero entendimiento que se le debe dar, cuanto al poder, pues solamente lo entendió por larga, o breve pronunciación para el verso, pero no tocó en la parte más esencial del poder que representa la letra, que es el de representar y significar virtualmente la respiración a quien sirve de señal, para que después lo ponga en acto el que fuere viendo aquellas señales, para entender por ellas la intención del que las escribió; y este poder que hemos de conocer diferente en cada letra, para usar de él, ora en voz, ora mentalmente leyendo, no ha de ser mayor ni menor que la respiración, porque formándose como se forma la palabra de diferentes respiraciones sonoras, otras

tantas letras y tan diferentes ha de haber escribiéndola, que si hubiese más o menos letras, como todas tienen valor de voz, hallaría así el mismo que las escribió, como cualquiera que quisiera leerlas, diferentes sonidos, y por esta razón diferente sentido, como el que retrata, que si añadió o quitó en lo que copiaba, no parecerá la copia al retrato, y lo mismo sucederá en la palabra que se leyere en virtud de la dicción escrita que no parecerá (como dice Quintiliano, lib. 1, capítulo 7) a las voces que dejó depositadas en ella el que las escribió. Y así, o nos deben conceder que todas las dicciones escritas nos sirven de figuras como jeroglíficos, para entender por virtud de ellos lo que el uso nos ha enseñado (y no por el valor de las letras) o que el nombre de las diez y siete es diferente escritas y pronunciadas juntas, del que les damos divididas, y que así no leemos en virtud de los nombres de las letras, o tiene cada una de ellas dos nombres diferentes que de ambos usamos, divididas uno, y juntas, otro, y no siendo necesario de más que del uno, de que adelante trataremos, el otro podrémosle desechar, pues no sirve sino de confusión y embarazo.

Los nombres de estas diez y siete letras conforme están en uso, no son los que parece que les debieron poner en su primera invención, que son el mismo sonido de la voz por quien sirven, por ser razón llana, que entonces no se buscaron nombres para dar a los caracteres, sino caracteres que señalasen y distinguiesen los diferentes sonidos con que se acentuaba la palabra, y que éstos les sirviesen de nombres, que aunque Adán inventara las letras, más antigua había sido en él la voz que ellas, como lo es más la naturaleza que el arte; y así era fuerza que se aplicasen seña-

les para servicio de las voces, que no voces para las señales. Como lo da a entender hablando de la voz Flacio Alcuino, Maestro de Gramática del Emperador Carlo Magno (tomo II, Gramática ant.) diciendo que por causa de la voz se inventaron las letras. Y siendo esto así, que cada un carácter informaba por su sonido ausente, defecto fuera notable si el suplimiento que hacía, y de que servía, que era su propio nombre, no fuera ajustado para lo que había de servir. Porque ninguna razón cierta, ni aparente pudo haber, para que siendo simple la voz a quien la letra ha de representar, que es la misma que le debe servir de nombre, necesite y obligue a que le tenga compuesto, con lo que queda bastantemente probado, pues no tienen otras significaciones (como queda dicho) que el nombre que a cada una se le dió en su primera invención fué el del sonido por quien sirven.

CAPITULO VI

De la definición de la voz

EL nombre que tiene cada una de las veintidós letras es notorio; pero le sabemos por sola tradición que en nosotros se va conservando, porque son partes inescribibles por su mucha simplicidad; pero procuraremos distinguirlas de manera que se pueda entender para que no se quede dependiente siempre de la tradición sola, como hasta aquí, con que se verá la imperfección de los nombres que tienen,

pues que no sirven de enseñanza, sino de embarazo y rodeo para aprender a leer, y porque la materia tiene la sutileza que se va echando de ver, y ser necesario que los que leyeren este arte (que se hace para todo género de ingenios) queden bien capaces de ella. Declararemos qué cosa es letra, y qué defecto es el que el uso ha introducido en las nuestras, y si debe permitirse, o remediarse, fundándolo lo mejor que pudiéramos con la razón que hemos podido alcanzar, y con la experiencia que es la más segura filosofía y doctrina; luego la distinguiremos en menos diversidad de géneros que otros lo han hecho, por convenir así a nuestro propósito, que causando menos confusión, la satisfacción sea más fácil. Y porque la letra se hizo para el servicio de la voz, será fuerza, aunque de paso, tratar algo de ella. Dice San Isidoro (Etim, lib. 1, capítulo 15) que la voz es aire que expelido se siente y oye cuanto él es, y que toda voz, o es articulada o confusa; que la articulada, es aquella que puede ser comprendida; confusa, la que no puede ser escrita. Lo mismo dice Aelio Donato, Gramático antiguo (tomo II, Gramática ant. ed. 1); y el Doctor Juan Sánchez de Valdés, en el libro que escribió de Crónica del hombre, dice (lib. 2, cap. 37) que la voz es un sutil golpe de aire, formado por el cabo de la lengua. Y Flacio Alcuino (tom. II, Gramática anti.), respondiendo a unas preguntas de sus discípulos dice, que son cuatro las diferencias de la voz, articulada, inarticulada, comprensible en letras, e incomprensible en ellas: articulada es la que junta, pronuncia y declara alguna cosa que hace sentido, como *yo canto las hazañas de los varones*; inarticulada, la que ninguna significación ni sentido tiene, como el de la cosa que

se quiebra, una castañeta, bramido de un buey, o cosa semejante. La comprensible en letras es (como queda dicho) la que se puede escribir, y la incomprensible la que no se puede. Y aunque parece que debajo de articulada, o inarticulada, se puede incluir la comprensible en letras, o no comprensible, hay distinción por cuanto hay voces comprensibles en letras, y no por eso son articuladas, a causa de carecer de sentido significativo, como lo entiende Prisciano escribiendo también de la voz (tomo I, Gramática anti., lib. 1), en que distingue la articulata de literata, probando que no todo lo escribible puede ser articulado, porque *cra*, y *croax*, y otras semejantes, aunque pueden escribirse, no son voces articuladas, porque no tienen significación (1). Y así parece que caminaremos más seguros, añadiendo a la articulada el ser significativa, pues la perfección que estos autores buscan a la voz para tenerla por tal, viene a consistir en que sea significativa (2); y así cuando hablamos del nombre de las letras compuestas, es de articuladas, escribibles, y significativas, y cuando del nombre simple de ellas, es de voz significativa, no articulada, ni escribible, exceptuando las vocales, como queda dicho.

(1) El concepto de articulación actual: disposición de los órganos bucales para una emisión determinada, no lo tenía Bonet en este caso.

(2) El concepto de voz es realmente el de vibración tanto si es articulada y significativa como si no lo es. «Sacar» la voz a un sordomudo, se entiende hoy por obtener vibraciones laríngeo-craneanas audibles sean las que sean. —JO: LG.

CAPÍTULO VII

Cuáles son las letras compuestas, y sus nombres y cómo sirven en la lectura

LAS diez y siete letras que causan esta confusión, que son B c d f g h l m n p q r s t x y z, si las hubiésemos de escribir como tienen los nombres en esta conformidad, be, ce, de, efe, ge, hache, ele, eme, ene, pe, qu, erre, ese, te, equis, y griega, y zeta, que los nombres de todas estas son escribibles, pues por medio de unión de caracteres con que se han escrito, se expresan en voz, son también voces articuladas, por ser parte entera, sustantiva inteligible y significativa, pues por aquella voz se conoce su significado; de más de que todas están compuestas y unidas, las siete con una vocal al fin de su sonido, que son be, ce, de, ge, pe, qu, te, y tiene su valor de sílaba, y las diez restantes tienen (como se echa de ver) mayor la composición, pues la que menos incluye en sí dos sílabas, y las dos últimas a tres, porque la vocal, según los Gramáticos que dividieron las letras, la admiten por sílaba, cuando no hace oficio de consonante; y aquí no lo hace, que en cada principio de nombre de letra, goza de su sonido entero. Otros dan la nominación algo diferente en esta forma. A, be, ce, de, e, ef, ge, ha, i, l, em, en, o, pe, qu, erre, es, t, v, x, y, zeta, que en poco se diferencia; pero es confusión no menor que cada uno pueda variar su nominación,

pensando que mejor acierta, argumento que califica los efectos que ha hecho la tradición, pues no se puede creer que les dieron varios nombres en su primera invención, aunque tan parecidos son en algunas, que sólo consiste su diferencia en ser algo más o menos compuestas, sino que se les dió uno, y éste ha de ser inmutable, y el más ajustado al efecto de que sirve. Escrito, pues, como lo queda el nombre de cada letra, se debe advertir que ninguna de estas diez y siete sirven con el que aquí han aparecido escritas, que es el compuesto, y el que el uso les ha dado divididas, y haciendo el ejemplo en la efe, nunca que hay necesidad de esta letra, se escribe así entre las otras para hacer con ellas razón, sino su sola figura, que es esta, f. Y de la misma manera que queda ahora evacuada de las dos ee, que tenía antes y después, lo está también en lo que se habla, pues nunca que la lengua tuvo necesidad del sonido que representa, lo pronunció efe, sino simple, y lo mismo los demás; de manera, que ni en la voz cuando pronunciamos la palabra, suenan estas letras compuestas, ni cuando se escribe se usa tampoco de ellas en la dicción sino por simples, que conforme a esto iremos asentando que todas las letras con sonido y carácter simple sirven siempre, pero compuestas jamás, porque si esta letra, f, llamándola efe, la juntamos con una vocal, como la i, dirá, efei, no debiendo decir sino, fi, y si con ella juntamos también esta letra, n, pronunciando su nombre compuesto, ene, dirán unidas las tres, efeiene, pero si no nos servimos más que de lo simple de ellas, dirán, fin, que es lo que deben decir. Luego inadvertida cosa ha sido dar lugar a que con estos nombres compuestos, hayan perdido las letras la excelencia de ser unísonas y concordantes

en las tres cosas que hacen su inventiva más ingeniosa, y en que ninguna de las lenguas del mundo iguala a la nuestra, que son, el sonido de la respiración cuando hablamos, el nombre especial de la letra que le significa, y el que cuando leemos le vamos dando, que es todo uno mismo, y no hay letras inventadas que tengan esta propiedad, y así solas éstas la tienen para poderse llamar letras, pues en virtud de ellas se lee, que las otras no son sino figuras y jeroglíficos pequeños, que no por el valor de ellas se puede leer, sino por inteligencia del uso, pues juntas unas con otras usando de sus nombres no forman la palabra; y las nuestras quitándoles lo compuesto que no es naturaleza suya, sino vicio mal introducido, quedan, no sólo hábiles para lo que han de servir, pero en su propia virtud y esencia, de cuya definición como lo hacen algunos autores, será fuerza que se diga algo, porque no cause tanta admiración la novedad que se hiciera en disminuirles los nombres, que aunque es doctrina que no se escribió para la intención que aquí tratamos, nos ha de servir de argumento que apoye la nuestra.

CAPITULO VIII

Que la definición de la letra de que tratan los Gramáticos antiguos, se debe entender de la simple

DICE Constantino Lascaris en su Compendio de Gramática Griega, que la letra es la parte menor individua de la voz, y lo mismo Asperio Junio en el arte de Gramática que escribió, y Aelio

Donato (tomo II, Gramática anti.) después de haber definido la voz, como tocamos en el capítulo sexto, dice hablando de la definición de la letra: La letra es la parte menor de la voz articulada, razones todas bien ajustadas a nuestro propósito, porque si el ser voz articulada consiste en ser escribible, y significativa, y los nombres compuestos que el uso ha dado a estas diez y siete letras, son de voces articuladas, escribibles, y significativas, no lo serán de las letras, pues ellas no son voces, sino partes menores de las voces. Que sea escribibles, dálo a entender, como otra vez se ha dicho, la demostración que hemos hecho escribiéndolos como suenan sus nombres. Son significativos también pues por la nominación de cada una entendemos y conocemos con distinción su significación, que son nombres de tal y tal letra, y siendo escribibles y significativas, necesariamente han de ser articuladas, y a lo articulado, escribible y significativo, no podemos dejar de llamarlo voz, y si en esta voz se hallare división de partes, una de aquellas, según la doctrina de estos autores será letra, y en rigor, la que fuere menor parte, y en el nombre de estas letras compuestas, ha lugar la división, por formarse de dos, tres, cuatro y cinco partes menores, como de efe, hache, equis. Y Flacio Alcuino dice también en la definición de la letra, que es indivisible, porque las tendencias se dividen en partes, las partes en sílabas, las sílabas en letras, las letras no tienen división. Y Sergio Gramático dice lo mismo, y esta doctrina es infalible teniendo la letra el nombre simple que vamos asentando, porque éste no puede ser dividido. Y si se ha de entender que lo dijeron estos autores por el nombre compuesto de la letra que tenemos en uso, ocasión nos

dejaron para que siguiendo su misma proporción, permanezca la nuestra, pues en tanto que hallemos que quitar y dividir, no habremos llegado a la letra, porque en todo aquello que ha lugar la división es (como dicen) oración, palabra, o sílaba, pero no letra, y así a ninguna de las diez y siete que hemos dicho, en tanto que las viéremos u oyéremos con nombre que tenga valor de sílaba, no las debemos reconocer por letras, sino solamente a las vocales, que aunque tienen valor de sílaba es por medio de su sola simplicidad, que es indivisible. Velio Longo escribe en el libro de ortografía latina (Gramática antiq.) las varias definiciones que han dado a la letra diferentes autores, y redúcelas a que unos dicen que la letra es principio de la voz clara y manifiestan otros que es principio de la voz significativa, otros que era la parte menor de la oración, y otros que es principio de la voz escribible, pero que excluyeron todos la definición de los que dijeron ser la letra el principio de la voz significativa, porque se pueden escribir voces que por ningún caso son significativas, como *tít*, y *tir*, que son escribibles y no significan nada, que lo verdadero es ser principio de cualquier voz clara, con que siendo principio de las voces claras o escribibles, que todo es uno, lo será de estas letras compuestas, porque siendo la voz de cada una escribible y clara, el principio solo pudiendo ser dividido será letra, y no toda ella; y este principio será un sonido simple como en *tir*, que hay tres, el de la *t*, y luego el de la *i*, y después la *r*. Siguiéndose de esto que el nombre de cada una de las diez y siete letras es voz compuesta, y que así no puede ser de letra, que la letra será la parte primera de aquella voz, como *be*, que es voz clara, escribible y divisible en partes; y así

letra será el sonido de la parte primera que es la b; pero el de toda no será de letra, sino de voz escribible y clara. Y Prisciano (tomo I, lib. 1) sutiliza más esta definición, diciendo que la letra es una señal del elemento, como imagen de la voz escrita. Y siendo esto así que esta voz se compone de dos letras o más, ya no será elemento, porque interviene composición, y el elemento es simple. Y siguiendo este autor su metáfora dice más, que difieren el elemento de la letra, en que él es la pronunciación, y la señal es ella; y que así será grande abuso, si tenemos a los elementos por letras, y a las letras por elementos, pues podemos decir que en una sílaba no pueden concurrir la r antes de la p; ejemplo para que se conozca que no se dice por las letras, que éstas bien pudieran, sino por la pronunciación que arguye no ser todo una misma cosa, luego bien podremos (fundándonos en tan graves autores) proponer que estas notas, caracteres, lígneaturas, o letras, no se les pueden dar los nombres compuestos que el uso ha introducido, sino simples como el elemento que significan y retratan. Y para dar fin a esta proposición podrá el que gustare, leer a Juan Goropio Becano, en su Hermatena, y a Marciano Capella, Terenciano Mauro (tomo II, Gramática antiq.) y Vitorino Afro. Los dos últimos andan en el tomo primero de Gramáticos antiguos, y Marciano Capella de por sí, de más de que también los trae Justo Lipsio (direct pronunc.), los cuales escriben la pronunciación de las letras, ajustándolas a demostraciones, que aunque difieren algo unos de otros en ellas, no lo hacen en la opinión de darles a todas nombres simples, como en el ejemplo de la m, que es de las que le tienen compuesto de dos sílabas, pues

Marciano Capella dice (de art, gram., lib. 3, de forma literal) que *labris imprimitur*, Terenciano (tomo I, Gramática antiq.) *clauso quasi mugit intus ore*, y Vitorino Afro, *impressis inuicem labiis mugitum quendan intra orisspecum attractis naribus dedit*. Y cierta cosa es que no dijeron esto por el nombre, eme, que éste no es *mugitus*, ni se pronuncia *ore clauso*, sino por simple, m, evacuadas aquellas dos ee, y así no será abuso dar nominación simple a las letras, sino restaurarlas en el antiguo ser y esencia que debe tener inmutable, y adelante escribimos la pronunciación y formación de cada letra más largamente que estos autores, y como la pronunciamos los Españoles, pues no todas las naciones que usamos las latinas tenemos la pronunciación conforme.

CAPÍTULO IX

De los géneros en que los Gramáticos antiguos dividen las letras, y en los que basta que sean divididas para más fácil inteligencia de este arte

EN el número de las letras varían muchos autores; las latinas dicen algunos que son diez y seis, porque la h la tienen por aspiración solamente, la K, x, y, z, por griegas, y que las que de estas sirven en la lengua latina, es solamente en las dicciones derivadas de la griega, pero en la división de vocales,

consonantes, semivocales y mudas, no hablan de esta y griega, de manera que quedan veintidós con la K, y quitadas las cinco vocales, a, e, i, o, u, llaman consonantes a las diez y siete que quedan, y a estas dos, i, y, v, incluyen también en el número de consonantes, por las veces que pierden el sonido vocal, y estas diez y siete las dividen en siete semivocales, que son: f, l, m, n, r, s, x, y de éstas llaman líquidas a las cuatro, l, m, n, r, y en nueve mudas, que son, b, c, d, g, h, K, p, q, t. Y porque no es de esencia para nuestro propósito el detenernos en decir las razones porque así las llaman, lo pasaremos en silencio; pero quien por curiosidad quisiere verlo, lo hallará leyendo a Ponciano (tom. I), Alio Donato, Servio Mario, Máximo Vitorino y a Terenciano, Gramáticos antiguos, sin otros que largamente lo escriben, que para nuestro propósito hemos de tratar rigurosamente de las letras que están en uso, que son las veintidós, admitiendo la h y la y griega, y excluyendo la K, pues de ella no nos valemos por tener su propio valor la c y la a, juntas, como lo siente Elio Donato, Cledonio (Romano Senado. Constantino I, Gramática antigua) y Máximo Vitorino (tomo I, Gramática antigua, lib. de re Gramática), y así las reduciremos a este número cierto, y no a más distinción que vocales las cinco, y consonantes las demás, porque consueñan con las vocales que se les arriman; de manera que las debemos considerar en sólo dos géneros, pues no nos es requisito forzoso para aprender a leer los niños, ni a hablar los mudos, el conocer cuáles son semivocales, cuáles líquidas, y cuáles mudas, mas no por eso se deben condenar las divisiones en esta forma, sino solamente advertir que para la enseñanza que procuramos no es de importan-

cia alguna, pues antes vamos buscando el camino más llano, desempedrándole de todo lo que puede causar confusión o tropiezo. De manera que ya quedamos con acuerdo de que las letras son todas o vocales o consonantes, y por otro nombre las vocales simples, y las consonantes compuestas, y hallaremos en las simples, que conoceremos por su ejemplo el defecto de las otras; que después las haremos a todas simples, como a las vocales, pues simples sirven y consonantes (que es lo mismo que compuestas) no. Esta palabra, oía, primera y tercera persona del número singular, pretérito imperfecto del verbo oigo, consta de toda la propiedad de las letras, pues gramatizada con todo rigor, se echará de ver que esta voz se forma de solas tres respiraciones, y cuando se escribe es con tres caracteres, que cada uno es el mismo que (como dijimos al principio) se le dió por señal inmutable, y que el nombre de cada carácter, letra o señal, que todo es uno, es el mismo que tienen así distintos como juntos, pues nombrados de por sí manifiestan, o, i, a, y pronunciándolos aprisa dicen oía, de manera que con sola la nominación breve de las letras se halla hecha la palabra, aunque no se quiera, que es toda la perfección que se puede dar a la ingeniosa inventiva de las letras. Y esto procede de haberles dado por nombres las mismas respiraciones por quien sirven; y como estas respiraciones no son compuestas en ninguna de ellas, sino simples; hacen correcta la palabra que de letras suyas se forma. Las compuestas lo son sin ser necesario serlo, pues de la propia manera sirven simples, como acabamos de decir de las vocales, y sabiendo el nombre simple de cada una y yéndolas nombrando aprisa, se irán formando las palabras y leyendo.

CAPITULO X

De la razón por que los niños tardan tanto en aprender a leer, y pruébase ser la causa que lo dificulta la nominación de las letras con que los enseñan

A LOS niños les enseñan el conocimiento de estas veintidós letras, con nombres las diez y siete, que en sabiéndolos han de tener necesidad de olvidarlos al cabo de haber gastado mucho tiempo en aprender su nominación, o cuidado de no usar de ellos, porque cuando les piden que las junten (que es a lo que se llama deletrear) no puede hacerlo por ser falso el fundamento que llevaban, pues si junta la m y la i no podrán decir mi, como les obligan a que lo digan, sino emei. Y la causa de tardar tanto los muchachos en aprender cosa tan fácil, es porque un tiempo gasta en saber los nombres, y otro en saber no aprovecharse de ellos, y no le es menos dificultoso lo uno que lo otro, porque como no tienen edad discursiva para expresar el empacho que se les ofrece, siéntenle solamente, y pasan por el aprecio del tiempo mal perdido que en ello gastan, hasta que saben juntar y deletrear; pero vienen a saberlo por medio de largo discurso y no por virtud de las letras, y así no habiéndose de enseñar a leer por el valor de ellas, no había para qué gastar el tiempo en enseñarles sus nombres. Esta palabra, oía,

contiene tres letras, porque en su pronunciación consta también de solos tres diferentes sonidos, y yendo nombrándose el que cada una significa, que es el mismo nombre que divididas le damos, hace aquella dicción correcta, y esta perfección en esta palabra procede de que como son simples estas letras, así en la nominación de ellas distintas, como en el escribirse y pronunciarse acompañadas, hacen y forman la palabra que se pretende con sólo irlas nombrando aprisa, mental o sonorosamente, sin que se entienda por curso y figura, sino por sola la virtud de las letras con que se escribió, sin contradecirse la letra escrita a la voz, a quien sirve de señal, como dijimos atrás, ni la voz y señal al nombre que dividida y sola le damos a cada una; pero en la dicción que se forma de letras compuestas y vocales (que son casi todas aquellas con que escribimos y hablamos) no se conforman los sonidos que tienen las letras en la pronunciación, ni en su figura escritas con el que divididas les damos, como lo muestra el ejemplo de esta dicción: Francisco, la cual consta de ocho diferentes sonidos, que pronunciados aprisa en voz, declaran en una palabra aquel nombre, y de la misma manera que son los sonidos ocho, lo son también las letras con que se escribe, y se conforman también en guardar la orden y representación de señales de sus respiraciones; pero no se conforman ni concuerdan con el nombre que a cada una les ha dado el uso, como en la dicción *oía*, pues si escribimos aquellas ocho letras con el nombre que divididas tiene cada una de ellas, y las vamos nombrando aprisa o mentalmente, como a la dicción *oía*, no leeremos Francisco, porque los nombres de aquellas ocho letras son estos: efe, ere, a, ene, c, i, efe, ce, o, y juntos, *efeere*

aeneceifeceo, palabra no inteligible, y no habiendo en este nombre Francisco ninguna e, así escrita como en los sonidos de la voz, vemos que intervienen diez, con que se deja considerar cuán grande es la impropiedad que conservamos sin beneficio alguno, procurando con esto poner dificultades donde no las hay, y quitar a nuestras letras y lengua la mayor excelencia que tienen.

CAPÍTULO XI

Otra definición de la letra, que declara el uso de ellas

LA causa de haber dado la tradición a estas letras nombres compuestos, ha sido la demasiada simplicidad que tenían, que buscándoles sonoridad, siendo mudas, se la dieron casi igual a las vocales, a quien las agregaron, y movería a esto el imaginar que facilitaban la enseñanza por introducir nombres más claros y sonoros, para que siendo más comprensibles la memoria los recibiese mejor, con lo que se imposibilitó la breve enseñanza, porque después de sabidos no se podrá proseguir por ellos el camino de leer, que es juntar aquellos nombres para hacer por este medio la razón inteligible que el alma quiere expresar. Y esto da a entender otra definición de la letra que declara el uso de ella; tráenla San Isidoro (*Etim.*, lib. 1, cap. 3), Pedro Gregorio Tolosano (*Sintax.*, art. mirab., lib. 1, capítulo 3), Diómedes, Prisciano, Sergio, Cle-

donio Senador Romano, Flaco Alcoino y Mauro Vitorino, diciendo: *Litera dicta est quasi ligitera, eo quod quasi legentibus iter ad legendum ostendit*, como si dijésemos llamase letra, porque este nombre interpretado parece que se compuso en latín del verbo *lego*, que es leer, y de *iter*, que quiere decir camino que muestra a los lectores a leer. Y es así que siendo el nombre de las letras, como hemos dicho, simple, es el camino para leer, como lo mostró el ejemplo de la palabra oía, pero siendo el nombre compuesto, no puede ser camino para leer razón inteligible, como lo mostró la palabra Francisco. Y a quien le pareciere que no es bien que queden estas letras con nombres tan simples, porque serían muy mudas sus voces, se le debe responder advierta que todas las cosas se hacen con algún fin bueno que mire a beneficio y no a daño, y que así no sirviendo ninguna de ellas por sí sola, no hay ocasión en que sea necesaria su nominación sonora, pues solas las vocales precisamente la deben tener, porque de ellas y su voz usamos divididas, y son cada una de por sí significativa, como llama a Pedro, Juan y Francisco, esto o aquéllo, y la e y la v suelen hacer la misma significación de la o, particularmente cuando se han de juntar dos oo, o dos ii, como plata y oro, que la pronunciación se va a lo menos fuerte, y la e sirve por esta misma razón de conjunción como la i. Y así lo trae el Licenciado don Sebastián de Covarrubias (*Tesoro de la lengua Castellana*) tratando de esta letra e, en el *Tesoro de la lengua Castellana*, si bien se va dejando; pero en los escritos que no son muy modernos se halla infinitas veces, y los escribanos la usan siempre, de manera que no sirven ninguna de las diez y siete letras por sí sola, por no haber en nuestra len-

gua ni en la latina ocasión alguna para nombrarla, y así no hay conveniencia que obligue a que las voces de ellas sean muy sonoras, especialmente si siéndolo tienen los inconvenientes dichos, y no siéndolo la utilidad de poderse aprender a leer en doce días y menos, y gozar los mudos de un bien tamaño, y la naturaleza se conforma con esto, que es la aprobación mayor que puede autorizarlo, pues el mudo que en sí la representa defectuosa, recibe por los ojos los nombres de las letras, como nosotros por los oídos; de manera que es tal la perfección de su nominación simple, que da lugar a que supla un sentido por otro, y la naturaleza quede satisfecha, y no pudiera ser con los nombres compuestos, pues cuando fuera posible darlos a entender al mudo, por ser partes abreviadas, y de no muchas mociones de boca, cuando llegase a juntarlas, no se le pudiera dar a entender la parte del sonido de que había de usar y la que había de dejar, y así no pronunciarían razones inteligibles, pero ajustándonos más a condescender con aquellos a quien no pareciere bien mudar la nominación de las letras, no obstante todo lo que se ha dicho (que ya vendrá a ser más tema que segura opinión) no podrán dejar de conceder por lo menos, que para la enseñanza a leer, sea conveniente no darles a las letras los nombres compuestos, sino los simples, pues sabidos éstos se sabe leer.

CAPÍTULO XII

Cómo se ha de entender la reducción de las letras de nombres compuestos a simples

HASE de enseñar a los niños por el mismo abecedario que hasta ahora, y como se ha dicho, a las cinco letras vocales, a, e, i, o, u, no se les ha de mudar nominación, porque siempre han conservado su nombre simple, a diez y siete, b, c, d, f, g, h, l, m, n, p, q, r, s, t, x, y, z, se les ha de quitar lo superfluo que tienen, reduciéndolas a un sonido simple que les ha de servir de nombre, desuniéndolas de aquella vocal o vocales con quien consueñan. Y para que se entienda con mayor distinción de cómo se tocó atrás, se ha de considerar que el nombre que hoy tiene esta letra, b, es escribible en esta forma: be, porque está compuesta de su voz que significa este carácter, b, y del de la e, y cuando hubiere de quedar simple ha de ser estando excluído de la potencia de ser escribible por no pronunciarse la e. Y a quien pareciere indivisible esta voz, haga la experiencia en el nombre de esta letra, be, pronunciándole como se demuestra en esos dos caracteres, luego dé por borrado este carácter, be (1), pronunciará la e, distinta. Trueque después la

(1) La letra o letras cursivas que acompañen a sílabas en los ejercicios de este libro son las que no deben pronunciarse.

intención, dando por borrada la e, así *be*, para que yendo a pronunciarla se detenga la respiración en la *be* sola y pronunciará suavemente el nombre simple de ella, y pasando a las que le tienen más compuesto y más escribible, que son la *f*, *h*, *l*, *m*, *n*, *r*, *s*, *x*, *y*, *z*, será lo propio como haremos la demostración en la *f*, que es su nombre escribible, *efe*, a la cual se le quitará en el sonido del nombre, como en las letras que le componen la vocal con quien consuena dos veces, y así borrándole la primera *efe* y dejándole la postrera, pronunciaráse *fe*, y si por el contrario, *ef*; de manera que ambas *e* e, se le han quitado cada vez la suya, y bien distintamente; ahora lo que se ha hecho en dos veces se ha de hacer en una, que es borrárselas ambas, *efe*, y aquel sonido que queda sin pronunciar, *e*, antes ni después, será el nombre de esta letra, *f*, y de las demás así. Parece que se puede replicar que cuando se quitaba la una, ora sea la de antes ora la de después, como le quedaba arrimo en qué consonar, podía despegar de sí a la otra, sin que le hiciese falta considerable, pero que desunida de ambas no podrá por sí sola nominarse sin ayuda de la compañía que tenía o de algunas de las demás vocales, por muy leve que sea la respiración de que se hubiere de formar; y que lo mismo militarán las demás letras a quienes despojáremos del sonido de las vocales con quien consuenan; dificultad que más la hallará el estudio por deseo de hallarla que por la ocurrencia del caso. Pero satisfaciendo a esto, diremos que no nos podrán negar que está más en potencia de ser dividido lo mucho que lo poco, y que siendo esto así, oímos muchas palabras muy largas al alemán, al inglés y al alárabe, cuya pronunciación no la podemos sujetar al

sonido de nuestras letras, pues si no conocemos en toda una parte tan grande sonido distinto que pueda significar alguna letra nuestra, ¿qué mucho será que en una cosa tan poca como la parte menor de una palabra, que es el sonido de una letra se pueda organizar sin sujeción de pronunciar sonido de otra, particularmente pronunciándose con cuidado? Pero adelantando más esta proposición, y para mayor facilidad de lo que se pretende, podrá advertir el que fiare tan poco de su habilidad que esto tuviere por dificultoso, que cuando la pronunciación de la letra no fuere de todo punto despegada del sonido de alguna vocal en lo final de la pronunciación no lo tenga por escrúpulo considerable, como no sea antes, y entenderse ha por el ejemplo del nombre de la letra efe, que en caso que hubiese de tocar la pronunciación de esta letra al sonido de la una de las dos ee, o de alguna otra vocal, no sea la primera, sino que antes lo poco que hubiere de ser, sea diciendo fe, que no ef, y lo mismo en las demás letras. La razón de esto es, que pronunciándose cualquiera de estas diez y siete letras de que usamos hablando sola, sino hay cuidado de estorbarlo tocarán un poco a los finales de sus pronunciaciones en el sonido de alguna vocal, porque aquella parte de respiración que ha sobrado, acaba de servir en la formación de su letra, es bastante materia para formar en su salida un sonido, que aunque tenue sea parecido al de alguna vocal, y será al de la que diere lugar la disposición en que hallare la boca al salir, por ser ella la que forma las vocales; pero no pronunciándose sola excúsase aquel daño, por cuanto no sale aquella parte de respiración (que acabó de formar su letra) libre, ociosa y con bastante materia para formar a la salida

de la boca ningún género de sonido que simbolice al de las vocales, porque se consumió en la formación de las otras letras con quien hizo sílaba, sin sobrarle más respiración que una exhalación sin actividad. Y quien quisiere experimentar todo esto por más curiosidad, podrálo hacer eligiendo la formación de cualquiera de las diez y siete letras que hablamos, como suponiéndose que la hace de la p, que es de las que más dificultad parecerá que tienen para pronunciarse simple, sin que el final deje de consonar algo con alguna vocal, porque en todas las que después de la formación simple sobrare respiración fuerte al salir de la boca, tendrán peligro de hacer lo que hemos dicho, y la p es de las que tienen esta propiedad, y así reparando cuando se acabó de pronunciar en qué disposición estaba la boca, se hallará que si estaba bien abierta como cuando se pronuncia la a, que consonará la respiración de la p en su final con la a, y si está en la de cualquier otra vocal consonará con aquella. Y para saber si es así que el remanente de la respiración hace el efecto dicho pronunciándose sola una letra, y que no lo hace en compañía de otras, lo mostrará la experiencia poniendo la palma de la mano delante de la boca y pronunciando la p, procurando desunirla de la e, con que consuena, y en tanto que alcanzare aquel espíritu respirativo a dar en la palma, se irá apartando la mano poco a poco, hasta que sea casi insensible, que aquella será la medida hasta donde alcanza la respiración que sobró después de formada la letra p, consonando con la e, aunque sea poco lo que consonare, y estándose en el mismo lugar la mano, pronunciará una sílaba que comience por esta letra propia como pes, y echarse ha de ver que no llega la respiración a pulsar en la

palma de la mano como antes y así se podrá ir acercando hacia la boca hasta que la sienta, que será ya muy cerca de ella, y con no mayor vigor que de sola exhalación; advirtiéndose que al mismo tono en que pronunció la p, ha de pronunciar la sílaba, porque si fuere diferente en lo uno que en lo otro, no podrá regularse por ser mayor o menor la cantidad de respiración, y expelida con más o menos fuerza; de manera que esta experiencia enseña, que formándose esta letra sola, le sobra respiración fuerte para formar una vocal (aunque sin querer) poco sonora, y formándose con otras se excusa, porque no sale luego la respiración hasta haber formado la sílaba que comenzó por la tal letra, y cuando viene a salir es una exhalación o vaho tan lento que no lleva fuerza para causar sonoridad, aunque esté la boca en cualquier figura. No es menor ejemplo el que se debe considerar de cualquier sílaba que tiene su final en letra que consuene mucho, como pal, que la l es más dificultosa de pronunciar desuniéndola de la e postrera, pero unida con otras, aunque sea ella la última de la sílaba, no consuena con ninguna, porque se consumió toda la respiración en la formación de las tres letras p, a, l, y ni a la p, ni a la l, les quedó remanente activo para consonar mucho ni poco con alguna vocal, y si sola quisiéramos pronunciar alguna de ellas, tocáramos algo en la e, si bien no es bastante impedimento para que el sonido de una letra deje de pegarse consiguientemente al de otra, antes aquella respiración que sobrando de una letra hiciere daño, es materia para la formación de otra.

Las vocales no tienen este defecto, porque la respiración que les sobra no es de diferente especie de sonido

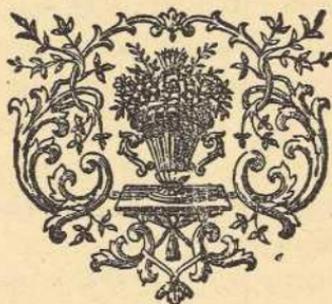
sino uno mismo, y un modo de resonar sutil (1), que consueña con su mismo sonido para hacerle largo, cuando es necesario que lo sea, y como es sólo duplicar aquella respiración sonora con una velocidad tan grande, échase de ver que no hay parte del sonido, que no sea todo el que sirve de nombre a la letra. Con alguna prolijidad parecerá que se ha tratado esta materia, puédelo disculpar el no ser muy común, antes es tenida por tan extraordinaria y sutil, como lo encarece Pedro de la Primaudie, autor francés, diciendo en su *Academia Francesa* (parte I, cap. I): «La palabra »de que nosotros prometemos tratar poco, es el lugar »que tiene, más verdaderamente es muy grande entre »los secretos de naturaleza, y bien aparejada a que en »su contemplación nos arrebatemos en admiración de »los efectos de su autor. Los filósofos diligentes en »investigar la razón de todas las cosas, han dicho que »la palabra se hace de un aire herido que mueve un »sonido articulado (2); pero en qué modo se forma la »palabra, es razón muy dificultosa de poderla comprender el sentido humano.» Así que este autor nos podrá disculpar, pues todo lo que se ha dicho es en razón de la formación de la palabra, procurándonos

(1) En este punto muestra con más claridad Bonet su conocimiento empírico sobre la resonancia acústica craneana a que nos referimos anteriormente.

(2) Esta definición hoy es un poco absurda porque lo que realmente ocurre es que la articulación (disposición específica de los órganos) modula el sonido. El sonido es ya por esencia y definición un movimiento. Mover un sonido equivale a decir mover un movimiento.

Palabra es la parte o partes de un período fónico y a veces el período completo. Y también grupo de articulaciones enlazadas sonoras y con expresión.—J. O. L. G.

dar a entender lo mejor que se ha podido. Y aunque para muchos ingenios, con menos prolijidad se cumpliría, también para muchos es menester esto y más, y al fin, lo seguro es escribir para que el ignorante lo entienda, pues se sigue que lo entenderá el sabio, y de lo contrario no se puede esperar lo mismo. Y porque no queden de hoy más las letras dependientes (como al principio se dijo) de sola la tradición que puede variarles los nombres, las reduciremos a demostraciones, de donde se tomó fundamento para que puedan hablar los mudos. Y en la descripción de cada letra se dirá asimismo la razón que pudo mover a elegir más la figura de los caracteres que usamos, que la de otros; cumpliendo con esto lo que atrás quedó ofrecido, y también las significaciones que en la lengua Latina y cuenta de ella tiene cada letra.



NOMINACIÓN

de las letras simples por demostraciones de la boca, y razón por que les dieron aquella forma de caracteres más que otra, y las abreviaturas y números de cuenta que significa y vale cada letra en la lengua latina y castellana.

CAPÍTULO XIII

De la A

ESTA letra, A, primera de nuestro abecedario, es lo mismo que la Aleph hebrea, y Alpha griega; el caldeo y samaritano la llaman Aleph, o Alephe; árabes y turcos, Aliph; los egipcios Atomos; los indios Alephu; los armenios Aip; los fenicios Alioz; los asirios Aluz; los esclavones As, y al fin todos comienzan por esta respiración sonora A, y concuerdan asimismo en darle el primer lugar en orden a sus alfabetos, como nosotros en nuestro abecedario, pero en las demás letras no guardan uno mismo consecutivo de unas en pos de otras, ni es de esencia el guardarle. El hebreo acaba su alfabeto en la T, que llama Tau, y el

griego el suyo en la O, que llama Omega, que quiere decir O larga, porque usa de otra breve, ni tampoco concuerdan todos en el número, sólo conforman en comenzar por esta letra, puesto que el nombre de ella no es simple en ninguna de aquellas lenguas, como lo es en la nuestra, pero en todas cae la composición sobre esta voz, A, que es el verdadero elemento. La razón de gozar ésta de la primacía de las letras es por causa de ser ella la más fácil de pronunciar y ser la primera voz que usa el hombre en naciendo y primera que sirvió al nombre del hombre primero (San Isidoro: *Etimologías*, lib. I, cap. 4). Esta letra se pronuncia estando la lengua, labios y dientes quedos, dejando salir libre la respiración sonora, sin que ninguna moción la ayude. Y si, como atrás queda dicho, no fueron hechas al acaso las formas de las letras, sino que quisieron que guardasen orden, parece que fué procurar semejasen algún tanto a las figuras que la boca, labios, dientes y lengua hacen cuando se pronuncia la voz que representa aquella letra. Y así la A, como requiere para su pronunciación que esté la boca abierta, y es la que más respiración arroja, la dieron esta figura de trompeta , significando la parte abierta a la boca, y la extremidad de las dos líneas que hacen punto a la garganta de donde sale aquel espíritu sonoro, y la línea pequeña que atraviesa el cóncavo parece que demuestra como sirve de impedimento para que no se cierre, demostrando que así ha de ser en la boca, que no ha de cerrarse. Y aunque es la mayor perfección de esta demostración en algunas letras que estén tendidas como esta, sirven derechas todas, por guardar proporción a las demás. Y con esta opinión parece que se conforma Julio César Escalígero en el

libro que escribió de *causis linguæ latine* (lib. I, cap. 4), queriendo que la etimología de las letras no sea de *iter legendum*, como dicen los gramáticos antiguos, y San Isidoro con ellos, sino de *lineatura*, queriendo asentar que estas letras no son sino unas *lineaturas*, y que así de la línea se derivó *litera*, y si hablara de solas las latinas en particular, parece que tenía más fundamento; pero si se ha de entender en general de las letras, entenderse ha implícitamente de las originarias y madres de las demás, que son las hebreas, y ningunas pueden menos apropiarlas a líneas, que aunque línea es la circular, la obtusa, curva y otras, entiéndose solamente cuando se dice líneas las rectas, y apenas hay alguna recta en las letras hebreas, si ya no lo dice por el primer carácter que tuvieron, que debió de ser diferente, como se infiere de aquellas palabras de San Jerónimo en que dice en *Perfecta Linguæ Regum*: Es cosa cierta que Esdras escriba, y Doctor de la ley, después de la cautividad y reedificación del templo bajo el dominio de Zorobabel, halló otras letras que son las que ahora usamos, siendo así que hasta aquel tiempo los caracteres de los hebreos y de los samaritanos fueron unos mismos. Esta *Ā*. con un punto, conforme escriben Mario Valerio, Probo, Manionio, Pedro Diácono, Papia, Glosario, gramáticos antiguos, y Francisco Alluno Ferrares en la riqueza de la lengua italiana (tomo I) sobre el Boccaccio, significa en la latina y cuenta de ella. *Augustus, Aulus, ager, agrum, annus, absolutio, absoluto, assolet, aiunt, aio, aliquando, adbitrium, aptum, adolescenti, anuo, alius, ante, aut, ad*, y también con esta línea sobre ella *Ā. aud, ager, aliquando, alia, annis, alii, anno, Ā. A. Augustalis, Augusti, Augusta, apud, agrum,*

velaurum, argentum, A. A. C. ante, auditam, causam, A. A. A. aére, argento, auro, Augusto. En número de cuenta vale quinientos, 500, y con una línea sobre la \bar{A} vale cinco mil, 5.000.

CAPÍTULO XIV

De la B

ESTA letra, B, es la primera de las que el uso les ha dado nombres compuestos, a que llaman consonantes, el verdadero y con que sirve es el sonido que hace, y causa una respiración sonora, que estando los labios pegados se entreabren para que salga, y explica su voz fuera de la boca, y con no menos propiedad que a la A le dieron esta figura B, pues retratan los labios pegados aquellos dos medios círculos que se juntan sutiles en medio de la línea perpendicular; esta letra con un punto significa *Balbus, bonus, bona, beatus, Brutus, Balnea*, y con una línea sobre ella \bar{B} , *Balbus, Balbius, bene, bona, bonæ*, y con otra por el medio B. *bustum, B. B. bonorum*; en número de cuenta latina vale trescientos, 300, y con la línea \bar{B} , tres mil, 3.000.

CAPITULO XV

De la C

ESTA letra, C, sirve de dos voces diferentes, como la G, que con la a, o, u tiene un sonido gutural diferente de con la e y la i, que dice ce, ci, como calor, color, cuchillo. Fórmase su voz rompiendo la respira-

ción en el paladar alto, la boca medianamente abierta y no expeliendo la respiración, sino dejándola salir voluntariamente, la lengua retirada para dentro, que de recogida se corva un poco, y con lo corvado toca en el paladar muy adentro, y con tanta suavidad que parece insensible como en el final de esta dicción *hinc*, se da bien a entender; el sonido que hace con la e y la i es en todo diferente, porque se forma hiriendo la lengua en los dientes inferiores y arrojando fuera de la boca con alguna violencia la respiración un ceceo suave y sutil. Y porque de estos dos sonidos que la nominación de esta letra tiene, es el primero mucho más general que el segundo; así porque de las cinco voces en que todas la letras varían por el arrimo de las vocales, tiene tres, y el otro dos, como se ha dicho; y la lengua griega no usar de esta letra para el segundo sino para el de K, que es el primero. Y que algunos gramáticos antiguos (Quinto Terenciano en *Scauri de orthograph.*, tomo I. Gramática antigua) quisieron excusar la Q diciendo que la c y la u hacen el mismo efecto, de que se colige que hablan del sonido que hacen con las tres a, o, u, y que así tienen todos por parte más principal y ordinaria la del sonido primero que la del segundo; será fuerza que habiendo de tener este carácter alguna similitud en su figura, como los demás, sea con la que causa su pronunciación mayor generalidad, que es la primera. Y así porque para pronunciarle está la boca medio abierta, y la respiración no sale derecha, sino rompiendo, como queda dicho, en el paladar, semeja a la parte superior del medio círculo de esta letra C, en cuya concavidad, que es figura de la boca, se reparte aquella respiración sonando dentro de ella. Esta C. con su punto significa

Caius, centum, cum, con, contra, condemno, condemnatio, cornibus, comitalem, custos, causa, commune, civitas, civis, cubitus, caput, contrarius, cumentum, convictus, contrarium, credimus, conscripti, conventum, constituta, clarissimus, clarissimo, consultum, Caia, C^p, cuius, C^A cornibus, C. C. consilium, cœpit vel cesit, vel causa cognita, vel calumniæ causa, vel causa conventa, vel Caius, Caii, vel circum, C. C. C. censa civium capita, vel Cai, Coloni, clarissimi. En número de cuenta latina vale ciento, 100, y con la línea \bar{C} . cien mil, 100.000, y en la cuenta castellana ciento, 100.

CAPITULO XVI

De la D

ESTA letra, D, tiene por nombre el sonido que hace la respiración estando la punta de la lengua pegada a los dientes superiores, y que la respiración hiera en la misma parte donde ella está, y sin violentar a aquel espíritu a que salga de la boca, sino que en ella se quiebre, porque si es expelido con violencia, pronunciará la e también, y serán dos sonidos, y así parece que la lengua se pega tanto en la encía y dientes superiores para cerrar la boca, impidiendo que no salga la respiración, que hace cierta especie de eco en toda la cabeza esta voz. La figura de esta letra es la que la lengua hace arqueándose dentro de la lengua, de la manera que el mismo círculo de ella lo está: D,

y sin figura que demuestre por donde haya de salir la respiración, sino que antes queda cerrada; la significación de esta letra con un punto, *D.*, es *Divus, diva, Decius, dies, devotus, dotis, dono, Deus, diis, dat, vel dato, dolium, dedicavit, dedit, donavit, dicit, dubium, dominus, damnatum, deæ, de, do, dolo, dolum, diutius, devoti, donavi, doctem, domus, drursus*; y de esta manera *D?* *dixit, ducit, donat, damni, damnatus, duo, dies, D, D. dedicarunt, vel dedicaverunt, dedicatus, dedicatio, dedicavit, vel dotis datio, vel ditio ducis, vel diis dantibus, vel donantibus, vel ducum dux, vel datum, vel damnum dedit vel dicavit, vel donum datum, vel duc duc, vel deinde, vel decreto dato, vel dedit Deus, vel Deo dicavit, vel Deo domestico, vel donavit, vel de donis, dixerunt, vel dederunt*; y de esta manera \bar{D} \bar{D} *dedicamus, vel dedicaverunt*, y de esta *D?* *D?* *dandum, vel dandas. D. D. D. dono dederunt, vel dedere, datus decreto decurionum, vel dono decurionum dedit, vel dono dedit dicavit, vel dono decurio dedit. D. D. D. D. dignum, Deo, donum, dicavit, vel decreto decuriones dederunt.* Y en el número de cuenta latina vale quinientos, y con la línea sobre ella \bar{D} quinientos mil, 500.000, y en la castellana vale quinientos, 500.

CAPITULO XVII

De la E

ESTA letra, E, es la segunda de las vocales; tiene por nombre el sonido de una respiración que sale libre sin que la lengua haga moción para formar-la; es un modo de quejido que le arroja el pecho como

para descansar. Tiene su sonido en la garganta, y los labios y boca se retiran adentro, tanto que si muy sonora se quiere pronunciar, obliga a arrugar los lados de la boca, como dando a entender que retirándose ella hará menor el cóncavo y no se perderá dentro de él el sonoro sonido de aquella respiración. La figura de esta letra lo muestra, que no sale la línea pequeña de en medio, que significa la respiración al igual de las que la tienen en medio, que representan los labios. Esta E. con su punto significa *Edit, edas, edendum, ede, etiam, est, ex, ea*, y con la línea encima \bar{E} , *Est*, y de esta manera $E^?$ *eius, E. E. esse ex, edicto*, y con la línea \bar{E} \bar{E} *esse*. Y en número de cuenta latina vale doscientos y cincuenta y con la línea sobre ella \bar{E} , doscientos y cincuenta mil, 250.000.

CAPÍTULO XVIII

De la F

ESTA letra, F, tiene por nombre una respiración que suena fuera de la boca, y se forma saliendo apremiada y estando los dientes superiores sobre el labio inferior, y la figura de la boca es estar el labio de arriba algo salido y sobre el de abajo los dientes, que viene a ser una demostración que va perdiendo de arriba a abajo, tanto que por cargar los dientes sobre el lado dicho no se demuestra en esta letra F. sino sólo el de arriba: ésta con un punto significa *Fulvius, Februarius, filius, fecit, fides, fati, fieri, faciendum, fidu-*

cie, fraude, fraudationis, fama, forma, fortuna, forum, factum, finibus, forte, familia, famula, factum, F? fit; y algunas veces: *fur, F. F. fefellerunt, vel fabricaverunt, vel fecerunt, vel fabre factum; vel fundaverunt, vel flando, ferundo, F? F? fidem fecit, vel filius familias, vel fratris filius, F. F. F. ferro, flama fame, vel fortior fortuna fato, vel Flavi filius fecit.* Y en número de cuenta latina vale cuarenta, 40, y con la línea \bar{F} cuarenta mil, 40.000.

CAPITULO XIX

De la G

ESTA letra, G, tiene dos sonidos diferentes: en compañía de la a, o, u es groserogutural; con la e, i es más suave, aunque algunos tienen por más suave el otro; pero la figura del carácter ha de semejar al sonido más general, que es el primero, y aquel es su nombre, y así diremos que esta letra es gutural, suena en la garganta, y encorvándose la lengua hiere en el paladar alto con la mitad de ella, y la respiración da en el mismo lugar un poco más adentro que la C, y corresponde al eco en los oídos, la quijada baja se alza un poco, con lo que se diferencia esta figura de la C, pareciéndole tanto en lo demás, que dice Victorino (tomo I. Gramática antigua) que son estas dos letras muy parecidas en el sonido, y siéndolo en esto, necesariamente lo han de ser en el modo de figura que hace la boca para la pronunciación de sus nombres. Y así en la forma

del carácter lo son tanto, que solamente se diferencian en aquella parte que muestra lo poco que la quijada se alza. El sonido segundo es mucho más suave que el primero, y también para pronunciarle se encorva la lengua más cerca de la punta que para el otro, y con lo corvado hiere al paladar pegándose más y más afuera que para el otro, y sin que en los oídos resuene, antes procura salir la respiración fuera como sale. Y esta letra con su punto *G.* significa *Gaudium, genus, genio, genius, Gellius, gravis, gula, Gaius, gratia, G^o gens, genus. G. G. gesserunt.* En número de cuenta latina vale cuatrocientos, 400, y con la línea \bar{G} cuatrocientos mil, 400.000.

CAPITULO XX

De la H

A esta letra, *H*, llaman todos los latinos espiración, letra que por sí no tiene ningún valor para servir y acompañar a las otras. Y se ha de advertir que aunque a todas las letras consonantes las hemos ido llamando respiraciones y dejándolas en la sencillez y simplicidad de respiración, hay diferencia de aquéllas a ésta en ser sonora o no serlo, que aquellas no son sonoras, porque aunque se quiera darles sonido mayor no se puede, porque en la formación de ellas no sale el espíritu respirativo libre como en las vocales, porque les quita e impide la sonoridad la lengua, labios o dientes, donde se rompe, y ésta, aun-

que libre de impedimentos, no es sonora, que si quiésemos que lo fuese en la figura que la boca está cuando aquella respiración sale, pronunciaría **A**, pero como se limita que no suene, resuélvese en sólo una especie de respiración tan sin sonido que no tenga más que un aliento fuerte, y este es el nombre de este carácter, y la figura de él es con todo extremo apropiada, porque tendida en esta forma, que es la suya, **⌘**, demuestra que se diferencia de la **⌘** en no ser sonora, como no lo puede ser la cosa que en ambas extremidades está igualmente abierta, que como la una tiene figura de trompeta para que suene, la otra para que no suene está abierta por ambas partes, y tiene la línea que atraviesa el cóncavo para el mismo efecto de que no se cierre la boca en la una que en la otra. Y con el punto la significan los latinos *Honestas, honestus, hæres, hærede, hæreditario, honore, homo, hic, hoc, hunc, huic hæc, H̄ hora, honestus, hæres, hº, honor, hora, hoc, Hº habet, huius, H̄, hæc, H̄ H̄. hæredes*. Vale en cuenta latina doscientos, 200, y con la línea, **H̄** doscientos mil, 200.000.

CAPÍTULO XXI

De la I

ESTA letra, **I**, es la tercera de las vocales; tiene voz sonora, simple y significativa como las demás vocales; es su nombre el que forma una respiración que sale derecha por sobre la lengua adelante,

y ella se levanta y tiende hasta igualar con los dientes, y en ellos hiere la respiración tremolando, y sale estando ellos y la boca medio cerrados; y demuéstrole la figura de este carácter, que es una línea \neg recta, porque aquel espíritu sale derecho pegado a la misma lengua, y tan sutil y constreñido que apenas le dan lugar los dientes para que salga, y así representa aquel cuerpo tan delgado. Esta letra con un punto I. significa en la lengua latina *Iulius, Iulii, Ioui, iusta, iuris, inferis, inferius, ius, iusdicendo, iudex, iudicum, inter, intra, iustus, iudicium, iniustus, in, interdum, infra, interest, I? intra. I. I. ibi, inibi, iniustus. I. I. I. iudicavit, iudicia, i i i. trium, I. I. I. I. quatuor.* Y en número de cuenta latina vale I uno, y con la línea sobre ella \bar{I} mil, 1.000, y en castellana una.

CAPITULO XXII

De la L

ESTA letra, L, tiene por nombre la respiración que se forma hiriendo la lengua en el paladar alto en la mitad de él con la parte baja de la lengua, tercio postrero de ella, de manera que se arquea para dentro, pero la respiración no sube toda a herir en el paladar, sino procurando salir derecha; pero como topa con la lengua que está arqueada para arriba, sale por entrambos lados. A la figura de este carácter se le pueden aplicar dos razones para la forma que tiene: la una demostrando la acción de la lengua, que se levanta

desde mitad de ella J, y que por el modo que usamos de escribir de la mano izquierda a la derecha, contrario a los hebreos y arábigos, la volviesen en la forma que está: L. La segunda aplicación que se puede dar es, que si bien la lengua se levanta a pegarse al paladar, la respiración baja quiere salir, pues sale pegada a los dientes inferiores, que es lo que puede dar a entender la línea recta, y la perpendicular la lengua que está levantada. Esta letra con un punto L. significa *Lucius, lucia, Lelius, Lælia, libertus, locus, lex, ludus, lege, latini, laribus, libertatis, lector, locun, loco, L. L. Lelius, legibus, lucius, libertus, liberta, lucii, laudabiles, loco, L. L. L. lucii liberti locus, vel lacer at larcer tun largii*. En número de cuenta latina (1) vale cincuenta, 50, y con la línea L̄ cincuenta mil, 50.000, y la castellana cincuenta, 50.

CAPITULO XXIII

De la M

ESTA letra, M, es la que tiene más muda respiración en todo el abecedario, por no tener más sonido del que rebomba en el cóncavo de la boca estando ella cerrada y pegados los labios, como dice Justo Lipsio (*De recta pronunciación*), trayendo a Marciano Capella y Vitorino Afro, que se forma pegando los labios un cierto mugido dentro de la

(1) Numeración romana que se diría hoy en este caso.—J. O.: L. G.

boca, y exhala por las narices, y así el nombre de esta letra es el sonido mal formado de esta respiración. La figura de este carácter es apropiada a la acción que hace la respiración de subir a la cabeza y bajar por las narices; y aunque con tanta brevedad se pronuncia, es cierto que se duplica dos veces, como se echa de ver en la N, que también sube y baja como ella, y es la mitad más corta su pronunciación, porque no se duplica; también se le pudo dar esta figura, considerando (como acabamos de decir) su pronunciación tan larga, significada la respiración a una línea —, y por su mucha longitud recogida así, M, para que acompañe a la forma e igual de las demás letras. Esta con un punto, M. significa *Marcus, miles, monumentum, Mutius, mulier, manus, meo, meum, mortis, municeps, magnus, maiorem, maximus, memorie, mensibus, mala, male, manu, mancipio, manumisus, mense, milia, Marci, matrimonium, maximo. M^p mihi, minutius, M^o. modo, M̄, malitiæ, MM. milites, memoria, monumenti, M. M. M. mulier, mala, manus, mancipio, milites, magistratus.* Y en número de cuenta latina vale M. mil, y con la línea M̄ mil veces mil, y en la cuenta castellana M mil.

CAPITULO XXIV

De la N

ESTA letra, N, tiene por nombre una voz muda, aunque no tanto como la M, y se forma hiriendo la lengua en el paladar vuelta la punta para dentro, rebombando también la boca, aunque no cerrada,

y saliendo por las narices la respiración, ni más abierta de cuanto estén dientes y labios despegados, la cual no es tan larga como la de la M, ni doble como ella, sino sencilla, y así le compete a su carácter la forma que tiene, que es la mitad de la M por ambas razones de subir a la cabeza y bajar por las narices y ser la respiración menos larga M , y así con menos dobles recogida, y aun la última línea que vuelve arriba y parece tiene demás, se le puede aplicar a la lengua que se levanta para la formación de esta letra y hiere (como está dicho) con la punta en el paladar. Esta letra con un punto significa N. *nonius, non, nan, nec, nus, nostra, nepos, nomisma, Nero, nomen, nihil, numerat, nos, nominis, numus, nonis, ñ nostri, nostre, ñ nostrum, nunc, N̄ non, numerum, numerator, numisma, nobilis, nepos, nephastus, N^p noscitur, natus, nisi, noster, N. N. nonenim.* En el número de cuenta latina vale N. noventa, 90, y con la línea noventa mil, 90.000.

CAPÍTULO XXV

De la O

ESTA letra, O, cuarta de las vocales, tiene por nombre el sonido que hace la respiración libre sin moción ninguna de la lengua, antes se recoge para que no tope en ella aquel espíritu, la boca hace la propia figura de O, que los labios la forman sacándolos un poco fuera, que causa a las mejillas meterse aden-

tro. La forma que le dieron a este carácter fué, como queda dicho, la figura redonda que la boca hace en su pronunciación. Significa esta letra con un punto *O. olius, optimo, oportet, oportebit, ordo, opinio, omnes, ostendit, opera, ob, osa, ore, ora, os, operas, ope, optimus, oportuit, omnino, omnis, O^p ostendit, O. O. ornamentis omnibus, vel oportebat, vel oportuit, vel omnino, vel omnes.* En la cuenta latina vale once, 11, y con la línea \bar{O} once mil, 11.000.

CAPITULO XXVI

De la P

ESTA letra, P, tiene por nombre el sonido que hace una respiración muy parecida a la de la B, diferenciando la una de la otra en que aquélla, como queda dicho en su lugar, se entreabren los labios para dejar salir con suavidad la respiración, y en ésta está retenida en la boca, y así sale después con violencia, pareciendo que ella abre los labios por fuerza, que por estar pegados no la dejarían salir voluntariamente, y porque expele esta respiración más pegada a la parte baja de la boca que a la alta; le dieron por forma de las tres partes de la B estas dos: P, guardando la orden que todas las que se parecen algo en el sonido, se parezcan también algo en la figura de los caracteres. Esta letra con un punto significa P. *Publius, publicus, pedes, pasus, pater, populus, populo, pupillus, Pontifex, plus, pio, per, possessore, provintiæ, possitus, pluvia, præfec-*

tus, profectus, plebi, precipito, plurimam, pre, prepos, presens, Principi, populum, posui, pecuniæ, publicæ, pridie publici, pius, præposita, pactis, P^o post, pax, P. P. perpetua, proposita, pater patriæ, vel pater patratus, vel posideri præscribi vel pace populo vel præfectus prætorio, vel perpetuo, vel propter, vel præses provintiæ, P. P. P. primus pater patriæ, vel pater patriæ proconsul, P. P. P. P. primus pater, patriæ, profectus. En número de cuenta latina vale cuatrocientos, y con la línea sobre ella \overline{P} cuatrocientos mil, 400.000.

CAPITULO XXVII

De la Q

ESTA letra, Q, tiene por nombre un sonido compuesto de la c y la u, y diversos autores la tienen por demás, y así la llaman supervacua, por cuanto de todo lo que ella sirve pueden servir las dos letras de que se compone; y Quintiliano (*Instituciones oratorias*) trae cos, por quos, y Velio Longo (tomo 2. Gramática antigua) quis, por cuis, y así ésta no tiene voz simple como las demás, pero no se junta a ninguna otra letra vocal o consonante que no sea interviniendo en medio la u con que consuena. La formación de esta voz tiene como compuesta dos partes: la una de la c, gutural, en la manera de cuando se unen ca, co, cu, que por quedar dicho en su lugar no es necesario repetirlo aquí, y el de la u se dirá en el suyo. Este carácter, cuando no guardara pro-

piedad en la forma, como hemos ido diciendo de los demás, no fuera maravilla, por causa de haberse distinguido de aquel orden simple de las otras; pero todavía parece que siendo el nombre (como queda dicho) compuesto de dos letras, que debe serlo también en la forma de su carácter, pero tan incorporadas ambas que parezcan uno, y así, habiéndose de juntar las dos, formarán este **V**. Pero procurando que la unión fuera tan perfecta que no hubiera demostración más que de una, no se pudo tomar otra más apropiada que esta: **Q**, pues la línea que baja desde la parte superior es la **C**, la cual deja cerrada la **V**, que con esto y haber aovádole la punta, se perfeccionó en uno. Estos dos caracteres con un punto **Q**. significa *Quintus, quæ, qua, quia, quo, quod, quibus, quando, quare, quomodo, quartum, quanti, quæro, quæsivit, quemadmodum, quales, quadrum, Cui, QV, quod, quantum, quæstio, quem, Q̄, quærendum, quatenus, Q̄, quo, QQ, vel. Q QV. Quinquenalis*. En número de cuenta latina vale **Q** quinientos, 500, y con la línea quinientos mil, 500.000.

CAPÍTULO XXVIII

De la R

El nombre de esta letra, **R**, es el sonido que hace una respiración sonora estando la punta de la lengua pegada al paladar en la mitad de él, vuelta la punta para dentro; es respiración que ha de pulsar

en la misma punta de la lengua y paladar con alguna fuerza para hacer vibrar la lengua; la propiedad que se debe dar a la figura de este carácter es que el sonido de esta letra se forma en el cóncavo de medio arriba de la boca, y así se demuestra en esta letra, que arriba está cerrada como la P y abajo abierta con aquella línea pendiente que demuestra cómo ha de salir la respiración larga deslizando y tremolándola como se formó en el paladar. Esta letra con su punto R. significa *Roma, romana, romanus, Rex, res, Regis, Regulum, ruina, regnum, rura, recte, retio, rorum, R̄, res, rem, R. responsum, respondit, res, rus, Rex, ruunt, R. R. reiectis ruderibus, R. R. R. rorum romanorum, vel regnum Rome ruit*. En el número de cuenta latina R vale ochenta, 80, y con la línea \overline{R} ochenta mil, 80.000.

CAPÍTULO XXIX

De la S

ESTA letra, S, tiene por nombre el sonido de un silbido bajo muy suave, que se forma con poca respiración tocando la punta de la lengua en el principio de la encía superior, que participen algo los dientes. A este carácter no le guardaron forma apropiada a la acción de la boca, sino al animal que con silbidos quiere expresar su instinto, que es la culebra, y así se le dió a esta letra la figura de ella. Esta letra S. con su punto significa *Senatus, sacellum, sepulcrum, sa-*

crum, sacri, sententiam, supplicatio, salutem, semis, sancta, salva, socii, si, sibi, suis, sine, satis, sub, sic, sunt, sint, scilicet, stabat, stupidus, secundum, sit, sententia, Sulmo, sacrorum, sive, S^p sunt, S. S. santissimus, \overline{SS} suprascriptus, vel sine sensu, SS. vel \overline{SS} , sacri socinii, vel sententia senatus, vel somniorum somniavit, vel secundum sententiam, vel santiones sanctæ, S. S. S. sancto Silvano sacrum, vel suprascriptæ summæ, S. S. S. S. sancto sanctissimo sacrum, vel Sanio sanctissimo sacrum. En el número de cuenta latina S vale setenta, 70, y con la línea \overline{S} vale setenta mil, 70.000.

CAPITULO XXX

De la T

ESTA letra, T, y la D son tan parecidas en el sonido y mociones con que se forman, que habla de ambas juntas Victorino (tomo 2. Gramática antigua), con estar graduadas en el orden del abecedario tan distantes una de otra. Diferéncianse en que estando la lengua en un mismo lugar, la D suena dentro de la boca, porque la lengua no se desvía para que la respiración salga, y para la T sí, por la fuerza que aquel espíritu le hace, que la aparta e interrumpe también los dientes y labios para que ningún impedimento le estorbe la salida. La forma de estos dos caracteres tiene alguna diferencia, por la que hay en las mociones de la boca entre uno y otro, que como en la

formación del nombre de esta letra se despega la lengua del lugar en que estaba y sale la respiración con violencia interrumpiendo dientes y labios, como se ha dicho, demuestra esta acción en que el medio círculo que forma la D parece en la T, que está roto y despegado y levantado arriba. Esta letra con un punto, como se ha ido diciendo, significa *Titus, Titius, Tullius, tutor, turma, turmarius, tempus, testamento, tribunus, titulo, ante, tutore, tutoris, terminum, T^oter, tum, trans, T. T. Titus, titulum*. Y en el número de cuenta latina T vale ciento sesenta, 160, y con la línea sobre ella \bar{T} ciento y sesenta mil, 160.000.

CAPÍTULO XXXI

De la V

ESTA letra, V, es la quinta y última de las vocales; tiene por nombre una respiración que sale libre y suena fuera de la boca, cuya demostración es en todo parecida a la O; solamente se diferencia en que los labios se abren menos y en que se arroja este espíritu fuera de la boca. La forma de este carácter \sphericalangle es apropiada, que sale con respiración libre, sin moción ninguna y porque no obliga a tener la boca tan abierta como para la \sphericalangle , no se le añadió la línea que atraviesa el cóncavo, que demuestra el impedimento para no cerrarse; pero en ésta es necesario no estar tan abierta, y así demuestra esta figura libre de aquel embarazo, y no con menos propiedad en figura de trompeta, pues

ninguna letra arroja afuera mayor respiración que ésta, ni que salga desde el pecho hasta fuera de la boca tan libre de impedimentos. Esta letra V. con un punto significa *vir, viro, vicit, victor, vivus, vivens, vetterimo, valde, vsufructu, vel vssufructus, viam, vrbs, veteri, visum, voluit, voluerunt, vale, quinque, quinti, veterano, verbum, votum, voti, V̄, vero V̄, vel, ver, V. V, viventes, veluti, venerunt, verumetiam, virgo, vestalis, V̄V̄, viri, V. V. V. viros vrbs vestræ.* Y en el número de cuenta latina V̄ vale cinco, 5, y con la línea V̄ cinco mil, 5.000, y en la castellana cinco, 5.

CAPITULO XXXII

De la X.

ESTA letra, X, escriben algunos autores (San Isidoro: *Etimología*, lib. I, cap. 4; Flacio Aluvino, Quint., Terentio Escauri, Marii Vict., tomo 2. Gramática antigua) que es duplex, porque en sí incluye el sonido de la c y de la s, y otros también que de la g y de la s; tiene por nombre una respiración que no puede pronunciarse tan simple que no participe algo de estas dos letras, porque a cada una le toma la mitad de su sonido, y de los dos medios hace uno, que es el suyo. Y así empieza la respiración estando la lengua en la parte que suele para formar la c, con el sonido de ca, y baja por el paladar adelante para acabar donde se forma la s, de manera que queriendo pronunciar la c gutural y la s aprisa, se pronuncia y forma este soni-

do, que significa y tiene por nombre la *x*. La figura de este carácter y las de la *y*, *z*, por no ser de las diez y ocho letras latinas originarias que guardaron orden, sino acrecentadas después, no simbolizan con las mociónes de la boca como las otras. Esta con un punto *X*. significa *Xerse*; *Xanto*, *x*, *xinodus*, vel *existimatio*. Y en el número de cuenta latina vale diez, 10, y con la línea sobre ella diez mil, 10.000 y en cuenta castellana, 10.

CAPITULO XXXIII

De la Y

ESTA letra, *Y*, como atrás queda dicho, no tiene diferente sonido del de la *i* pequeña latina, y así en esta descripción de los nombres de las letras, no se hace como de las demás especial distinción; para la cuenta latina vale ciento cincuenta, 150, y con la línea *Y* ciento cincuenta mil, 150.000.

CAPITULO XXXIV

De la Z

ESTA letra, *Z*, es la última de nuestro abecedario, tiene por nombre el sonido de una respiración más fuerte y larga que la de la *c*, cuando se junta con las vocales *e*, *y*, *i*, que hace *ce* y *ci*, y así el más ordina-

rio usar de ella es en las finales de las partes, que allí es larga y fuerte y por ello no acaba la palabra en c, sin vírgula ni con ella, aunque se parezcan en el sonido, y en los principios de las partes pocas veces se pone, si se escribe ortográficamente, y Antonio de Nebrija solo la halló en quince principios de vocablos, en medio de la palabra también es larga su pronunciación, y como requiere nuestro lenguaje que lo sea; no usa poner la c, sin vírgula ni con ella por fin de la palabra, pronúnciase queriendo asomarse la punta de la lengua entre los dientes. De ésta escribe Victorino (tomo 2, Gramática antigua), que no tiene sonido de letra, si no de palabra entera con dos sílabas; Antonio de Nebrija dice (*Indiccion latina*): Que es letra griega no usada en las dicciones latinas, y San Isidoro (*Etimología latina*, tomo 1, cap. 4), que las letras latinas tomaron prestadas de las griegas estas dos, Y y Z, que los romanos hasta tiempo de Augusto César no usaban escribir con ellas, si no ponían dos ss, y por la y, la v. Y Casiodoro dice lo mismo, trayendo los símiles de Crotalizo por Crotalisso, Malacizo por Malazisso. Y Donato (tomo 2. Gramática antigua) dice que la y, y la z las recibimos para los nombres griegos, que la primera es letra vocal griega, y la otra consonante dúplice, y de donde procede el pensar que las letras latinas no son más de diez y siete, porque la h es aspiración, la x dúplice, las dos K y la q son letras ociosas y la y, y la z, griegas; pero no obstante todo esto se han ido mencionando todas las que están en uso en nuestro lenguaje castellano, no dejando más que la K y la Y, aquella por no usada y ésta por no diferenciada de la i latina en el sonido, y como no son latinas no guardan sus caracteres aquella propiedad que hemos

ido notando en las otras. Y así en la X tampoco tratamos de ello, ni ahora trataremos, porque no sujetaron su formación a reglas como las diez y ocho latinas, de donde se puede motivar que fué con aquel cuidado la elección de caracteres que en aquellas hicieron, pues las introducidas después no guardan orden. Esta Z. con un punto en cuenta latina vale dos mil, 2.000, y con la línea Z̄ dos millones.

CAPÍTULO XXXV

Qué sonido tiene la cedilla en la c

LA ç, cedilla bajo la c, es algo menos que la z, porque ésta la usamos para la pronunciación más fuerte y larga, y para la menos aquélla, y así no acaba en nuestra lengua castellana ninguna palabra en la ç, virgulada, sino en la z, porque todas las que tienen su final en este sonido, son siempre con fuerte y larga pronunciación; la ç con la a, y con la o, y con la u, admite la cedilla por la diferencia que hay de ça, ço, çu a ca, co, cu, porque son estas últimas las tres variaciones de la C, que como dijimos tenían el sonido gutural, y así tienen necesidad para mudarlo en el de la ce y ci, que lo signifique aquella cedilla, de donde se sacará que unas con ella, y sin ella las otras, vienen a conformarse en un sonido igual, y el poner cedilla en la ç, antes de la e y la i, es mala ortografía, pues no hay razón que obligue a ponerla, que si fuere pronunciación más fuerte que la de ce o ci, será ze, zi,

que si en medio de estas dos pronunciaciones hubiera la de çe, çí, precisamente había de haber otras tres entre la ça, ço, çu y za, zo, zu, que la no virgulada de ca, co, cu, es muy diversa; y tácitamente lo dió a entender el Licenciado don Sebastián de Cobarrubias en el *Tesoro de nuestra lengua*, no poniendo cedilla a ningunos vocablos en que se siguiesen a la c, la e y la i, sino a los de la a, o, u, si bien antiguamente se ponían a todos; si nos guiamos por algunas impresiones antiguas, como se ve bien largamente en la de los dos tomos de Plutarco, traducidos a nuestro idioma por Alonso de Valencia, impresos el año de mil cuatrocientos noventa y uno, y así la ç con cedilla tiene el sonido de la c cuando le sigue la i, que pronuncia ci, de cuya formación se trató en la C.

CAPÍTULO XXXVI

De la J

ESTA J, mayúscula suele servir con un sonido grueso que llamamos de jota, éste es en tres variaciones con las tres vocales a, o, u, que con la e y con la i, no es necesaria, pues la g vale lo propio; de manera que estas dos letras varían con las cinco vocales, haciendo una misma especie de sonido y formándole con unas mismas mociones de lengua y boca, como ja, ge, gi, jo, ju, y así la formación que cuando hablamos de la g, la dimos para en cuanto a la unión de la ge y de la gi, se debe dar a la j cuando sirve de jota, y se une con la a, o, u, pues en ninguna cosa se diferencia.

CAPÍTULO XXXVII

De la tilde sobre la Ñ

La tilde que ponemos sobre la Ñ se debe entender en dos maneras, la una es que cuando sobre alguna de las vocales se halla suple la falta de la n, y algunas veces de la m, y ya no se usa tanto como solía sobre otras letras, y en la q, no sirve por ninguna, sino solamente para significar que aquella es abreviatura que el uso ha introducido queriendo que valga q por que. La otra manera en que sirve (que como vamos diciendo es sobre la n, ñ) es diferente, pues significa un sonido distinto de todos los de las demás letras, muy usado en nuestra lengua española y en la italiana; pero el italiano, aunque usa de este sonido, no le hace de la tilde, que por ella suple la g, si bien más en conformidad del uso que lo ha recibido, que del rigor del sonido de la g, y de la n, escribiendo degno y pronunciando deño, bisogno, bisoño; ogni, oñi, y así por otras; su formación es la propia que la de la n, sin diferenciarse en más que en apretar la lengua al paladar doblemente que cuando se forma la n, a manera de cuando uno sella, que primero toca y luego aprieta en el mismo lugar, así hace lo propio la lengua que donde toca para formar la n, aprieta para formar aquel sonido aún más fuerte que dos nn juntas. Y aunque parece que por ser sonido tan distinto de los demás, pudiera tener carácter que también dis-

tinto lo significase, se pudo con razón justa excusar por cuanto no sirve sino para aumento de la n, que aunque parece duplicada no lo es, pues antes que distinta acabe de formarse, vuelve continuadamente a imprimirse la lengua en la misma parte, y así no se puede significar con dos nn, pues con distinción no se forman ambas; lo más que se puede es poner parte de otra, que es aquella línea sobre la, ñ, que demuestra tener el propio lugar, puesto que en ella misma no se podía incluir sin que la una sirviera de borrar a la otra, y que en lugar de representar tilde para aumentar la n, fuera para tildarla.

CAPITULO XXXVIII

De lo que se ha de quitar a cada letra para que quede su voz simple, y las que se ha de aprender a juntar por la diferencia de su pronunciación

DE las letras queda dicho todo lo que nos ha sido posible, y asimismo de lo que nos ha parecido consustancial con ellas. Trataremos ahora de ponerlas en uso con todo fundamento e inteligencia, y así el que hubiere de enseñar a leer, ha de ir nombrando estas letras con los nombres simples, como hemos dicho, y porque no tengan necesidad de volver a buscar cuales letras son las vocales, a quien no hay que evacuar, pues siempre han sido y son simples, y cuales las compuestas con quien se entiende esta reduc-

ción, se demostrarán aquí, siguiéndose a cada letra el nombre compuesto de que usan ahora, y lo que ha de quitárseles para que queden en su pronunciación verdadera.

A		Es vocal.
b	be	No pronuncies la e.
c	ce	No pronuncies la e.
d	de	No pronuncies la e.
e	e	Es vocal.
f	efe	No pronuncies las ee.
g	gé	No pronuncies la e.
h	hache	No pronuncies ache.
i		Es vocal.
l	ele	No pronuncies las ee.
m	eme	No pronuncies las ee.
n	ene	No pronuncies las ee.
o		Es vocal.
p	pe	No pronuncies la e.
q	qu	Pronúnciala.
r	ere	No pronuncies las ee.
s	ese	No pronuncies las ee.
t	te	No pronuncies la e.
u		Es vocal.
x	equix	No pronuncies equi.
y	y griega	No pronuncies griega.
z	zeda	No pronuncies eda.

Acabados de enseñar los nombres simples de las letras, sino los pronunciaren muy distintos de consonar con las vocales de que están unidos, como se pretende, se tendrá por lo menos en cuenta, que cuando no lo pudieren excusar sea el consonar en el final del

nombre de la letra, y no en el principio, como queda dicho en el capítulo doce, que será necesario para este efecto tenerle presente.

No hay necesidad de enseñarles a juntar, sino solamente las que siguen, por la variación en que éstas se diferencian:

ca, co, cu, ce, ci,
 ça, ço, çu,
 ga, go, gu,
 ja, ge, jí, jo, ju,
 cha, che, chí, cho, chu,
 ña, ñe, ñi, ño, ñu.

Se ha de dar a entender la pronunciación, diciendo cómo la ç con la a, con la o y con la u, hacen aquella pronunciación, y con la i y la e, la otra, y luego por las demás. Y si alguna dificultad se ofreciere, acudirán a ver los capítulos que tratan de aquella letra. Sabida la pronunciación de esto, pondrán a leer al discípulo, diciéndole que vaya nombrando las letras aprisa, con las pausas que las divisiones de las dicciones muestran, que con esto leerá luego, de manera que cuanto antes conociere (como queda dicho) las letras por sus nombres simples, tanto más pronto se sabrá leer, pues en ello consiste solamente, y siendo la persona de capacidad puede en cuatro días saberlo, y no es exageración demasiada, pues como el lenguaje castellano encarece lo que quiere facilitar, diciendo que lo verá un ciego, podemos con más seguridad en este caso ofrecer que lo dirá un mudo, y para que lo pueda decir daremos principio a su arte en el libro siguiente.



LIBRO SEGUNDO

ARTE PARA ENSEÑAR A HABLAR LOS MUDOS

CAPITULO PRIMERO

*De qué causas procede la mudez y en qué edad
debe empezar a aprender a hablar el mudo que
le sea más fácil la enseñanza*

LA mudez en el hombre procede de una de dos causas y pueden asimismo estar ambas en un sujeto. La primera y más general que experimentamos en los mudos es la sordera, que impedido aquel sentido con tan grande extremo, y siendo el hablar lo mismo que imitar aquello que ha oído, se sigue que no podrá hablar el que oír no pudiere, no obstante que el instrumento de la lengua esté hábil, suelto y libre para ejercer el movimiento que usa en la pro-

nunciación de las palabras, como alargar la lengua medidamente, recogerla, bajarla, subirla al paladar, torcerla, herir con ella en los dientes, encorvarla y otras acciones de que sirve para la pronunciación. La segunda causa es, que de la propia manera que pudo acudir humor que impidió el oído, pudo acudir humor que impidiese el movimiento de la lengua o la naturaleza haber sido defectuosa en aquella parte, como lo fué en el oído o en los nervios instrumentales de la lengua; de manera que puede también oyendo una persona ser muda por el defecto de la lengua, y otros pueden serlo por ambas causas. A los que lo fueren por la de no oír (que esto es lo general) puede con este arte enseñárseles a hablar, mas aquellos que por el impedimento de la lengua son mudos, de manera que aunque oyeran lo fueren, no será posible enseñarles, y así sólo a los que proceden de la falta del oído podrá servirles nuestra enseñanza, y aun si el defecto de la lengua no fué muy grande, tampoco desahuciarémos al mudo, si bien hablará balbuciente o como más o menos diere lugar la agilidad de su lengua.

La edad en que parece estará más a propósito para ser enseñado, es muy de considerar, que si bien fuera sin ninguna duda (cuanto al arte) mucho más a propósito enseñarle teniendo mucho uso de razón, todavía se debe reparar en que el mudo, aunque de su nacimiento no haya tenido defecto en la lengua, es bastante embarazo el hacer muchos años que no usa de ella, como si el que tiene los brazos sanos diese algún tiempo en tener recogido el uno no ejercitándolo, vendría a perder las fuerzas naturales en él, de manera que en muchos días no cobraría la agilidad pasada, y como la voz es un golpe sutil de aire, formado las más

veces por diferentes movimientos de la lengua, y ésta consta de muchos nervios que para esto son necesarios diversos instrumentos, como el pulmón, las arterias, la garganta, la campanilla, la boca, los dientes, los labios y la lengua, y que de estas cosas unas sirven de receptivos de la voz, como el pulmón con sus canales, otras son ordinativas como las arterias que la hermean y las del pulmón que son conductivas y la echan fuera, si han estado mucho tiempo estos instrumentos sin usarlos, bien se echa de ver la atrofia en que se hallarán, y así de seis a ocho años es la mejor edad para empezar a enseñarle.

CAPITULO II

Cómo el mudo no puede aprender a hablar por otro modo que el que se le enseña en este arte

No habiendo (como queda dicho) impedimento en la lengua, redúcese todo al que puede haber en el oído. Esta falta han querido suplirla algunos sacando los mudos al campo, y en valles donde la voz tiene mayor sonoridad, hacérselas dar muy grandes, y con tanta violencia que venían a echar sangre por la boca, poniéndolos también en cubas donde rebombase la voz, y más recogida pudiesen oirla, medios muy violentos y nada acertados. Y así será fuerza hablar algo, aunque de paso en este sentido, para que sabido cómo recibe la voz la virtud comprensiva, no se apliquen medios infructuosos y violentos.

Divídese la virtud comprensiva en dos maneras: en sentido común, que llamamos interior, y en los particulares que llamamos exteriores, que es ver, oír, gustar, palpar; este sentido común se manifiesta por estos exteriores, a los cuales bajan desde el cerebro unos nervios que causan sus efectos; a las orejas vienen dos, uno a cada una, y están pegados a la abertura de ella, que es un hueso cavado torcido, que los médicos llaman pedroso, seco, cartilaginoso y duro, excavado para que en su cóncavo se retenga el aire, y no entre derecho y haga daño al sentido; por estos nervios que acabamos de decir, baja el espíritu animal, y cuando el aire de fuera llega, representando la forma de algún sonido, mueve y despierta al espíritu auditivo, el cual va a la celda de la fantasía, donde juzga el ánima de aquel sonido presente; y para todo esto son necesarias cuatro cosas: eficiente causa, órgano conveniente, atención del ánima, y medio por que oímos. La causa eficiente es la virtud animal auditiva. El órgano conveniente es la abertura de la oreja con todas las propiedades que hemos dicho. La atención del ánima es no divertirla entonces a cosa diversa de aquella que con esto obrará; y aun por ser tan apetecible de la inteligencia de las cosas, acostumbra a retener la respiración para que no le impida al oído; y así cuando alguna persona procura oír con atención, detiene el aliento sin saber ni reparar en lo que hace, porque es acción de que el ánima se ayuda para que el oído obre, y dijo Aristóteles (Problema sect. 32, quæst. 13): Mejor oímos cuando el espíritu retenemos. El medio necesario al oído es el aire que trae el sonido hasta las orejas. De estas cuatro cosas, si cualquiera de ellas faltare, es bastante para ensordecen; en el mudo faltan las dos, causada la una

de la otra, que es estar retirada la virtud animal auditiva, por no darle el órgano e instrumento lugar para extenderse hasta la parte donde había de recibir el aire que trae el sonido a las orejas, aunque las otras dos procuren obrar, que son la atención en él y la voz que hiere en la oreja, de que sacaremos que no las violentas que le dan, ni hagan dar al mudo, ni su mucha atención, serán parte para que se enmiende aquel sentido, sino para embotarle, y que cuando se oiga algo por tan violento modo, será un ruido confuso, que llegará tan inarticulado a la fantasía que no podrá el ánimo hacer juicio de él. Y así se debe elegir otro medio más cierto, y ninguno como el de este arte, tan ajustado a la naturaleza, que parece que o se ha convertido ella en él o él en ella, porque las acciones demostrativas son la lengua natural. Y compruébase con que si se juntan mudos, aunque nunca se hayan visto, se entienden por usar unas mismas señas, que aunque dice Herodoto Halicarnaso (lib. 2) que Psammeticho, rey de Egipto, hizo criar a un pastor dos niños en un desierto, con particular cuidado de que nadie les hablase, y que traídos a la corte ante él ya de edad de cuatro años, dijeron algunas veces, beccus, palabra que en lengua frigia quiere decir pan, no es cosa verosímil, para que entendamos que en aquella lengua, ni en otra alguna, no enseñado pueda hablar nadie, sin que nos valgamos de la réplica que se hace a este caso, diciendo: Que aunque guardaron a estos niños que no oyesen voces de hombres, pudieron oír balidos de ovejas (tanto más siendo pastor quien los crió) con quien parece que simboliza aquella voz beccus, pues más manual tenemos el ejemplo en los mudos, que sin ser necesario enviarlos a los desiertos están imposibilitados de oír

a hombres ni animales, y ninguno sabemos que haya hablado aquella lengua ni otra en virtud de la naturaleza, sino del arte, por haberles a algunos enseñado la nuestra, y más se adelantaran los mudos a intentar hablar que los que se criaran en despoblado, porque aquéllos no supieran que había habla en el mundo ni que era necesaria para la inteligencia de las cosas, porque aunque viesen gentes no las oían hablar, y los mudos saben que hablamos. Y sea la lengua frigía o la griega, que algunos quieren que en ésta hayan de hablar los que se criaren retirados, como estos dos niños, es cosa cierta que por las razones dichas en los mudos se hubiera experimentado, que no porque Adán la hablase sin ser enseñado, la han de hablar todos los demás, pues la ciencia infusa que él tuvo falta en ellos.

CAPÍTULO III

Que por demostraciones se le han de dar a entender al mudo las letras

POR lo que hemos dicho en el capítulo antecedente quedamos excluidos de podernos valer del oído, y conforme a esto, necesitados de procurar que otro sentido supla la falta de aquél. Esto podrá hacer la vista, que ya que por ella no pueda entrar la voz, podrá el conocimiento de su formación, tan hábil y perfectamente que la forme el mudo como si la hubiera oído. Y para esto se debe tener por cierto que son prestísimos en aprender las demostraciones que se les

hacen, porque así pretenden suplir la falta del oído, y muy hábiles en facilitar las que ellos hacen para ser entendidos, y suplir la del habla. Y así el instrumento que se ha de tomar para enseñarles, ha de ser aquel en que ellos están más diestros, y el sonido de las letras se les ha de dar a entender por demostraciones. Y se podrá hacer por haberlas dejado en el libro pasado desnudas y purgadas de aquella composición que tenían los nombres de las diez y siete, y con esto apropiadas para que las reciba el mudo, porque no le pediremos más que una respiración, que esa también pueden expelerla los mudos, como los que no lo son, y aquella respiración arrojada, estando los labios y dientes en la parte que se requiere para la formación del nombre de alguna letra, han de formarla; y el ejemplo de esto lo conoceremos en una guitarra, que puestos los dedos en la consonancia que quisiéremos, cualquiera que con su mano llegase a dar un golpe en las cuerdas, hará un mismo sonido, aunque no quiera. Así también teniendo el mudo su boca en la forma que los que no lo somos, la ponemos para la formación de una letra, y arrojando la respiración, formará el sonido que nosotros, y en sabiendo formar el número de respiraciones que significan nuestras letras sabrá leer, que esta facilidad trae consigo el haberles dado nombres simples, pues con irlas nombrando el mudo de prisa, guardando en las dicciones las pausas que ellas mismas dan a entender, irá leyendo, y porque antes de enseñarle a que nombre las letras en voz las ha de conocer muy bien y saber por demostraciones de la mano lo que representa cada una, se pone al final de este capítulo el abecedario demostrativo de manos, figurando la postura que tiene cada una, la letra que

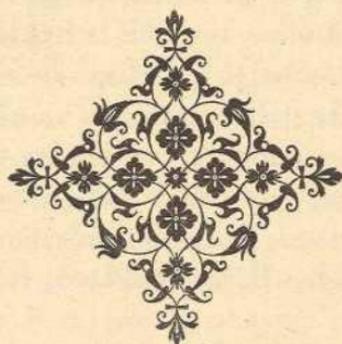
está sobre ella una mayúscula y otra común, para que a ambas conozca el mudo, y sepa que a una y otra representa aquella figura. Y además de para los mudos es curiosidad que deben saberla todos para diferentes casos que se pueden ofrecer. Y en la antigüedad se debió de tener por conveniente el saber usar de demostraciones de las manos y de otras partes del cuerpo para significar letras y cuentas, según se colige de lo que escribe Juan Bautista Porta en su libro de *Surtivis literarum*, trayendo muchos modos de cuentas que usaban por la mano. Y cómo también por demostraciones de diferentes partes del cuerpo que se tocaban usaban significar las letras, entendiendo la *A* por *Auris*, que son las orejas; *B*, *barba*, la barba; *C*, *capud*, la cabeza; *D*, *dentes*, los dientes; *E*, *epar*, el hígado; *F*, *frontem*, la frente; *G*, *gutur*, la garganta; *H*, *humeros*, los hombros; *I*, *ilia*, la hijada; *L*, *linguam*, la lengua; *M*, *manu*, la mano; *N*, *nasum*, la nariz; *O*, *oculos*, los ojos; *P*, *palatum*, el paladar; *Q*, *quinguedigitos*, los cinco dedos; *R*, *renes*, los riñones; *S*, *supercilia*, sobre las cejas; *T*, *tempora*, el espacio de las sienas; *V*, *ventrem*, la barriga. No usaron demostraciones para la *K*, *x*, *y*, *z*, porque como queda dicho en el libro primero, éstas no son usadas en la lengua latina. Y volviendo a nuestra enseñanza, le harán formar al mudo con su mano derecha todas aquellas figuras como aparecen pintadas, y el que le enseñare las hará también, para que aprenda con mayor facilidad viéndolas imitadas en la mano del maestro, y a cada una que le fueren haciendo le irán señalando con el dedo de la mano izquierda la letra que significa, hasta que sin ver la demostración de la mano del que le enseña ni las pintadas sepa hacerlas y conocer la letra

de cada una en un abecedario que más adelante pondremos de letras mayúsculas y comunes, que le servirá de prueba para que se sepa si está bien enterado de las de la mano, y después, interpoladamente, se le irán mostrando en la lectura del libro, pidiéndole que signifique con su mano la que el maestro tocara con el dedo. Y será muy necesario que en la casa donde hubiere mudo todos los que supieren leer sepan este abecedario para hablar por él al mudo y no por señas, que entendiéndolo por la mano o por escrito no está bien que usen de ellas los que le hablaren, ni le permitan a él que se valga de ellas, sino que responda con la boca lo que se le preguntare aunque yerre en la locución de sus respuestas; y se tendrá cuidado de enmendarle siempre, que todos los que aprenden cualquier lengua extraña, haciendo solecismos y notando cómo se los corrigen llegan a saberla (1).

(1) Bonet era retrógrado comparado con Carrión en lo referente a la comunicación con el sordomudo, pues mientras aquél opinaba que la lectura labial era imposible, Carrión la creía practicable, si bien no en todos los casos.

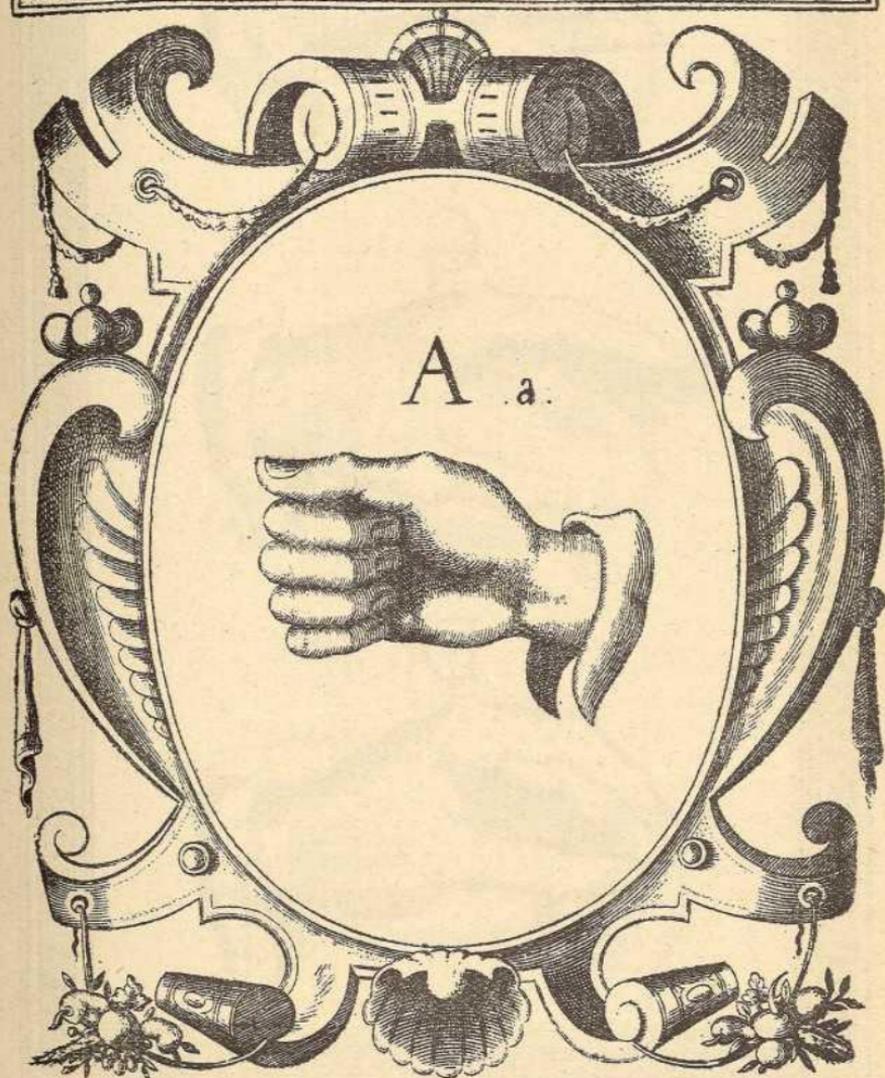
Bonet, no obstante, desecha dentro de lo que cree posible lo no universal en cuanto a signos, aceptando como remedio el abecedario manual y apoyando la expresión oral al mismo tiempo.—J. O.: L. G.



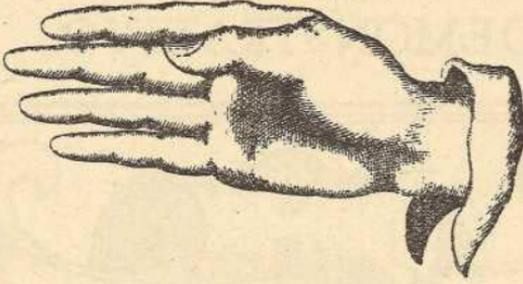


ABECEDARIO

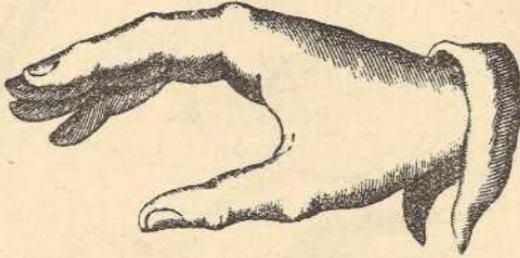
DEMONSTRATIVO.



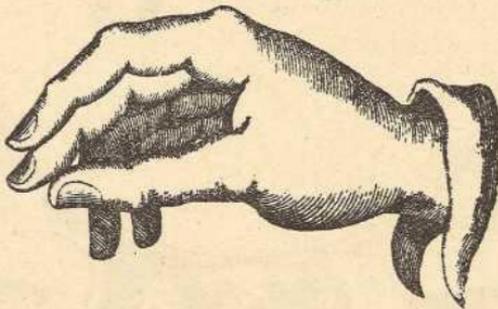
B .b.



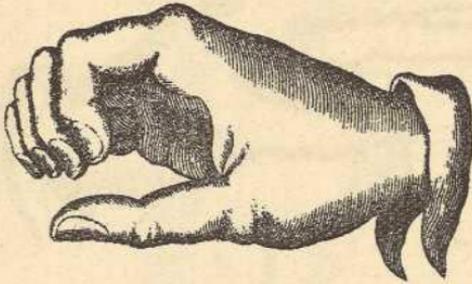
C .c.



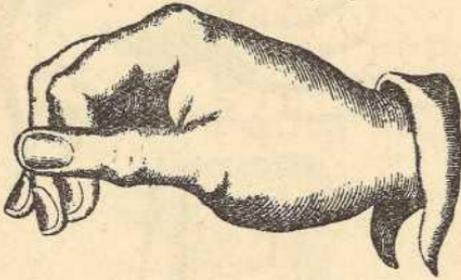
D .d.



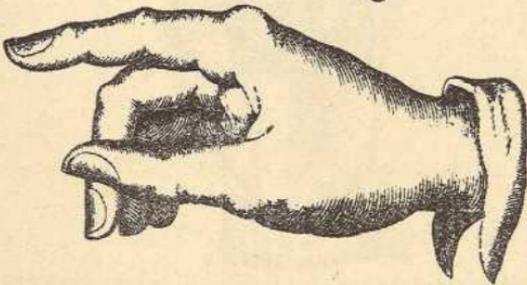
E .e.



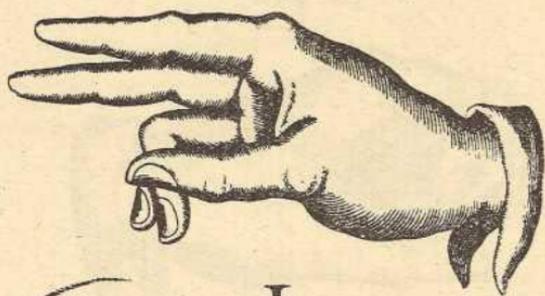
F .f.



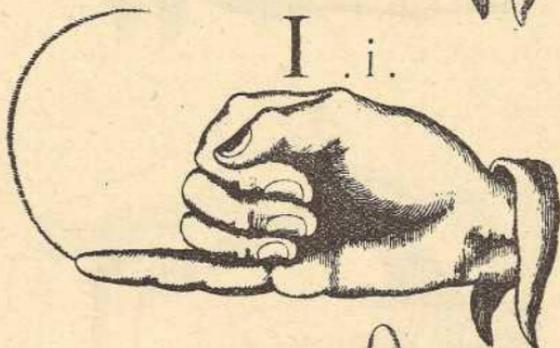
G .g.



H . h .



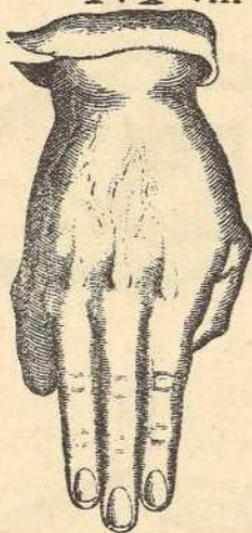
I . i .



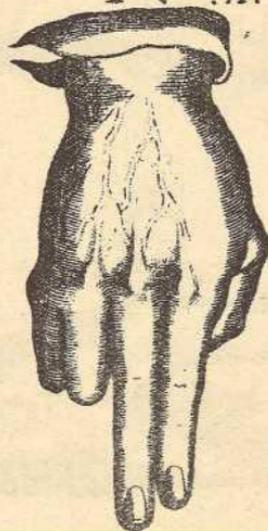
L . l .



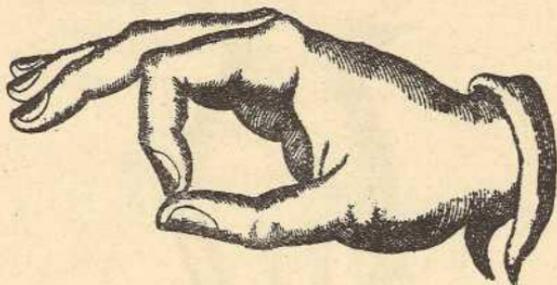
M .m.



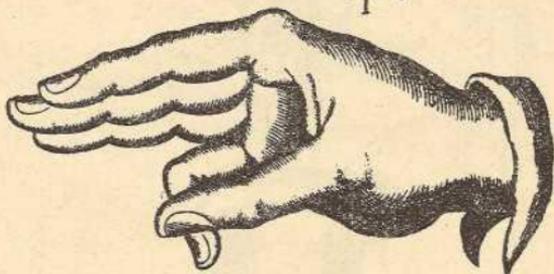
N .n.



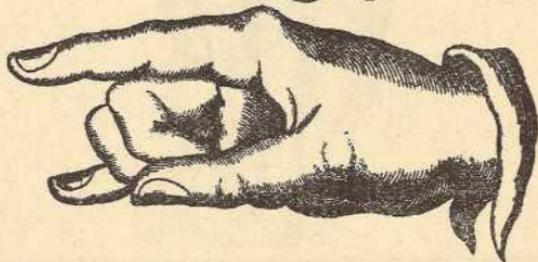
O .o.



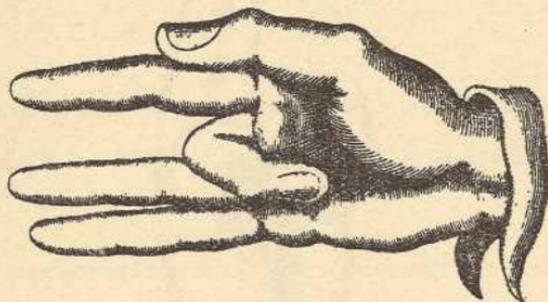
P .p.



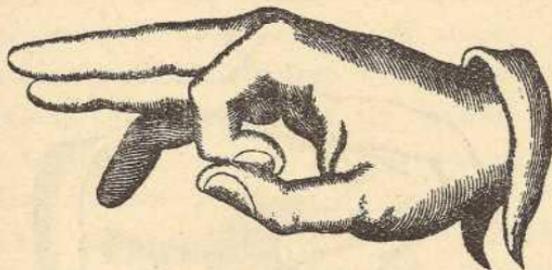
Q .q.



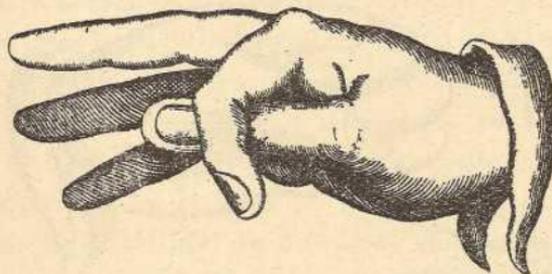
R . r.

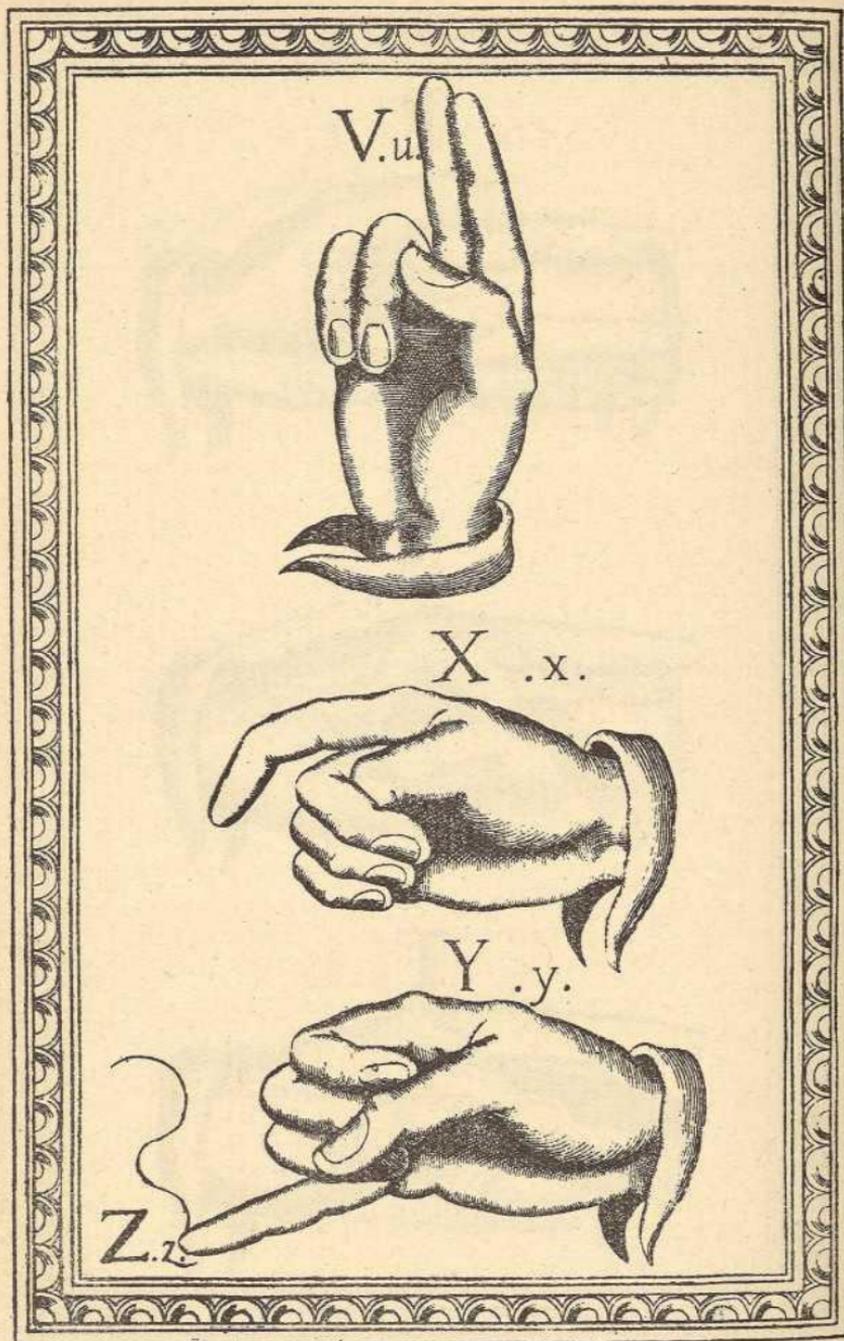


S . s.



T . t.





CAPITULO IV

Declaración de las demostraciones que significan la jota, y griega, zeda y tilde

LAS demostraciones de este abecedario de manos dan a entender qué significan las letras que tienen sobre ellas, y por ser tan diferentes en las formas las mayúsculas de las comunes, se ponen, como está dicho, ambas, y adviértese para entender cuándo la I ha de tener voz de jota que se ha de menear la mano (estándose en su misma figura de I) como si con el dedo pequeño quisiesen hacer un círculo arqueado desde la mano izquierda a la derecha, como se demuestra en la misma figura.

La y, y la z tienen una misma demostración; pero difieren en que para significar la y se ha de estar la mano quieta, puestos los dedos en la forma que se indica, y para la z se ha de menear la mano como si en el aire la quisiesen escribir, como también lo demuestra una línea que baja culebreando y acaba en el dedo pequeño, pero estando siempre la mano en figura de y.

Los tildes, cuando fuere necesario, se harán sin guardar orden en posturas de dedos, sino con toda la mano, como si en el aire se quisiese hacer aquella línea que sirve de tilde; pero no hay que embarazar al mudo con enseñarle ahora la jota ni el tilde, sino solamente la z, que de ellas se dirá cuando se le enseñaren las letras con voz.

Sabido que tenga el mudo el abecedario de la mano muy bien, se comprobará por los dos que se ponen aquí: uno de las letras mayúsculas y el otro de las comunes, y ha de señalarse con el dedo cada letra, dándole a entender que la signifique con su mano, y no solamente las unas tras las otras, sino interpolándolas, y en la que errare se le volverá a mostrar en el abecedario de las manos, donde está sobre cada una la suya, para que lo sepa por discurso, entendiendo que aquella y ésta es una misma; de manera que hasta saber con toda destreza y prontitud hacer las letras por la mano y conocerlas en cualquiera parte que las vea, no se le ha de enseñar la pronunciación de ellas, por no ofuscarle con nuevas cosas hasta estar capaz de otras.

A B C D E F G H I L M N O P Q R S T
 V X Y Z
 a b c d e f g h i l m n o p q r s t v x y z

Ya que esté bien enseñado en las letras de la mano y conocidas las de estos abecedarios, pasarán a enseñárselas en voz, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

De la manera que se le han de enseñar al mudo las letras en voz

PARA enseñar al mudo la nominación de las letras simples, en que consiste saber leer, han de estar solos el maestro y él, por ser acción que requiere atención muy grande, y no se le distraiga; y ha de ser en

parte muy clara, para que el mudo vea todo el cóncavo de la boca del que le enseñare, y empezará por las cinco letras vocales, por cuanto son más fáciles de pronunciar y tienen gran parte aquéllas en la respiración con que se han de formar las otras; además, que viendo el mudo la facilidad con que ha sabido aquéllas, se animará para la otras; y el que le enseñare ha de tener paciencia, para que si en tres o cuatro veces no acertare el mudo a pronunciar la voz o respiración que sirve de nombre a la letra, le ha de esperar que pruebe otras muchas; y si viere que se aflige por no acertar, dejarle y pasar a otra letra, que otro día acertará (1) a tomar otro metal de respiración más apropiado para pronunciarla, que no será mucho en cosa tan dificultosa haber algún trabajo, y para que parezca pequeño podrá considerarse cuán imposible cosa es templarse dos instrumentos unísonos si cada uno que temple el suyo no oye el ajeno con que ha de ajustarle; y lo mismo es la voz, que la ha de templar el mudo unísona con la que no puede oír; pero con paciencia y este arte se alcanzará todo; y para facilidad y no andarle metiendo los dedos en la boca al mudo poniéndole la lengua donde ha de estar, podrán enseñarle con una de cuero, que en la mano la doblarán, corva-

(1) Hoy no se espera a que fortuitamente sea emitido el sonido deseado, sino que se provoca por medio de tactaciones laríngeas, craneanas o pectorales, y a veces hasta estableciendo corrientes nerviosas por medio de la presión de la mano del educando sobre la nuestra. Se favorece hoy la emisión precisa con la ayuda de gráficas de articulación, espejo, cortes del aparato fonador y resonador humano y con mucha paciencia...

Existen también hoy aparatos sencillos para disponer los órganos adecuadamente en cada articulación en los casos de resistencia a la imitación o de vicios de conformación.—J. O.—L. G.

rán y harán en ella delante de él todas las acciones que él ha de hacer con la suya, además de lo que verá en la boca del maestro, que, como se ha dicho, la ha de tener a la luz de manera que se le pueda comprender la postura que tuviere. Y adviértese que a cada letra que le hubieren de hacer pronunciar le hagan primero la demostración de ella con la mano y con los abecedarios que pusimos en el capítulo que antecede, para que entienda el mudo cuál es la que pronuncia.

CAPITULO VI

De la postura y mociones que han de tener y hacer la boca, lengua, dientes y labios para formar el mudo cada letra

A

PARA que el mudo pronuncie el nombre de esta letra ha de tener la boca abierta y dejar salir la respiración libre sin hacer con la lengua ni labios moción alguna, y se le tomará la mano al mudo y en la palma de ella le alentarán para que entienda con esto que no cumple con estarse boquiabierto, sino que ha de expeler la respiración para pronunciar las letras, y en acertando el sonido de la que se le fuere enseñando, se le dará a entender con una acción de aplauso, y en tanto que no acertare le dirá que no meneando la

cabeza y el segundo dedo de la mano derecha, que son acciones que significan el no.

E

Para pronunciar la voz que sirve de nombre a esta letra, ha de respirar el mudo retirando los labios de la boca para dentro, y ella medio abierta sin movimiento de la lengua.

I

Esta letra se ha de pronunciar estando los dientes poco menos que pegados, la lengua tendida que iguale con ellos.

O

Esta se pronuncia haciendo la boca con los labios aquella misma forma circular y para ello se apartan los labios de los dientes, porque salen más afuera y no se menea la lengua.

V

Para la pronunciación de esta letra salen aún más afuera los labios de lo que salieron para la o, tanto que la parte de adentro de ellos parece que se quiere volver un poco afuera, está la boca muy fruncida y echa la respiración tan justa y fuerte, que a poner una vela cerca de la boca o la apagará o será poco menos.

B

Para pronunciar esta letra se han de pegar los labios, y entreabrirlos suavemente cuando llegare a herir la respiración en ellos; la lengua se está queda.

C

Para la pronunciación de esta letra ha de estar la boca poco menos abierta que cuando se pronunció la A, la lengua corvada cerca de su principio, y toca con lo corvado en el paladar, y la respiración pulsa en el paladar, y en ella, y en llegando a herir allí la respiración, ha de quitar la lengua, advirtiendo que en la formación de algunas letras se quita, y en otras se ha de quedar pegada, como se irá diciendo: ha de abrir bien la boca el maestro, para que el mudo vea la postura que la lengua tiene, y si no acierta a ponerla, será necesario que se la pongan con la mano; aunque para mayor facilidad y limpieza se puede valer de la lengua de cuero, como se ha dicho, que podrá hacer con ella la demostración en la palma de la mano. Esta voz de esta C, es la que hemos hecho gutural, que es del que ha de servir para ca, co, cu, que de la otra se dirá cuando de la Z se tratare.

D

Se pronunciará el nombre de esta letra arqueándose la lengua, tocando con la parte inferior de la punta en las encías y dientes superiores, tapando con ella la boca, como a manera de detener que no salga de ella la respiración, la cual en pulsando en aquella parte, se apartará la lengua. Y para que el mudo entienda que no se ha de tener pegada al paladar siempre, sino que la ha de apartar al instante que la respiración llegare allí, le pondrá la lengüecilla de cuero en la mano, levantada la punta en la forma dicha, y le alentaré, y de manera que en alentando la aparte, para que el mudo lo entienda, que así él en llegando su respiración a la lengua la ha de despegar.

F

Para que el mudo forme el nombre de esta letra, ha de arrojar la respiración teniendo los dientes superiores sobre el labio inferior, y la lengua se está queda.

G

Esta letra tiene dos pronunciaciones, por las razones que hablando de ella dijimos en el libro primero, y ambas se le han de enseñar al mudo; para el primero, que es con el que ha de pronunciar la ga, go, gu, ha de tener el mudo la boca abierta medianamente, como cuando formó la c, y ha de corvar la lengua en la mitad, y con lo corvado ha de tocar en el paladar, donde pulsará la respiración. Para la formación de esta letra tendrá necesidad el que enseñare de mostrarle la garganta al mudo, para que vea cómo la canal de ella sube tras la respiración, y como se vuelve a su ser. La segunda pronunciación que tiene esta letra, es la que le sirve para ge y gi: ha de curvar el mudo la lengua más cerca de la punta de lo que la curvaba para la pronunciación primera, y con lo curvado tocará en el paladar poco más adentro de las encías, y aunque la respiración pulse en aquella misma parte, no se ha de despegar la lengua de aquel puesto, sino quedarse pegada, y este mismo sonido tendrá la i, cuando hubiere de servir de jota, y para excusarle confusión, será bien no enseñarle este segundo sonido de la g, porque se ofuscará de ver que unas veces le dicen que haga uno y otras otro, y será más acertado dejarlo a la postre que debajo de la voz de la jota lo entienda, como debajo de la z le daremos a entender la ce y la ci, y la con la cedilla para ça, ço, çu.

H

Esta letra ha de formar el mudo con solo expeler una respiración muy tenue, que no ha de ser sonora, como para las demás letras, y la boca ha de estar en la forma que para la a. Tiene más esta letra otro sonido, pero singular, para cuando la precede la c, como muchacho, y porque no todo es suyo, ni tampoco de la c, sino que es participado de ambas, lo dejaremos para tratar de ello cuando lleguemos a juntar las letras que fueren excepcionadas.

L

Pronunciará esta letra el mudo hiriendo en el paladar con el tercio postrero de la lengua, con la parte de abajo de ella, de manera que se venga a doblar, y que lo inferior de la lengua toque en el paladar, y en llegando a pulsar allí la parte que acudiere (que más es la que quiere salir libre) se despegará la lengua.

M

Esta letra la pronunciará el mudo obligándole a que cuando fuere a echar la respiración sonora, cierre los labios tan pegados que no pueda salir por la boca, sino por las narices. No hay en la formación de esta letra otra moción alguna, y así se le dará a entender que ha de respirar por las narices, aunque haciendo fuerza como que la quería para echar por la boca.

N

Para pronunciar el mudo esta letra, ha de tocar con la punta de la lengua en el paladar cerca de los dientes, y ha de ser con lo inferior de la punta de la

lengua, la boca muy poco abierta, los labios más, y que salga la respiración por ella y por las narices.

P

Esta la formará el mudo haciéndole que pegue los labios como los tuvo para la b. Y por cuanto es necesario que los tenga más apretados, le señalarán con ellos mismos que los pegue bien, y con los dos dedos del maestro, el pulgar y el índice, le apretarán uno suyo, señalándole que así ha de apretar sus labios y luego hacer una acción como que atrae la respiración y que no la deje salir, y luego mostrar que con violencia los interrumpe para que salga el viento, que esta letra no se forma de respiración sonora, sino de este viento detenido, para que salga con violencia. Y será bien que el maestro le sople en la palma de la mano con aquella fuerza que se forma esta letra para más facilitarlo.

Q

Para pronunciar el mudo esta letra le han de hacer formar la c y la u, y para ello tendrá dos modos de enseñanza: o haciéndole pronunciar la c y luego la u, y que las junte, haciendo ambas el sonido de ésta, y para ello será necesario que pronuncie cada una de por sí y después hacerle que las junte aprisa, haciendo una acción de apretarse una mano con otra, o si no ponerle la lengua donde ha de estar para la c y los labios en la forma que dijimos se ponían para la u, que con esto pronunciará la respiración las partes de aquellas dos letras de que se forma y pronuncia la e.

R

Para la pronunciación de esta letra, ha de tocar la punta de la lengua (de la parte de abajo en medio del paladar) y que la fuerza de la respiración haga vibrar la lengua, y para esto no ha de tener el mudo la suya demasíadamente pegada, sino cuanto con suavidad tocare, porque si lo estuviera mucho, no pudiera la respiración menearla con tanta velocidad como es menester. Y para facilitar más la pronunciación de esta letra, le harán una lengua de papel, como la que hemos dicho de cuero, y doblársele la punta de ella, de manera que la parte inferior venga a ser la superior, que es la forma en que la lengua ha de estar en la boca tocando al paladar, y luego soplará el maestro en la punta de la lengua de papel, que en la forma dicha estará doblada, y como el papel es tan débil, tremolará de prisa aquella punta, con lo que se le dará a entender que así ha de tremolar la punta de la lengua del mudo dando en ella la respiración.

S

Para pronunciar el mudo esta letra ha de poner la punta de la lengua encima de las encías, que casi toque en los dientes superiores y así es fácil de pronunciar.

T

Pronunciará el mudo la t teniendo la punta de la lengua pegada al corte de los dientes superiores y sin asomarla fuera, dando la respiración en ella y en ellos se aparta violentada, y como si a vueltas de la respiración quisiera arrojar saliva.

X

Esta letra ha de pronunciarla el mudo valiéndose de dos sonidos, que son el de la c y la s, como se valió para la q de la c y de la u, porque ambas son dúplices, pero en el sonido de la x úsanse más la c y la s, que allá las otras dos. Para esta letra ha de poner la lengua en la forma que se ha dicho para la c, y que acabe la respiración en la parte donde se pronuncia la s, que como están más vecinas estas dos formaciones que las de la c y la u, únense más.

Y

Esta letra se pone aquí no para que se la hagan pronunciar sino para que cuando lleguen a ella, en el abecedario le señalen la i, haciéndole que entienda que ambas son una misma cosa.

Z

Para que pronuncie esta letra ha de poner el mudo la punta de la lengua entre los dientes y expeler la respiración que salga sin que la lengua se aparte de aquel lugar.

Ç

Esta c con cedilla se ha guardado para enseñársela con la respiración de la z, por la facilidad que tendrá su enseñanza sabida la pronunciación de aquélla, y al mudo se le ha de dar a entender que tiene el mismo sonido, porque como no es otra la diferencia que en ser más o menos fuerte aquel ceceo, para la locución del mudo no importa, que cuando esté más perito se le dará a entender que hay diferencia entre la z y la ç

en ser ésta menos fuerte de pronunciar que aquélla y fórmase teniendo el mudo la punta de la lengua pegada a los dientes inferiores. Y sabido que haya la pronunciación de esta ç con cedilla, le mostrarán otra c sin ella, y le pedirán que la pronuncie y la pronunciará con el sonido de ca, como se le enseñó al principio; con el aplauso se le dará a entender que dijo bien, pero se le señalará luego que también tiene otro sonido como la de cedilla, tocándola con el dedo cuando se junta con la e y con la i, que dice ce, ci.

I

Sirve esta letra con sonido de jota en nuestra lengua castellana cuando se sigue a ella a, o, u, que pronuncian ja, jo, ju y las partes que pudieran causar confusión a esta regla general las pone Antonio de Nebrija en el diccionario de Romance en latín, diferenciándolas con usar de la y griega para ellas, si bien no concuerda con él el Licenciado D. Sebastián de Covarrubias (*Tesoro de lengua Castellana*), porque en ningún vocablo usa de ella. La formación de este sonido de la jota, es el de la g, no gutural, sino el segundo que dijimos y así se le ha de enseñar que éste y aquél son uno mismo.



La tilde se le ha de enseñar de dos maneras, porque sirve de dos sonidos, la una sobre la ñ, que esta tiene diferente pronunciación de todas las letras y la otra cuando se pone sobre la a, e, i, o, u, que significa n, y así cuando junte letras el mudo se le ha de dar a entender que es lo mismo que n, es un sonido que lo pronunciará con la misma formación y respiración

que la n, añadiéndole el apretar la lengua en el paladar en la misma parte, como se ha dicho atrás, y hará el sonido que se pretende, que será diferente del que hace la n sin tilde.

Las letras que tienen alguna dificultad para que su unión sea entendida del mudo, son las que aquí pondremos, que en las demás no las hay. Y advirtiendo que aunque en esta demostración hay ce sin cedilla, y ç con cedilla, mezcladas unas con otras en un renglón, que ha de ser uno mismo el sonido de aquella letra, y lo propio se ha de entender del renglón que tiene jota, i, y, g, y aquel sonido que hace cha, como muchacho, se forma estando la lengua del mudo pegada al paladar todo el tercio postrero de ella de la parte inferior, y ludiendo con ella un poco el paladar adelante. Y abriendo la boca al fin de la pronunciación, para que la respiración la halle apta para formar la a.

Seis reglas que ha de saber el mudo antes de ponerle a leer.

ca, co, cu,
ça, ce, ci, ço, çu,
ga, go, gu,
ja, ge, gi, jo, ju,
cha, che, chi, cho, chu,
ña, ñe, ñi, ño, ñu.

Para juntar estas sílabas el mudo, se le ha de mostrar por la mano o por escrito la letra, y señalarle que pronuncie la c, y la pronunciará como se la enseñaron, luego la a, y hará lo mismo; se le ha de pedir que las junte, que esto se hará con una seña que entenderá

el unirlas pegada una mano con otra apretadamente o una manera de círculo arqueado en el aire que acabe donde empezó, que significará recoger y juntar aquellas voces, y cuando sepa las de ca, co, cu, enseñarle las de ça, ce, ci, ço, çu, que a todas cinco las ha de pronunciar con el ceceo que hemos dicho, y logrado que las haya aprendido muy bien se le han de entremezclar unas con otras, y si errare dándoles diferente sonido, como decir ça por ca, o por el contrario, señalarle con el dedo que yerra, y mostrarle como no es aquella sílaba de las de aquella regla, y así se irá haciendo de las demás reglas, que sabidas éstas, fácil cosa le será juntar las demás letras dos a dos, pues de la manera que empieza la una variación, hace todas las cinco, como ba, be, bi, bo, bu, da, de, di, do, du, que éstas con grande facilidad las aprenderá, pues con ir nombrando las letras a prisa con los nombres simples que le hemos enseñado las juntará en la lectura, y sabidas las seis reglas, no le queda en qué ofuscarse.

CAPITULO VII

Cómo se le ha de enseñar al mudo a juntar las letras

TENIENDO bien sabida la pronunciación de las letras, que es los nombres de ellas, y las seis reglas que acabamos de decir, se le enseñará a juntar palabras, empezando por las más fáciles que serán las que constarán de sílabas de dos letras, como vela,

bufete, guante, espada, cabeza, y estas palabras se procurará que sean nombres de cosas que tenga delante, para que en acertándolos a pronunciar, se le dé a entender por señas que lo que dijo es aquella cosa, como si por ejemplo queremos que diga vela, porque es fácil pronunciación así por constar de dos solas letras, como toda la palabra de dos solas sílabas, que la comprenderá mejor, hará el maestro la v, por la acción de la mano, o mostrándosela escrita, señalándole que la pronuncie y la pronunciará en la voz simple el mudo, luego le hará la e, y también la pronunciará; le hará luego la seña que significa juntarlas, hasta que diga con presteza ve, pronunciando las dos letras a prisa y habiéndolo hecho seguirá el maestro la misma forma para la l y para la a, y pronunciadas se hará la misma demostración que se dijo para la sílaba ve, y juntándolas se volverán a hacer las cuatro letras, de por sí cada sílaba, que pronuncie ve, la, y luego la misma seña que se le hizo para juntar las dos letras se le hará para que junte las dos sílabas hasta que diga vela y en acertándola a decir le hará una demostración de aplauso para que entienda que acertó y mostrarle una vela para que entienda que aquello que dijo es el nombre de aquella cosa; y juntando una palabra como esta juntará todas las otras con grandísima facilidad. Pero como está dicho, se le ha de procurar enseñar al principio por palabras de pocas sílabas y cada sílaba de dos letras, luego se le podrán enseñar de tres y de cuatro sílabas, como guante, bufete, tapete, y sabidas éstas, se le podrán enseñar nombres que incluyan sílabas de más letras y sabiéndolas juntar de a tres, que será con la misma facilidad de dos (porque la dificultad está solamente en la primera) le harán

leer de corrido, atendiendo a que sea poco a poco, para que guarde orden en las dicciones y si no lo guardare, que no será extraño al principio, por no entender lo que fuere leyendo, han de volverle a que lo lea otra vez, haciendo la división que la lectura va mostrando y señalándole la coma y el punto, para que entienda como son señales que significan lo que dicen, que con esto lo entenderá a las pocas veces. Y no hay que reparar en que no entienda lo que leyera, que hasta ahora no tratamos sino de que junte las letras de manera que haga lectura inteligible, para el que lo oyera, aunque él no sepa lo que dice, que esto se le ha de enseñar después, como los que leen muy bien latín, pero no lo entienden, que una cosa ha de venir tras otra y sabiendo leer en lo escrito y por la mano se pasará a lo que diremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO VIII

En que se reducen las partes de la oración a tres, y cuáles son

Ya que tenemos al mudo diestro en la lectura y en potencia de saber nuestra lengua, se la hemos de enseñar con arte reducido a reglas, que aunque ninguno aprende la suya materna por maestro destinado a enseñársela, es porque nos sirven de maestros cuantos hablan con nosotros y cuantos oímos que unos con otros conversan; y esta forma continua no puede tenerla el mudo por falta del oído, por cuya

razón hemos de buscar reglas tan compendiosas y ceñidas que suplan aquel defecto, como aquí las iremos poniendo. Todo género de lenguaje, así en locución como escrito, se forma y compone de oraciones; las oraciones, de partes; las partes, de sílabas; las sílabas, de letras, y éstas son el elemento e índice de todas las cosas, como se dijo largamente en el primer libro, donde se habló también de las sílabas lo que fué necesario; ahora se ha de tratar de la oración, en qué partes se divide, para que reduciéndolas a menos diversidad de lo que los gramáticos latinos las dividen, sea más fácil la enseñanza de los mudos. Dice el maestro Francisco Sánchez Brocense en su *Minerva* (lib. I capítulo 2) que se divide la oración en tres partes: *nombre*, *verbo* y *conjunción*, y que los hebreos tienen otras tres: *nombre*, *verbo* y *dicción*, y los árabes las mismas, a las que llaman Phael, Ismi y Herph, que quiere decir lo propio: *nombre*, *verbo* y *dicción*, y que estas mismas tienen todas las lenguas de Oriente. Y prosiguiendo, más adelante dice que un rabí disputaba con Cosdras, rey de los persas, sobre que todas las lenguas traían su origen de la hebrea, y que la griega y la latina antiguamente no tenían más de tres partes de la oración, y del mismo parecer es Plutarco en la cuestión de Platón, y San Agustín en sus *Categorías*, conformándose con el parecer de Aristóteles; Diógenes Laercio en la vida de Zenón contó cinco; Quintiliano (*De Oración*, lib. I, cap. 4; tomo I, etc. 2. Gramática antigua), Austiarcho, Palemón, Carisio, Diómedes, Probo, Phocas, Junior, Asperius, Erasmo, Vaseo, gramáticos antiguos; Julio César Escalígero, Josehp (*Opúsculos*) su hijo, Despauterio, Manuel Alvarez (*Gramática instit.*, lib. I) y otros cuentan ocho partes.

Antonio de Nebrija (*Ars.*, lib. I) añadió más el gerundio. Servio dijo que eran once. Prisciano escribe que algunos hicieron nueve, otros diez, otros once y otros doce (Servio: tomo 2, Gramática antigua. Prisciano: lib. 2, Gramática antigua). Y así, no habiendo conformidad sentada, no obstante que hoy la opinión es de que son ocho, a nosotros nos bastará que sean tres las que compongan el lenguaje de la Gramática castellana, con lo que se facilitará más lo que se procura, que es reducir a menos confusión todas las cosas que se le han de enseñar al mudo. Estas tres partes serán: *nombre*, *verbo* y *conjunción*, comprendiendo en esta parte que llamamos *nombre* todas las palabras que implican género y número de uno o muchos; en *verbo*, todas las palabras que implican variación de persona, tiempo y número; en *conjunción*, todas las demás palabras que ni tienen género, número, variación, ni tiempo, sino que siempre sirven de una misma manera, y porque para juntar y unir los nombres con los verbos, sirven siempre, podremos designar con este nombre todas estas palabras.

CAPÍTULO IX

Qué cosa es nombre, y su división y enseñanza

Los nombres son aquella manera de vocablos con que nombramos las cosas que tienen esencia o sus calidades, y como queda dicho, tienen dos números, porque al uno llamamos singular, y plural al

otro, que la lengua castellana no tiene casos como la latina y griega. Singular es aquel nombre que se reduce y limita a uno, como un hombre, una casa, un libro; plural es la palabra que admite dos o más, como con el de hombres, casas o libros, se pueden entender dos o infinitos.

Esta palabra *nombre*, se ha de dividir para esta enseñanza en dos maneras: una nombre demostrativo real y otra nombre demostrativo no real; nombre demostrativo real es aquel que damos a las cosas que tienen esencia real, por la cual informan de su ser, y más claramente, son las que puede percibir nuestra vista su objeto corpóreo; la enseñanza de éstas será fácil, pues con mostrarle la cosa y decirle con la mano cómo se llama, quedará enterado y la conocerá asimismo en tratándose de algo material, como, por ejemplo, éste se llama caballo, ésta ventana, aquélla silla, y así por los demás nombres. Y se ha de procurar que de todo lo que fuera viendo le vayan diciendo los nombres.

Nombres demostrativos no reales son de las cosas que no se pueden representar materialmente para que juzgue el ánimo de la cosa vista cumplida y perfectamente, sino que son nombres de efectos como elección, distinción, conclusión, diferencia, conformidad y otros muchos como estos, que por no tener esencia real y poderse dar a entender al mudo por demostraciones, les llamaremos nombres demostrativos no reales; en estos demostrativos no reales se incluyen todos los nombres de las cosas a que llamamos pasiones del ánimo, como amor, odio, celos, contrición, ira, crueldad y en éstos entra la mayor parte de vicios y virtudes. Se ha de diferenciar el modo de enseñar los unos

al de los otros en que a los que no fueren pasiones del ánimo, se los podrán enseñar haciéndole acciones demostrativas para que lo entienda, que fuera cosa infinita si nos pusiéramos a escribir las que a cada cosa se le habían de hacer, quedando esto al buen juicio y discreción de los maestros que enseñaran y conversaran con el mudo, que será apropiar la similitud de las señas a la cosa que le quieren dar a entender, bastando que se indiquen aquí sólo para reglas generales. Las pasiones del ánimo no se le han de dar a entender por ningunas demostraciones, porque han de tener diferente enseñanza de todo lo demás, que como son cosas que carecen de objeto material o demostración cierta, podría recibir en la inteligencia de ellas diferentes ideas, con que llevaría siempre errado el discurso, y para lo más importante que es la materia de la salvación, le faltarían las partes principales, que son el conocimiento de Dios y de sus preceptos y de lo que es pecado, y así es necesario que se ponga en esto el mayor cuidado de esta enseñanza, pues pondremos aquí el modo facilísimo y tan cierto, que ninguna persona de las que oímos pueda saber mejor la significación de estos nombres.

El mudo en sus acciones está sujeto a padecer las mismas pasiones que padecemos los que no lo somos, pues éstas proceden de la potencias del ánimo, y él las tiene libres, aunque sujetas a ser mal informadas, por la parte que había de servirles el sentido del oído que le falta al mudo, y así todo lo que por él se suplire ha de ser con grande perfección y propiedad y no se le ha de enseñar lo que son estas cosas, ni sus nombres, sino esperar las ocasiones en que padezca las tales pasiones, y entonces decirle eso que tiene se llama odio, amor o

lo que fuere, que con esto hará cierta aprehensión en su idea de lo que significa aquel nombre con todas sus circunstancias. Y por cuanto para la lectura y locución es necesario saber estos nombres por la trabazón que tienen con los demás, y no tener todas estas pasiones dominio en la tierna edad de los hombres y que si se aguardase a entonces, se adelantaría poco en los demás, por la dependencia que tienen unas razones de otras, podríasele obligar al mudo a que incurriera en algunas, en las que su edad y capacidad puede caer, advirtiéndole no sea irritarle a las en que pueda cometer pecado, que modos puede haber para encolezarle un poco y para obligarle a que desee cosas en que no peque.

CAPITULO X

Qué cosa es conjunción

TRATAREMOS de la conjunción primero que del verbo, porque éste tiene muy largas adherencias y así le dejaremos para más adelante. En la que hemos llamado *conjunción*, incluimos las que los latinos llaman *adverbio*, *preposición* e *interjección*, que son unas palabras que siempre sirven de una manera y significan una misma cosa, porque no tienen variación, número ni género, como *nunca*, *cuando*, *y*, *hay*, *oh*, *con*, *por*, *para*, *en donde*, *en*, *pues*, *de*, y otros muchos que sirve para unir la oración, y como se echa de ver, no son palabras a las que se puedan aplicar núme-

ros, porque no podremos decir los *nuncas*, los *cuandos*, los *dondes*, porque no reciben aumento de número, ni de género, porque no concuerdan con ningún artículo, pues no se puede decir el *para*, el *por*, ni la *para*, la *por*; éstos los ha de ir aprendiendo el mudo juntamente con las razones que intervienen para usar de ellos en las que convinieren. Y para esto se tendrá atención a que siempre que al mudo le preguntaran o respondieran, sea razón tan entera como si no hablaran con mudo, y nunca se le responda por señas, ni le digan cosas fingidas que sea necesario desengañarle después, que será difícil, sino hablarle siempre de verdad y de veras. Se ponen aquí la mayor parte de vocablos que incluye la conjunción de que hablamos, para que el mudo se entretenga en leerlos muchas veces, con lo que tendrá hábil la memoria para cuando quisiere usar de ellos, que puesto que ha de saber dos cosas, que son nombrarlos y usar de ellos en la ocasión necesaria, será bien tener sabido el mudo la primera, para mayor facilidad de la segunda, y así será necesario que los tome de memoria, para que cuando vea que usa de ellos el que le habla por la mano, no sea necesario tener atención a las dos cosas, que son el nombre de la conjunción y la colocación de ella, sino a esta segunda.

A

Abatidamente,
abajo,
abocados,
abundosamente,
acá,
a cada paso,

acaso,
acullá,
adelante,
a dentelladas,
adentro,
a deshoras,
a donde,

adrede,
a empujones,
afirmadamente,
ahora poco,
agriamente,
agudamente,
ahincadamente,
aína,
a la sazón,
alegremente,
alguna vez,
algún tanto,
allende,
allí,
al presente,
amablemente,
a mano derecha,
a mano izquierda,
amaneciendo,
ambos a dos,
amenazando,
a menudo,
a montones,
amorosamente,
anchamente,
anoche,
antes,
anteayer,
antiguamente,
apartadamente,
a pedazos,
apenas,
apresuradamente,

a prisa,
aquí,
arrebataadamente,
arriba,
artificialmente,
a sabiendas,
a saltos,
asaz,
así,
astutamente,
atajando,
atenazadas,
a tiempo,
a sazón,
atrás,
atrevidamente,
aún,
aún no,
aunque,
a veces.

B

Bajo,
bellamente,
bien,
blandamente,
bravamente,
brevemente,
buenamente,
burlando,
buscando.

C

Cada día,
cada año,

cara a cara,
 casi,
 castamente,
 casualmente,
 celestialmente,
 cerca,
 ciertamente,
 claramente,
 conmigo,
 como,
 como quiera,
 comúnmente,
 con,
 condicionalmente,
 confiadamente,
 conformemente,
 confusamente,
 congojosamente,
 con razón,
 consideradamente,
 consigo,
 constantemente,
 con palabras,
 continentemente,
 consigo,,
 contigo,
 contiguo,
 continuamente,
 contra,
 convenientemente,
 cortamente,
 cortésmente,
 criminalmente,

cruelmente,
 cuando,
 cuantas,
 cuantas veces,
 cuanto más,
 cuarenta,
 cuatro,
 culpadamente.

D

Dando,
 de,
 de nuevo,
 de así,
 de allí,
 de acullá,
 de aquí,
 de aquí a poco,
 de aquí adelante,
 de balde,
 debajo,
 de buena gana,
 de cabo a cabo,
 de cada parte,
 de camino,
 de corazón,
 de dentro,
 de donde,
 de dondequiera,
 de fuera,
 delante,
 de lejos,
 del todo,
 demasiadamente,

dentro,
dentro de sí,
de nuevo,
derecho,
derramadamente,
derredor,
desacordadamente,
desconocidamente,
descortésmente,
desde,
desdichadamente,
desenfrenadamente,
desgraciadamente,
desnudamente,
desobedientemente,
deshonestamente,
desordenadamente,
después,
deseadamente,
desemejantemente,
destempladamente,
desventuradamente,
desvergonzadamente,
de tarde en tarde,
de todo punto,
detrás,
de través,
de una parte,
días ha,
dichosamente,
diez,
diferentemente,
difícil,

difícilmente,
dignamente,
diligentemente,
disimuladamente,
distintamente,
diversamente,
divinamente,
dobladamente,
donosamente,
dondequiera,
donde,
doquier,
dos,
doce,
dudosamente,
dulcemente,
duramente,
durante.

E

Ea pues,
elegantemente,
elocuentemente,
empachadamente,
empero,
empujando,
en,
en alguna manera,
encendidamente,
encima,
encontrando,
en derredor,
enemigablemente,
enfrente,

engañosamente,
 enmendadamente,
 en ninguna manera,
 en tanto cuanto,
 en tanto grado,
 en tanto que,
 enteramente,
 entonces,
 entrañablemente,
 entre,
 entre día,
 entretanto,
 en vano,
 escasamente,
 escondidamente,
 espiritualmente,
 establemente,
 esto mismo,
 estudiosamente.

F

Fabricadamente,
 fácilmente,
 falsamente,
 familiarmente,
 famosamente,
 favorablemente,
 fielmente,
 figuradamente,
 finalmente,
 firmemente,
 formalmente,
 forzosamente,

francamente,
 frescamente,
 fieramente,
 fuera.

G

Galanamente,
 garridamente,
 generalmente,
 generosamente,
 gentilmente,
 gloriosamente,
 graciosamente,
 gravemente,
 guay.

H

Hacia,
 hacia atrás,
 halagüeña,
 hasta,
 hasta aquí,
 hasta allí,
 hasta cuando,
 he,
 he aquí,
 helo allí,
 helo aquí,
 hermosamente,
 hilo a hilo.

I

Igualmente,
 impacientemente,

importunamente,
inhábilmente,
inconstantemente,
infinitamente,
ingeniosamente,
injustamente,
inmortalmente,
inocentemente,
irregularmente.

J

Juntamente,
justamente.

L

Largamente,
lealmente,
lejos,
liberalmente,
ligeramente,
limpiamente,
lindamente,
livianamente,
loablemente,
luego,
lujuriosamente,
llorosamente.

M

Maduramente,
magníficamente,
magnánimamente,
mayormente,

malamente,
mal tanto,
maliciosamente,
manifiestamente,
mañana,
maravillosamente,
más,
medianamente,
menos,
mentirosamente,
mesuradamente,
mezcladamente,
mientras,
mi,
milagrosamente,
minando,
misericordiosamente,
miserablemente,
modestamente,
molestamente,
muchas veces,
mucho,
mucho menos,
mudablemente,
mujerilmente,
muy,
muy mucho.

N

Necesariamente,
neciamente,
negligentemente,
ni,

no,
notablemente,
noventa,
nuevamente,
nueve,
nunca.

O

Obediente,
obstinadamente,
ociosamente,
ochenta,
ocho.
ogaño,
oh,
once,
oportunamente,
ordenadamente,
osadamente,
otro tanto,
ojalá.

P

Pacientemente,
partidamente,
peligrosamente,
perdurablemente,
perezosamente,
perpetuamente,
personalmente,
pesadamente,
piadosamente,
pícaramente,

poco,
poco antes,
poco después,
poco más,
poco menos,
por donde,
por dondequiera,
por el contrario,
porque,
posible,
por ventura,
prestamente,
presto,
presuntuosamente,
primeramente,
principalmente,
prolijamente,
propiamente,
prósperamente,
probablemente,
provechosamente,
prudentemente,
públicamente,
puramente.

Q

Que,
quizá,
quince.

R

Raras veces,
rato,

recalcadamente,
regularmente,
religiosamente,
relinchando,
ricamente,
rigurosamente.

S

Sabidamente,
saludablemente,
secretamente,
según,
seguramente,
seis,
semejantemente,
sencillamente,
señaladamente,
severamente,
si,
siempre,
siete,
simuladamente,
simplemente,
sin,
singularmente,
sino,
sin duda,
soberanamente,
soberbiamente,
sobre,
solamente,
solemnemente,
solicitamente,

sonorosa,
suavemente,
súbitamente,
suetamente,
superfluamente,
sutilmente.

T

Tal,
también,
tan,
tan de día,
tan poco,
tan solamente,
tan tarde,
tanto,
tanto más,
tarde,
tempranamente,
temprano,
tibiamente,
todavía,
trece.
treinta,
tres,
turbadamente,

U

Ultimamente,
universalmente.

V

Valientemente,
vanagloriosamente,

veinte,	vulgarmente.
vergonzosamente,	Y
voluntariamente,	Y,
voluntariosamente,	ya.

CAPÍTULO XI

De los géneros que tienen los nombres de la lengua castellana

Todos los vocablos de nuestro lenguaje castellano acaban en una de doce letras, que son a, d, e, i, l, n, o, r, s, v, x, z, y se sujeta y regula por dos artículos, que al uno podemos llamar masculino y femenino al otro, que son el artículo masculino *el*, y el femenino *la*, de manera que a todos los nombres convendrá uno de estos dos, como el *hombre*, el *caballo*, el *árbol*, el *libro*; la *ciudad*, la *casa*, la *ventana*, la *silla*; cada artículo de estos se varía por cuatro modos en singular y cuatro en plural, que cada uno de ellos concuerda con el nombre de una misma manera, que son estos:

<i>Singular.</i>	el,	<i>Singular.</i>	la,
	este,		esta,
	ese,		esa,
	aquél.		aquélla.
<i>Plural.</i>	los,	<i>Plural.</i>	las,
	estos,		estas,
	esos,		esas,
	aquellos.		aquellas.

La causa de esta variación procede de que aquella parte, *el*, la aplicamos cuando se presupone que la cosa está delante, y así usamos de aquel término y modo de decir: traedme el caballo, id por el coche. Cuando usamos de la parte *este*, es más común y apropiadamente cuando la cosa está en poder del que la nombra, como este guante, este papel. La parte *ese*, la usamos cuando la cosa de que hablamos no está en nuestro poder, sino en el de la persona con quien se habla o cerca de ella, y así usamos decir: dadme ese libro. La parte *aquel*, presupone que está la cosa de que se habla o pedimos apartada, y esto mismo se entiende en las partes *los*, *estos*, *esos*, *aquellos*, no habiendo más diferencia que los plurales hablan de muchos y el singular habla de uno, y lo mismo que hemos dicho en este género se entiende en el género femenino, que es el de *la*.

También usamos la sílaba *lo*, que hace concordancia, como *el* y *la* y no le llamaremos artículo (aunque algunos le quieren dar el lugar del que en la Gramática latina llamamos neutro) como lo entendieron Juan de Miranda en su *Observación de la lengua castellana*, queriéndola enseñar por la italiana, y Ambrosio de Salazar en los diálogos que escribió (*Espejo general de la Gramática en diálogos*), queriendo también enseñarla por la francesa; pero conforme a nuestra opinión ni acertaron en esto ni en sujetar a casos nuestro lenguaje, que en la castellana no militan las mismas razones, porque en la lengua latina es tan distinto artículo del masculino y femenino, que ni él tiene parte en ellos ni ellos en él, lo que no sucede en la nuestra, pues no hay nombre que se exima de los géneros *el* o *la*, y así al que quieren hacer neutro, nin-

guno le queda que libre de otros géneros le siga; que conforme a esto con impropiedad se lo llamáramos, pues antes es tan contrario al género *neutro* en su efecto, que como en el latín es una división entre el masculino y femenino, que no toma de uno ni otro, de que procede la metáfora que usamos cuando decimos, fulano es neutral, que significa no ser de una parte ni de otra, en nuestra lengua es este artículo o partícula *lo*, el que se llega y aplica a ambos, porque él no tiene de suyo nombres que conocidamente se le sujeten. Varíase por otros cuatro que son: *lo*, *eso*, *esto*, *aquello*, como los artículos *el* y *la* en los singulares, pero no tiene plural como éstos, ni le ha menester, pues como cualquiera de los cuatro dichos incluye singular y plural y asimismo abraza ambos géneros, pues diciendo: *Dadme lo que está allí, tomad eso, guardad esto, alcanzadme aquello*, han de ser cosas de alguno de los dos géneros *el* y *la*, y así no teniendo nombres determinados que aplicarle no se le puede con propiedad llamar artículo y si se lo llamáramos será común dudoso, pues es común a ambos y se usa de él ambigüamente, y puesto que no hay más géneros que *el* y *la*, a éstos sujetaremos todos los nombres de la lengua castellana, reduciéndolos a reglas por las letras finales, para que el mudo sepa a los que ha de aplicar el artículo *el* y a cuáles el artículo *la*, con que hará oración correcta.

CAPITULO XII

De qué género es cada nombre y los excepcionados de las reglas

Los géneros en los nombres de las cosas no es propiedad natural de ellas, porque de suyo ninguna tiene nombre (que es de donde procede el género) sino que *ad placitum*, cada diferente lengua ha puesto el suyo diverso, que a la materia que los españoles llamamos piedra, el latino la llama *lapis* y *petra*, también como el griego (cuyo fué su origen), el hebreo la llama *heben*, y el alárabe *lehechar*, de manera que de estos nombres los cuatro son bien diferentes, que es consecuencia de que ninguno tiene propio y en este mismo ejemplo se echa de ver que los nombres hacen variar los géneros hasta en una misma especie, pues en la lengua latina es femenino por el nombre *petra*, que acaba en *a*, y masculino por el nombre *lapis*, que acaba en *is* (aunque por excepción), de suerte que los nombres de las cosas son los que mudan los géneros de ellas, excepto en lo que no sigue especie de varón o hembra, que generalmente en las lenguas de que tenemos noticia, siguen el artículo y género de su sexo y en la lengua castellana son (como queda dicho) estos dos géneros los que concuerdan con los artículos *el* y *la* y en los nombres que no guardan alguna de estas dos especies de varón o hembra, las letras finales de

ellos las sujetan a género y así seguiremos esa orden para reducirlos a reglas.

Todos los nombres acabados en *a, ad, ed, id, ud, ion, as, ez, iz*, son del género *la* y puesto que no hay más de dos géneros, serán todos los restantes del género *el*, con que pudiéramos excusar expresarlos, pero como es la misma ignorancia el mudo, quien le va enseñando será necesario que sea en muchas cosas muy prolijo, y en lo que ahora vamos hablando se ha de tener advertencia de que los nombres que significaran varón o hembra, siguen el artículo de su género, porque no se regulan por las letras finales de sus nombres, sino por la significación de ellos.

Reglas del género la:

El nombre que acaba en	a,
» » » » »	ad,
» » » » »	ed,
» » » » »	id,
» » » » »	ud,
» » » » »	ion,
» » » » »	as,
» » » » »	ez,
» » » » »	iz.

Y porque estas reglas generales tienen algunas excepciones, pondremos aquí las que hemos podido hallar conforme al diccionario castellano de Antonio de Nebrija.

El nombre que acaba en	or,
» » » » »	ur,
» » » » »	es,
» » » » »	is,
» » » » »	os,
» » » » »	az,
» » » » »	oz,
» » » » »	uz,
» » » » »	ax,
» » » » »	ex,
» » » » »	ox.

Nombres que conforme la regla general que hemos dicho habían de ser del género el y son del género la, que por resultar excepciones se expresan aquí.

De los nombres acabados en e, son excepciones: *La carne, la calle, la corriente, la cumbre, la fe, la fuente, la frente, la gente, la hambre, la ingle, la llave, la lumbre, la mente, la nieve, la parte, la puente, la sangre, la simiente, la suerte, la tilde, la torre, la ubre.*

En o, *la mano.*

En al, *la cal, la sal.*

En el, *la hiel, la miel, la piel.*

En en, *la imagen, la margen, la sartén.*

En on, *la armazón, la clavazón, la comezón, la hinchazón, la quemazón, la sazón, la trabazón.*

Y los compuestos de estos, como *la sinrazón,*

⊙ c.

En er, *la mujer.*

En or, *la flor.*

En ur, *la segur.*

En es, *la res*, que no tiene singular.

En az, *la paz*.

En oz, *la voz, la hoz*.

En uz, *la cruz*.

Algunos nombres hay que también pudiéramos llamar comunes de ambos géneros, porque reciben concordantemente el artículo *el* y también el artículo *la*, como *el infernal seno, la infernal furia*. Se ha de advertir que aquí concuerda con el *seno* y con la *furia* porque aquel nombre infernal adjetiva aquí, pero como no tiene, aunque es nombre adjetivo, más declinación, sirve así a ambos géneros, y esto mismo guardan otros nombres semejantes, como *alegre, triste*, &c. Otros hay que usamos con frecuencia que unas veces los hacemos de un género y otras de otro, y por no causar confusión no parece que conviene excepcionarlos, porque vamos buscando los caminos menos confusos que podemos, y parece que incluyéndolos en uno de los dos se facilita más, y porque no se quede sin satisfacción el que hallare entre los nombres femeninos el que tenía por masculino, o al contrario, advierta que este género de nombres es abuso grande quererlos concordar a dos artículos, como *la orden* o *el orden, el arma* y *la arma*, aunque de ambas maneras se pronuncian; pero habiéndose de incluir estos nombres y los demás que fueren de esta calidad en uno de los dos géneros, es caso llano que siguiendo el rigor serán del género en que hallaremos sus plurales y singulares conformes con éstos, que en ambos números son del género *la*, pues se dice con toda propiedad *la orden, las órdenes, la arma, las armas*, y no los *órdenes, los armas*, y como el singular de *las* es el artículo *la*, síguese que se ha de decir *la orden* y *las órdenes, la arma* y *las*

armas, y así hemos guardado en estos nombres dudosos esta regla de buscarles en el artículo el plural, y el que hallamos que concuerda con el singular a ese le sujetamos, excepto aquellos que en singular y plural tienen ambos géneros, como la *mar*, la *señal*, la *desorden*, la *color*, la *calor*, el *mar*, el *señal*, el *desorden*, el *color*, el *calor*, y en los plurales, los *mares*, los *señales*, los *órdenes*, los *colores*, los *calores*. Estos nombres solamente podemos decir que con rigor son comunes a ambos géneros en nuestra lengua castellana.

La enseñanza de estas reglas de género que hemos acabado de decir ha de ser dándole a entender al mudo lo que quiere significar esta palabra: *acaba*. Para esto se le escribirán al mudo diversas palabras con diferentes finales, y se le preguntará con la mano en qué letra acaba esta palabra, obligándole a que él lo vaya pronunciando con la boca, y es cierto que él no lo entenderá, y responderá en voz que no lo entiende, o se encogerá de hombros; entonces se le dirá, también con la mano, la letra en que acabare, mostrándosela con el dedo, y luego a otro nombre que la final sea diferente, y se le preguntará de la misma manera en qué letra acaba; si acertara, se le da a entender que acierta, y saltarle de unas a otras, y si no decírsele señalándole la letra, y volverle a atrás para que vea la que le dijeron, hasta que lo entienda de manera que en cualquier palabra de un libro sepa decir la letra en que acaba, porque no entienda que es solamente aquella lección para las que le pusieren por escrito delante.

Estando ya en esta lección de todas maneras hábil, se le enseñarán reglas de los géneros por lo más fácil, que será nombrándole diversas cosas de que ya tenga conocimiento y sepa los nombres de ellas, poniéndoles

el artículo que les corresponda, diciéndole que la palabra que acaba en *a* es del género *la*, y la que acaba en *o* es del género *el*, y luego señalarle la cosa que ha nombrado, y que el mudo lo vaya pronunciando, como la *boca*, la *barba*, la *espada*, la *silla*, la *puerta*, la *ventana*, y luego decirle el *sombrero*, el *zapato*, el *cuello*, el *dedo*, que vea cómo acaban en *o*, que después se le dirán las excepciones, sabidas todas las demás reglas, porque en medio de esta enseñanza se confundiría. Y las reglas que acaban en dos o en tres letras se le enseñarán por el mismo sistema que las que hemos dicho.

Enseñándole esto dos o tres veces, se le nombrarán sin artículo los mismos nombres que se le han acabado de decir, y se le preguntará en cada uno diciendo la vocal en que acaba; dirá el mudo que en *a*; se le preguntará qué género, y si lo acierta, se le dirá que lo junte y diga *boca*, y por este orden en todos los demás nombres conforme a su género, y estando diestro, hará el maestro desconcordancias para ver si el mudo las notase, como decir *la sombrero*, *el boca*, y si no las notara, obligarle a que lo observe diciéndole que es mala concordancia, que *sombrero* acaba en *o*, y es del género *el*; *boca* acaba en *a*, y es del género *la*, y así se le irán enseñando los demás géneros en que tendrá también ocasión de discurrir.

CAPITULO XIII

*Regla para enseñar al mudo los plurales
de los nombres*

DE la misma manera que el mudo fué sabiendo los nombres de las cosas en número singular, tendrá necesidad de saber sus plurales, que sería otra tanta enseñanza, si no halláramos modo para con reglas generales dárselo a entender, y que éstas sean tan compendiosas y ciertas que basten a suplirlo; y así diremos que todos los nombres de nuestro lenguaje castellano que su singular acaba en a, en e ó en o, agregándoles una s los harán plurales, como *pluma, plumas; guante, guantes; libro, libros*, y a todos los demás nombres que acaben en todas las demás letras con que acaba nuestra lengua se han de añadir estas dos letras: es, como *crueldad, crueldades; dose, doses; lección, lecciones*, y esta regla es tan cierta, que aunque se ha buscado con cuidado no se ha hallado nombre que se pueda excepcionar de ella, sino tan solamente *maravedí*, que decimos *maravedís* y no *maravedies*. La enseñanza de estas reglas ha de ser poniéndole por escrito los nombres reales de algunas cosas, las cuales pueda estar viendo, como *un sombrero, un guante, una silla, un bufete*, y señalarle con el dedo cada una de aquellas cosas, y asimismo señalarle el nombre de ellas que estuviere escrito, que, como queda dicho, ha de ser nombre singular: el mudo leerá

sombrero, guante, y se le indicará con el dedo que aquel es, no obstante que él ya lo sepa anteriormente, y luego se pondrá otro sombrero, u otro guante, u otra cosa de que se sirvieran para este ejemplo, y se le volverán a mostrar los dos sombreros, dos guantes, y señalándoselos también con dos dedos que hagan número de dos; el mudo dirá sombrero o guante, porque no puede discurrir para decir dos sombreros hasta que se le haya enseñado; entonces en la palabra donde estuviera escrito sombrero o guante, delante de él se agregará una *s*, y se le hará que lo lea, y leerá sombreros o guantes; entonces se le da a entender con una demostración de aplauso que ha acertado; luego se ha de hacer el mismo ejemplo en otras cosas de idéntica manera, porque no piense que sólo con los sombreros y guantes ha de entender aquello. Y para que no entienda que sólo con el número de dos se ha de entender esta regla, se le hará comprender que lo mismo son dos que muchos; y esto se hace con la demostración de señalarle dos dedos y señalarle luego los cinco, juntándolos y meneándolos, que en los mudos es significación de muchos, y decirle también con la mano muchos. Ya que sepa esto por las demostraciones dichas, se le enseñará por discurso lo demás; para ello se le dirán por escrito (que en este caso es mejor que con la mano) los nombres de algunas cosas que no tenga delante y que sean de las que él ya conoce y sabe los nombres, como la *vela*, la *cama*, &c, y en leyendo estos nombres, se le señalará con el dedo uno para que diga *vela* o *cama*, y luego se moverán todos los dedos, como ya se ha dicho, que con esto discurrirá por lo pasado que ha de agregar la *s*, y si lo hiciere así, darle a entender que acertó, y si no, señalarle la *s*, con lo que quedará enterado de

que a todas las cosas que fueren más de una les añada esa letra, y con ella las pronuncie plurales; pero en las que se haga esta primera experiencia han de ser de las que sus nombres acaben en a, en o y en e expresamente, como los ejemplos puestos de *sombrero, guante, silla, bufete, &c.* Con esto entenderá el mudo que todos los nombres agregándole la s significa más de uno. Para que entienda la regla de todos los nombres que acaban en las demás letras, a quienes se le han de unir estas dos: es, se le pondrá una lista de nombres en la que los primeros sean de aquellos que acaban en a, e, o, y detrás algunos de los que acaban en las otras letras, todos en singular, y hacerle que vaya leyendo la lista, y en leyendo cada nombre, moverle los dedos y agregarle la s, y llegando a los que requieren las dos letras, hacerle la misma demostración de los dedos y dejarle que pronuncie la palabra, aunque la yerre, porque suponiendo que lea *tapíz*, si ve menear los dedos dirá *tapices*; así le agregarán a la palabra escrita estas dos letras: es, diciéndole por escrito o con la mano que a los que acaban en a, e, o se añade la s nada más, señalándosela con el dedo, y que a las otras que no acaban en ellas, sino en otras, se les ha de añadir es; y variándole los nombres, preguntándole una vez por los de la primera regla y otra por los de la segunda, se le irán dando a entender.

CAPITULO XIV

Qué cosa es verbo y en qué se conoce

LA palabra que llamamos verbo es la tercera parte de la oración; se conoce en que acaban casi todas en la letra o en la primera persona, que llaman los gramáticos latinos, pues son muy pocas las excepciones, como *doy, estoy, voy, soy*. Para que se entienda mejor qué cosa es primera persona y qué verbo, advertirán que esta palabra verbo es a quien se deben aplicar estas: *yo, tú, aquel*; *yo* es la primera persona; *tú*, la segunda; *aquel*, la tercera. La palabra *verbo* es a quien se aplican estas: *yo duermo*, que es del verbo *dormir*, y le aplicamos aquel pronombre *yo*, y podemos, variándole, aplicarle los demás, que son: *tú duermes*, *aquel duerme*, cosa que no se puede hacer con palabra que no sea verbo, y así es; *yo leo, yo corro*. Además de en esto se conocen por ser palabras que significan acción que se hace, que se hizo y que se hará, como *yo leo*, que es la cosa que se hace de presente; *leí*, que se hizo; *leeré*, que está por hacer, cosa que no se puede decir de las palabras que hemos llamado nombres ni conjunciones. La enseñanza de estas palabras que llamamos verbos, para que sepa el mudo que tienen variación, se hará tomando de memoria los dos verbos que como regla general de los otros ponemos aquí; porque si de cada uno de la lengua castellana tuvieran que enseñársele al mudo las variaciones que tienen y

los plurales de todos los nombres, sería imposible sin un inmenso trabajo suyo, sino que por reglas generales se supla, y así bastará que con dos que aquí pondremos se varíen todas las demás y conozca que aunque vea escrito *duermo* y en otra *dormí*, que todo es un mismo significado de acción en cuanto a lo sustancial, diferenciando solamente en los tiempos, que uno da a entender que está durmiendo y el otro que durmió; y como el mudo no sabe estas circunstancias, siempre que vea las palabras no conformes en unas mismas letras entenderá que son diversos significados de sustancias; pero sabiendo las variaciones de los dos verbos que pondremos aquí, entenderá que todas ellas son una misma significación, excepto en la variación de los tiempos. Y porque todas las significaciones de los verbos son de cosas que no tienen ser real, como hemos dicho, sino que significan acciones, se le enseñarán al mudo haciéndolas lo más apropiadas que se puedan, como *correr*, *pasear*, *reír*, y en los verbos que signifiquen pasión del alma se guardará el mismo orden que se dijo en los nombres de esta calidad, y en cada una de las reglas de estos verbos se pone un índice largo de los más comunes en nuestra lengua castellana y que se cambien por aquél, y podrá el mudo ir tomándolos de memoria; juntamente le enseñarán los significados, para que cuando leyera u oyera alguna variación en ellos conozca su significado y tiempo.

CAPITULO XV

*Cómo se ha de dar a entender al mudo
la variación de los verbos por tres tiempos*

PARA que el mudo entienda los tiempos de los verbos es necesario reducirlos a tres: *presente*, *pasado* y *futuro*, porque si seguimos en todo la Gramática latina sería confusísimo darle a entender los imperfectos; basta que repartamos todas las variaciones de los verbos en tres tiempos por la parte que les toca, pues hay algunas que con todo rigor no es posible aplicarlas a un tiempo solo, porque las razones que preceden les hacen mudar los significados, y dejar también al uso, que con su enseñanza lo acabará de perfeccionar. Para que por demostraciones ciertas sepa lo que es *tiempo presente*, *pasado* y *futuro*, es necesario que nos valgamos del símil de los días, pues enseñándole los de la semana sabrá que hoy es tiempo presente, ayer tiempo pasado y mañana tiempo futuro.

Primeramente se le dirá: esto se llama *día*, mostrándole generalmente la claridad de la luz, y si es de noche decirle: esto se llama *noche*, haciéndole que sepa de memoria los nombres; al día siguiente se le pregunta lo mismo, que por la contrariedad de la noche entenderá lo que es día con facilidad. Sabiendo lo que es día y lo que es noche, se le enseñarán los nombres de los días de la semana, empezando por el domingo, diciéndole: este día se llama *domingo*, haciendo una

acción que signifique cosa presente, como señalándole con la mano un compás de música, y el día de mañana se llama *lunes*, y cuando se diga mañana será haciendo una acción con la mano hacia adelante en arco, que significa que no ha llegado, como tiempo futuro; no nombrarle más días hasta el lunes, que se le dirá con la misma acción: el día de hoy se llama *lunes* y el día de mañana se llama *martes*, haciendo la acción dicha hacia adelante, y el día de ayer se llama domingo, volviendo la mano para atrás sobre el hombro, que significa cosa pasada, pues con esto y ver que le dicen el nombre del día que pasó entenderá lo que significa la palabra *ayer*, y por la misma razón lo que significa la palabra *mañana*, y de esta manera todos los días de la semana; así aprenderá los nombres de ellos y a discurrir lo que es tiempo pasado, presente y futuro; así como fuere tomando de memoria las variaciones de cada uno de los tres tiempos de cada verbo de los dos que ponemos como regla general, se le harán las demostraciones que les correspondan, que serán las tres que acabamos de enseñar para los días.

Teniendo conocimiento de los tiempos, falta saber el de las personas. Para esto se hará la demostración comiendo algo o fingiendo que se come, y decir *yo como*, señalándose asimismo el maestro; *tú comes*, haciendo que coma alguno; *aquel come*, haciendo que otro se aparte un poco a comer; luego juntarse todos y decir: *nosotros comemos*, señalándolos a todos e incluyendo el maestro; *vosotros comeis*, excluyéndose a sí; *aquellos comen*, haciéndolos apartar y señalando hacia ellos con el dedo; y por este mismo estilo se le irán enseñando los otros dos tiempos, haciendo la acción que requieren: ora la mano hacia adelante, que

significa tiempo futuro, ora hacia atrás, que, como queda dicho, significa tiempo pasado. Se ha de advertir que a cada tiempo, después de ponerle las variaciones que exigen, se le agregan otras por la parte que tienen de significarle también, no obstante que asimismo significan diferente tiempo, según las razones anteriores o posteriores, *rogáronme que comiese*, que significa *aquel comiese*, tiempo pasado, y *si yo comiese mañana*, tiempo futuro; mas como hemos de ir ajustándonos a la capacidad del mudo, se ha de procurar, como queda dicho, que los tiempos imperfectos no le confundan, sino que los conozca como perfectos por la parte que tienen con el tiempo a que lo agregamos, que después el uso le irá enseñando la otra parte o partes que tuvieren.

CAPITULO XVI

Cómo se ha de variar el verbo tomo, tomas, y todos los demás que le siguen

TIEMPO PRESENTE

Variación primera del tiempo presente.

Yo tomo,
tú tomas,
él toma.
Nosotros tomamos,
vosotros tomáis,
ellos toman.

*Variación
segunda.*

Toma tú,
tome él,
tomad vosotros.
Tomen ellos.

*Variación
de infinito.*

Tomar,
tomando.

TIEMPO PASADO

*Variación primera
del tiempo pasado.*

Yo tomé,
tú tomastes,
él tomó.
Nosotros tomamos,
vosotros tomastéis,
ellos tomaron.

*Variación
segunda.*

Yo tomaba,
tú tomabas,
él tomaba.
Nosotros tomábamos,
vosotros tomábais,
ellos tomaban.

Variación

tercera.

Yo he tomado,
 tú has tomado,
 él ha tomado.
 Nosotros hemos tomado,
 vosotros habéis tomado,
 ellos han tomado.

Variación

cuarta.

Yo había tomado,
 tú habías tomado,
 él había tomado.
 Nosotros habíamos tomado,
 vosotros habíais tomado,
 ellos habían tomado.

Variación

quinta.

Yo hubiera tomado,
 tú hubieras tomado,
 él hubiera tomado.
 Nosotros hubiéramos tomado,
 vosotros hubiérais tomado,
 ellos hubieran tomado.

Variación

sexta.

Yo hubiese tomado,
 tú hubieses tomado,
 él hubiese tomado.

Nosotros hubiésemos tomado,
vosotros hubiéseis tomado,
ellos hubiesen tomado.

*Variación
de infinito.*

Haber tomado.

TIEMPO FUTURO

*Variación primera
del tiempo futuro.*

Yo tomaré,
tú tomarás,
él tomará.
Nosotros tomaremos,
vosotros tomaréis,
ellos tomarán.

*Variación
segunda.*

Yo habré tomado,
tú habrás tomado,
él habrá tomado.
Nosotros habremos tomado,
vosotros habréis tomado,
ellos habrán tomado.

*Variación
tercera.*

Yo tome,
tú tomes,

él tome.
Nosotros tomemos,
vosotros toméis,
ellos tomen.

Variación
cuarta.

Yo tomare,
tú tomares,
él tomare.
Nosotros tomáremos,
vosotros tomáreis,
ellos tomaren.

Variación
quinta.

Yo hubiere tomado,
tú hubieres tomado,
él hubiere tomado.
Nosotros hubiéremos tomado,
vosotros hubiéreis tomado,
ellos hubieren tomado.

Variación
sexta.

Yo tomara,
tú tomaras,
él tomara.
Nosotros tomáramos,
vosotros tomárais,
ellos tomaran.

*Variación
séptima.*

Yo tomaría,
tú tomarías,
él tomaría.
Nosotros tomaríamos,
vosotros tomaríais,
ellos tomarían.

*Variación
octava.*

Yo tomase,
tú tomases,
él tomase.
Nosotros tomásemos,
vosotros tomáseis,
ellos tomasen.

*Variación
novena.*

Yo haya tomado,
tú hayas tomado,
él haya tomado.
Nosotros hayamos tomado,
vosotros hayáis tomado,
ellos hayan tomado.

*Variación
de infinito.*

Haber de tomar.

INDICE DE LOS VERBOS

que se ajustan a ser variados
por *tomo, tomas.*

A

Abalanzo	as	aclaro	as
abarco	as	acoceo	as
abogo	as	acoso	as
abollo	as	acoto	as
abomino	as	acreciento	as
abono	as	acuchillo	as
aborto	as	acuerdo	as
abotono	as	acuesto	as
abrazo	as	achaco	as
abrevio	as	achico	as
abrevo	as	adelanto	as
abrigo	as	adelgazo	as
abrocho	as	aderezo	as
acabo	as	adeudo	as
acarreo	as	adivino	as
acato	as	administro	as
acaudalo	as	adobo	as
acaudillo	as	adopto	as
acecho	as	adoro	as
acepillo	as	adorno	as
acepto	as	adultero	as
acerco	as	adulzo	as
acicalo	as	afeito	as
acierto	as	aflo	as

afino	as	aliso	as
afirmo	as	alivio	as
aflojo	as	almagro	as
afrento	as	almohazo	as
agrado	as	almuerzo	as
agravio	as	alquilo	as
agüero	as	altero	as
aguijo	as	alumbro	as
aguijoneo	as	alzo	as
agua	as	allano	as
ahijo	as	allego	as
ahito	as	amago	as
ahogo	as	amamanto	as
ahorco	as	amanso	as
ahorro	as	amaso	as
ahumo	as	amenazo	as
ahuyento	as	amo	as
aislo	as	amonesto	as
alabo	as	amontono	as
alargo	as	amortiguo	as
albardo	as	amuelo	as
albergo	as	anego	as
alboreo	as	anejo	as
alborozo	as	angustio	as
alboroto	as	anido	as
alcanzo	as	animo	as
alcahueteo	as	anticipo	as
alcoholo	as	apaciento	as
alegro	as	apago	as
alejo	as	apaleo	as
aliento	as	aparejo	as
alimento	as	aparto	as
aliño	as	apasiono	as

apedreo	as	arrodillo	as
apego	as	arrojo	as
apellido	as	arropo	as
apeo	as	arrollo	as
aplazo	as	arrullo	as
apodo	as	asiento	as
aposento	as	aso	as
apostemo	as	asoleo	as
apoyo	as	asombro	as
aprecio	as	asomo	as
apremio	as	asosiego	as
apresuro	as	ataco	as
aprieto	as	atajo	as
apropio	as	atalayo	as
aprovecho	as	atavío	as
apruebo	as	atemorizo	as
apuño	as	atenazo	as
aro	as	atiento	as
araño	as	atino	as
argumento	as	atizo	as
armo	as	ato	as
arraigo	as	atormento	as
arranco	as	atranco	as
arraso	as	atraveso	as
arrastro	as	atrueno	as
arribaño	as	aúllo	as
arrebato	as	ausento	as
arredro	as	autorizo	as
arremango	as	aventuro	as
arribo	as	aventajo	as
arriendo	as	averiguo	as
arrimo	as	ayuno	as

B

Babeo	as
bailo	as
baldono	as
balo	as
baño	as
barajo	as
barbecho	as
barbo	as
barreno	as
barrunto	as
batallo	as
batano	as
bautizo	as
beneficio	as
beso	as
blandeo	as
blanqueo	as
bobeo	as
bogo	as
boleo	as
bordo	as
borneo	as
borro	as
bostezo	as
braceo	as
bramo	as
braveo	as
broto	as
bufo	as
burlo	as
busco	as

C

Cabeceo	as
cacareo	as
calo	as
calco	as
caliento	as
calumnio	as
callo	as
cambio	as
camino	as
canonizo	as
canso	as
canto	as
capitaneo	as
capo	as
cardo	as
cargo	as
carpinteo	as
casco	as
caso	as
casqueo	as
castigo	as
castro	as
cato	as
causo	as
cautivo	as
cavo	as
ceceo	as
cejo	as
celebro	as
celo	as
ceno	as

choteo	as	desafuero	as
chupo	as	desalario	as
		desalbardo	as
		desaliño	as
	D	desamo	as
Danzo	as	desamparo	as
daño	as	desanudo	as
declaro	as	desarmo	as
decoro	as	desarraigo	as
dedico	as	desarrugo	as
degüello	as	desataco	as
dejo	as	desatino	as
delego	as	desato	as
deleito	as	desayuno	as
delezno	as	desbarato	as
delgazo	as	desbasto	as
delibero	as	descabezo	as
demando	as	descalabro	as
demuestro	as	descalzo	as
demudo	as	descanso	as
deniego	as	descargo	as
denuncio	as	descarrillo	as
denuesto	as	descaso	as
deposito	as	descerco	as
derramo	as	descerrajo	as
derribo	as	descomulgo	as
derrueco	as	desconcierto	as
deshabito	as	desconfío	as
desabollo	as	descortezo	as
desabotono	as	descuello	as
desabrigo	as	descuento	as
desacuerdo	as	descuido	as
desacostumbro	as	desdeño	as
desafío	as		

desembarazo	as	desordeno	as
desembareo	as	despacho	as
desempacho	as	despalmo	as
desempeño	as	despedazo	as
desencapoto	as	despeño	as
desencadeno	as	despierto	as
desencono	as	despiojo	as
desenfreno	as	despliego	as
desengaño	as	desplomo	as
desenraso	as	despojo	as
desentierro	as	despueblo	as
desentono	as	despunto	as
desfiguro	as	destecho	as
desfilo	as	desteto	as
desfloro	as	destierro	as
desgobierno	as	destilo	as
desheredo	as	destrozo	as
deshierro	as	desvío	as
deshincho	as	desvergüenzo	as
deshilo	as	determino	as
deshonro	as	devano	as
deshollino	as	dibujo	as
deshojo	as	diezmo	as
desjarreto	as	difamo	as
desigualo	as	dilato	as
deslindo	as	disciplino	as
deslizo	as	disimulo	as
deslomo	as	disipo	as
desmando	as	disparo	as
desmayo	as	dispenso	as
desmedro	as	disputo	as
desmocho	as	divulgo	as
desnudo	as	doblo	as

doblego	as	enamoro	as
domo	as	encabestro	as
dono	as	encadeno	as
doro	as	encajo	as
doto	as	encallo	as
		encamino	as
		encanto	as
		encapoto	as
		encaramo	as
		encarcelo	as
		encarnizo	as
		encarto	as
		encastillo	as
		encenago	as
		encero	as
		encierro	as
		encomiendo	as
		encono	as
		encorvo	as
		encrespo	as
		encuaderno	as
		encubo	as
		encuentro	as
		encumbro	as
		enderezo	as
		endulzo	as
		enemisto	as
		enfermo	as
		enfrasco	as
		enfreno	as
		enfrio	as
		enfundo	as
		engaño	as

E

Eclipse	as		
edifico	as		
embarazo	as		
embarco	as		
embargo	as		
embarnizo	as		
embarro	as		
embaúco	as		
embosco	as		
emboto	as		
embriago	as		
empadrono	as		
empalago	as		
emparejo	as		
empeño	as		
emperezo	as		
empiedro	as		
empiezo	as		
empino	as		
emplazo	as		
empleo	as		
emponzoño	as		
empujo	as		
empuño	as		
enajeno	as		
enalbardo	as		

engasto	as	entierro	as
engendro	as	entieso	as
engolfo	as	entono	as
engordo	as	entregó	as
engrudo	as	entresaco	as
enhastío	as	entrinco	as
enhechizo	as	entro	as
enhiesto	as	entuerto	as
enjabono	as	enturbio	as
enjalbego	as	envagueo	as
enjalmo	as	envicio	as
enjuago	as	escalo	as
enlazo	as	escamo	as
enlodo	as	escapo	as
enojo	as	escaramuzo	as
enredo	as	escarbo	as
enrejo	as	escardo	as
enrosco	as	escatimo	as
ensalmo	as	escoto	as
ensalzo	as	escucho	as
ensancho	as	escudriño	as
ensangriento	as	esfuerzo	as
ensaño	as	espacio	as
ensarto	as	espadeo	as
ensayo	as	espanto	as
enseño	as	espeluzo	as
enseñoreo	as	esperezo	as
ensillo	as	espero	as
ensordo	as	espeso	as
ensucio	as	espigo	as
entablo	as	espino	as
entero	as	espío	as
entibio	as	espoleo	as

gusaneo	as	juramento	as
gusto	as	juro	as
		justo	as
	H	justicio	as
Hablo	as		
hado	as		L
halago	as	Labro	as
hallo	as	ladrillo	as
hambreo	as	ladro	as
harto	as	lagrimeo	as
hechizo	as	lanceo	as
hermoseo	as	lanzo	as
hilo	as	lastro	as
hinco	as	lavo	as
humillo	as	legitimo	as
	I	levanto	as
Inhabilito	as	libro	as
inclino	as	licencio	as
industrio	as	lidio	as
infamo	as	ligo	as
informo	as	limo	as
injurio	as	limpio	as
inquieto	as	liso	as
interpreto	as	lisongeo	as
intervalo	as	logro	as
intrinco	as	loo	as
invento	as	lucho	as
inverno	as	lumino	as
	J		LL
juego	as	llamo	as
junto	as	llanteo	as
		llego	as

oleo	as	pesco	as
olvido	as	pescudo	as
ordeno	as	peso	as
ordeño	as	pesquiso	as
orejeo	as	pico	as
orino	as	pienso	as
orlo	as	pinto	as
oro	as	pío	as
oso	as	planteo	as
otoño	as	planto	as
otorgo	as	plego	as
		pleiteo	as
	P	poblo	as
Pacifico	as	podó	as
pago	as	polvoreo	as
paladeo	as	porfío	as
panadeo	as	posó	as
paro	as	precio	as
parteo	as	predico	as
particularizo	as	pregono	as
paso	as	gregunto	as
pateo	as	presento	as
peco	as	presto	as
pego	as	principio	as
pelecho	as	privilegio	as
peleo	as	privo	as
peligro	as	procuró	as
perdigo	as	profano	as
perdono	as	profetizo	as
pereceo	as	pronostico	as
peregrineo	as	pronuncio	as
perfilo	as	publico	as
perpetúo	as	pujo	as

represento	as	sacrificio	as
reprocho	as	salo	as
repruebo	as	salteo	as
resbalo	as	salto	as
resfrío	as	saludo	as
resigno	as	salvo	as
respiro	as	sano	as
resquebrajo	as	saneo	as
restaño	as	sangriento	as
resucito	as	sangro	as
retajo	as	santifico	as
retaso	as	seco	as
retardo	as	seguro	as
reteso	as	sello	as
retozo	as	semejo	as
retoño	as	semento	as
retorno	as	sentencio	as
revelo	as	señalo	as
reverencio	as	señoreo	as
reviento	as	sereno	as
revuelvo	as	sesteo	as
rifo	as	siego	as
robo	as	siembro	as
rocío	as	significo	as
rodeo	as	silbo	as
romadizo	as	simulo	as
ronco	as	sino	as
rozo	as	sobo	as
ruego	as	socabo	as
rumio	as	sofilo	as
	S	sofreno	as
Saboreo	as	sojuzgo	as
saco	as	solicito	as

solivio	as	tesoro	as
sollano	as	testo	as
sollozo	as	tiemblo	as
somormujeo	as	tiento	as
sopeo	as	tiranizo	as
soporto	as	tiro	as
sonsaco	as	tizno	as
sosiego	as	toco	as
sospecho	as	tomo	as
sotierro	as	topo	as
sudo	as	torneo	as
sueldo	as	torno	as
suelo	as	torreo	as
suelto	as	trabajo	as
sueño	as	trago	as
sumo	as	traslado	as
surco	as	traspaso	as
suspiro	as	trasquilo	as
sustento	as	trastejo	as
		trastoco	as
		trastorno	as
		trato	as
		travieso	as
		trazo	as
		trillo	as
		trompico	as
		troncho	as
		tropiezo	as
		trovo	as
		truánizo	as
		trueco	as
		trueno	as
		trujamanco	as

T

Taberneo	as		
tacho	as		
tajo	as		
taladro	as		
tardo	as		
tasco	as		
tasco	as		
techo	as		
tejo	as		
templo	as		
tenaceo	as		
tercio	as		

turbo	as	vedo	as
turo	as	velo	as
		vendimio	as
	V	violo	as
		visito	as
vaco	as	voto	as
vadeo	as		
vago	as		Z
vareo	as	Zumbo	as

CAPITULO XVII

ESTE índice de verbos que hemos puesto, se varían todos, como hemos dicho, por *tomo, tomas*, si bien hay algunos que en ciertas variaciones mudan letras, como *abarco, abarcas, abarque, abarranco, abarrancas, abarranque*, que truecan la *c* en *q*, y otros que entre las letras finales introducen alguna, como *ahogo, as, ahogue*, pero la fuerza del sonido concordante, guiado por *tomo, tomas*, ha de hacer forzosamente al mudo que no se empache en la diferencia de la letra que se interpusiese, sino a que siga la pronunciación con similitud del verbo que se le ha puesto por regla de los demás.

Estos verbos, *dar, estar e ir*, son excepcionados de esta regla general, que aunque se varían en todo el tiempo presente, como *tomo, tomas*, haciendo *doy, das, estoy, estás, voy, vas*, hacen en la primera variación del tiempo pasado *di, estuve, fui*, y este último hace también *iré* en la primera del tiempo por venir. Y en la sexta variación de este mismo tiempo hacen todos tres, *diera, estuviera, fuera*, y en la octava, *diese, estu-*

viere, fuese, y para que se sepan variar estas diferencias ponemos aquí las primeras y segundas personas de cada variación, que con esto se discurra continuando por las demás.

Del verbo dar

*Primera variación
del tiempo pasado.*

Yo di.

Tu diste, etc.

*Sexta del
futuro*

Yo diera.

Tu dieras.

*Octava del
futuro*

Yo diese.

Tu diese

Del verbo ESTAR

*Primera del
tiempo pasado.*

Yo estuve.

Tú estuviste.

*Sexta del
futuro.*

Yo estuviera.

Tú estuvieras.

*Octava del
futuro.*

Yo estuviese.
Tú estuvieses.

Del verbo IR

*Primera variación
del tiempo pasado.*

Yo fuí.
Tú fuiste.

*Primera del
tiempo futuro.*

Yo iré.
Tú irás.

*Sexta del
futuro.*

Yo fuera.
Tú fueras.

*Octava del
futuro.*

Yo fuese.
Tú fueses.

De este último verbo *ir*, no es suya propia toda la variación que le da nuestro lenguaje, pues de las cuatro que procede su excepción son estas tres: *fuí, fuera, fuese*, del verbo *ser*, y aquella que dice *iré* ni es derivada de *soy* ni de *voy*, a quien sirve, como tampoco en el latín se varía *Eo, is*, regularmente.

CAPITULO XVIII

Cómo se ha de variar el verbo como, comes, y todos los demás que le siguen

Todos los verbos que se han podido juntar comunes de nuestra lengua, los hemos sujetado a que sigan la variación de dos, para que sirvan de dos reglas generales, esta segunda es por el verbo *como, comes*, y porque una parte de los que le siguen, se diferencian en acabar el infinito del tiempo presente en *er*, como él, y otros en *ir*, los pondremos divididos para evitar la confusión que causaran no estándolo.

Tiempo presente.

Variación primera del tiempo presente.

Yo como,
tú comes,
él come.
Nosotros comemos,
vosotros coméis,
ellos comen.

Variación segunda.

Come tú,
coma él,

comed vosotros,
coman ellos.

*Variación
de infinito.*

Comer,
comiendo.

Tiempo pasado.

*Variación primera
del tiempo pasado.*

Yo comí,
tú comiste,
él comió.
Nosotros comimos,
vosotros comistéis,
ellos comieron.

*Variación
segunda.*

Yo coma,
tú comas,
él coma.
Nosotros comíamos,
vosotros comíais,
ellos comían.

*Variación
tercera.*

Yo he comido,
tú has comido,
él ha comido.

Nosotros hemos comido,
vosotros habéis comido,
ellos han comido.

Variación

cuarta.

Yo había comido,
tú habías comido,
él había comido.
Nosotros habíamos comido,
vosotros habíais comido,
ellos habían comido.

Variación

quinta.

Yo hubiera comido,
tú hubieras comido,
él hubiera comido.
Nosotros hubiéramos comido,
vosotros hubiérais comido,
ellos hubieran comido.

Variación

sexta.

Yo hubiese comido,
tú hubieses comido,
él hubiese comido.
Nosotros hubiésemos comido,
vosotros hubiéseis comido,
ellos hubiesen comido.

Variación

de infinito.

Haber comido.

Tiempo futuro.

*Variación primera
del tiempo futuro.*

Yo comeré,
tú comerás,
él comerá.
Nosotros comeremos,
vosotros comeréis,
ellos comerán.

*Variación
segunda.*

Yo habré comido,
tú habrás comido,
él habrá comido.
Nosotros habremos comido,
vosotros habréis comido,
ellos habrán comido.

*Variación
tercera.*

Yo coma,
tú comas,
él coma.
Nosotros comamos,
vosotros comáis,
ellos coman.

*Variación
cuarta.*

Yo comiere,
tú comieres,
él comiere.

Nosotros comiéremos,
vosotros comiéreis,
ellos comieren.

Variación

quinta.

Yo hubiere comido,
tú hubieres comido,
él hubiere comido.
Nosotros hubiéremos comido,
vosotros hubiéreis comido,
ellos hubieren comido.

Variación

sexta.

Yo comiera,
tú comieras,
él comiera.
Nosotros comiéramos,
vosotros comiérais,
ellos comieran.

Variación

séptima.

Yo comería,
tú comerías,
él comería.
Nosotros comeríamos,
vosotros comeríais,
ellos comerían.

*Variación**octava.*

Yo comiese,
 tú comieses,
 él comiese.
 Nosotros comiésemos,
 vosotros comiéseis,
 ellos comiesen.

*Variación**novena.*

Yo haya comido,
 tú hayas comido,
 él haya comido.
 Nosotros hayamos comido,
 vosotros hayáis comido,
 ellos hayan comido.

*Variación**de infinito.*

Haber de comer.

INDICE DE LOS VERBOS

que se ajustan a ser variados por

como, comes

A				
Aborrezco	ces	amanezco	es	
acojo	es	amortezco	es	
adormezco	es	anochezco	es	
agradezco	es	apetezco	es	
		ardo	es	

arremeto	es	desembravezco	es
atiendo	es	desfallezco	es
atrevo	es	desfavorezco	es
		desmerezco	es
	B	desobedezco	es
Barro	es	desvanezco	es
bebo	es	duelo	es
	C		E
Cierno	es	Embebezco	es
cojo	es	embebo	es
cometo	es	emblandezco	es
como	es	emblanquezco	es
compadezco	es	embravezco	es
complazco	es	empedernezco	es
comprometo	es	empobrezco	es
conozco	es	emputezco	es
contiendo	es	encanezco	es
convalezco	es	encarezco	es
corro	es	encarnezco	es
corrompo	es	enciendo	es
coso	es	encojo	es
creo	es	encrudezco	es
crezco	es	endentezco	es
cuezo	es	endurezco	es
		enflaquezco	es
	D	engrandezco	es
Defiendo	es	enloquezco	es
dentezco	es	ennegrezco	es
desciendo	es	ennoblezco	es
desconozco	es	enriquezco	es
descoso	es	enronquezco	es
descrezco	es	entiendo	es

entomezco	es		M	
entorpezco	es	Merezco		es
entrecojo	es	meso		es
entretejo	es	meto		es
entrometo	es	muerdo		es
entristezco	es	muevo		es
envilezco	es			
escarnezco	es		N	
esclarezco	es	Nazco		es
escojo	es			
escondo	es		O	
establezco	es	Obedezco		es
extiendo	es	ofendo		es
	F		P	
Favorezco	es	Padezco		es
fenezco	es	parezco		es
florezco	es	peo		es
fortalezco	es	perezco		es
		permanezco		es
	G	pertenezco		es
Guarnezco	es	pierdo		es
procedo	es	poseo		es
prometo	es	prendo		es
proveo	es	pretendo		es
	H		R	
Hiedo	es	Rajo		es
humedezco	es	recojo		es
		reconozco		es
	L	reconvalezco		es
Lamo	es	recrezco		es
leo	es	remanezco		es

resplandezco	es	taño	es
respondo	es	tejo	es
retuerzo	es	temo	es
rompo	es	tiendo	es
	S	toso	es
Someto	es	tullezco	es
sucedo	es		
	T	V	
Tallezco	es	Vendo	es

INDICE DE LOS VERBOS

*que aunque se varían por como, comes, se
diferencian en el infinito del presente
porque acaban en ir.*

	A	comido	es
Abato	es	compito	es
abro	es	concibo	es
acudo	es	concluyo	es
aflijo	es	confiero	es
anido	es	confundo	es
arguyo	es	consiento	es
	B	consigo	es
		constituyo	es
Bato	es	consumo	es
bruño	es	contribuyo	es
bullo	es	convierto	es
	C	corrijo	es
		cubro	es
Ciño	es	cundo	es
combato	es	curto	es

D		H	
Debato	es	Hiendo	es
derrito	es	hierbo	es
descabullo	es	hiero	es
desciño	es	hincho	es
descubro	es	hundo	es
desluzco	es	huyo	es
despido	es	I	
desuno	es	Impido	es
difiero	es	imprimo	es
digiero	es	induzco	es
distingo	es	L	
distribuyo	es	Ludo	es
divierto	es	luzco	es
duermo	es	M	
E		Muero	es
Elijo	es	mullo	es
embuto	es	O	
encubro	es	Oigo	es
enluzco	es	oyes	es
entreoigo	es	P	
escabullo	es	Paro	es
escribo	es	parto	es
esculpo	es	permiso	es
escupo	es	persigo	es
esgrimo	es	persuado	es
F		pido	es
Finjo	es	prefiero	es
frío	es	presumo	es
G		R	
Guiño	es	Rebato	es
		recudo	es
		recibo	es

redarguyo	es	sirvo	es
redimo	es	sorbo	es
reduzco	es	subo	es
remito	es	sufro	es
reparto	es	suplo	es
resido	es	sustituyo	es
resisto	es		
restituyo	es		T
retiño	es	Tiño	es
riño	es	trasluzco	es
río	es	tullo	es
		tundo	es
Sacudo	es		V
salgo	es	Visto	es
siento	es		Z
sigo	es	Zurzo	es

Verbos excepcionados de esta regla

Algunos verbos no guardan en nuestra lengua castellana en la segunda variación del tiempo presente, la derivación de la primera del tiempo pasado, y de éstos algunos con diversidad en todas cuatro que no guardan legítima derivación las unas variaciones de las otras, como lo guarda este verbo *como, comes, comi, comer*, que conforme a él variará el mudo por discurso, *Digo, dices, dije, dije, y ha de decir: digo, dices, dije, decir*, y así porque tenga conocidos los verbos que usan de esta diversidad, los ponemos en esta excepción a ellos y sus compuestos.

Caigo, caes, caí, caer,		Pongo, pones, puse,	
recaigo	es	poner,	
Digo, dices, dije, decir,		antepongo	es
bendigo	es	compongo	es
desdigo	es	contrapongo	es
maldigo	es	dispongo	es
Hago, haces, hice,		entrepongo	es
hacer,		impongo	es
deshago	es	propongo	es
rehago	es	repongo	es
satisfago	es	traspongo	es
Oigo, oyes, oí, oír,		Quiero, quieres, quise,	
entreoigo	es	querer,	
trasoigo	es	requiero	es

Este compuesto *requiero*, tiene también otra variación en que se diferencia de su simple, y es la más usada.

Requiero, requieres, re-		detengo	es
querí, requerir.		mantengo	es
Tengo, tienes, tuve,		retengo	es
tener.		sostengo	es
Traigo, traes, traer,		Convengo	es
traje.		Prevengo	es
Retraigo	es	Veo, vees, veer, véis.	
Vengo, vienes, venir,			
vine.			

Estos cuatro no tienen compuesto.

Huelo, hueles, oler, olí,		Sé, sabes, saber, supe.	
Puedo, puedes, poder,		Valgo, vales, valer,	
pude.		valí.	

Estos verbos se le han de enseñar al mudo de manera que sepa variar muy bien los simples, conociendo las partes en que se usa de la diferencia, pues con eso entenderá los compuestos.

CAPITULO XIX

Del verbo soy, eres

ESTE verbo Soy, en la lengua castellana, y en la latina, se varía por sí, sin que se pueda regular a imitación de otro, y por esta razón se le enseñará al mudo distintamente, y por los mismos tres tiempos, valiéndose del símil de las demostraciones dichas para dárselos a entender, pues diciendo *yo soy*, tocándose a sí mismo el maestro, *tú eres*, tocando a otro que esté cerca, *él es*, señalando a uno que esté apartado, y *nosotros somos*, incluyéndose todos, lo entenderá, como debajo de la demostración *yo como, tú comes*, y sabida la variación de este verbo, se razonará algo, de manera que intervenga en la oración que se hiciere, y el mudo conozca con esto su uso.

Tiempo presente

*Variación primera
del tiempo presente.*

Yo soy,
tú eres,
él es.

Nosotros somos,
vosotros sois,
ellos son.

*Variación
segunda.*

Sé tú,
sed vosotros,
sea él,
sean ellos.

*Variación
de infinito.*

Ser,
siendo.

Tiempo pasado

*Variación primera
del tiempo pasado.*

Yo era,
tú eras,
él era.
Nosotros éramos,
vosotros érais,
ellos eran.

*Variación
segunda.*

Yo fuí,
tú fuiste,
él fué.

Nosotros fuimos,
vosotros fuisteis,
ellos fueron.

Variación

tercera.

Yo he sido,
tú has sido,
él ha sido.
Nosotros hemos sido,
vosotros habéis sido,
ellos han sido.

Variación

cuarta.

Yo había sido,
tú habías sido,
él había sido.
Nosotros habíamos sido,
vosotros habíais sido,
ellos habían sido.

Variación

quinta.

Yo hubiera sido,
tú hubieras sido,
él hubiera sido.
Nosotros hubiéramos sido,
vosotros hubiérais sido,
ellos hubieran sido.

*Variación**s e x t a .*

Yo hubiese sido,
tú hubieses sido,
él hubiese sido.
Nosotros hubiésemos sido,
vosotros hubiéseis sido,
ellos hubiesen sido.

*Variación**de infinito.*

Haber sido.

*Tiempo futuro**Variación primera**del tiempo futuro.*

Yo seré,
tú serás,
él será.
Nosotros seremos,
vosotros seréis,
ellos serán.

*Variación**segunda.*

Yo habré sido,
tú habrás sido,
él habrá sido.
Nosotros habremos sido,
vosotros habréis sido,
ellos habrán sido.

*Variación**tercera.*

Yo sea,
tú seas,
él sea.
Nosotros seamos,
vosotros seáis,
ellos sean.

*Variación**cuarta.*

Yo fuere,
tú fueres,
él fuere.
Nosotros fuéremos,
vosotros fuereis,
ellos fueren.

*Variación**quinta.*

Yo hubiere sido,
tú hubieres sido,
él hubiere sido.
Nosotros hubiéremos sido,
vosotros hubiéreis sido,
ellos hubieren sido.

*Variación**sexta.*

Yo fuera,
tú fueras,
él fuera.

Nosotros fuéramos,
vosotros fuerais,
ellos fueran.

Variación
séptima.

Yo sería,
tú serías,
él sería.
Nosotros seríamos,
vosotros seríais,
ellos serían.

Variación
octava.

Yo fuese,
tú fueses,
él fuese.
Nosotros fuésemos,
vosotros fueseis,
ellos fuesen.

Variación
novena.

Yo haya sido,
tú hayas sido,
él haya sido.
Nosotros hayamos sido,
vosotros hayáis sido,
ellos hayan sido.

Variación
de infinito.

Haber de ser.

CAPITULO XX

Cómo se ha de enseñar a contar al mudo

Los índices de los verbos que aquí hemos puesto para que se entretenga en leerlos el mudo, y vaya tomando de memoria, cuyas significaciones se le han de ir también enseñando, no han de ser impedimento para dejar de proseguir en diferentes enseñanzas, que no es precisa cosa haber de saber todo aquello antes de pasar adelante. Ahora le enseñaremos a contar, y se ha de procurar que él mismo se vaya enseñando, leyendo esta regla que sirve de dos efectos, el primero de saber los nombres de la cuenta y el segundo conocer los caracteres que la significan.

1	Uno
2	dos
3	tres
4	cuatro
5	cinco
6	seis
7	siete
8	ocho
9	nueve
10	diez
11	once
12	doce
13	trece

14	catorce
15	quince
16	diez y seis
17	diez y siete
18	diez y ocho
19	diez y nueve
20	veinte
21	veintiuno
22	veintidós
23	veintitrés
24	veinticuatro
25	veinticinco
26	veintiséis
27	veintisiete
28	veintiocho
29	veintinueve
30	treinta
31	treinta y uno
32	treinta y dos
33	treinta y tres
34	treinta y cuatro
35	treinta y cinco
36	treinta y seis
37	treinta y siete
38	treinta y ocho
39	treinta y nueve
40	cuarenta
41	cuarenta y uno
42	cuarenta y dos
43	cuarenta y tres
44	cuarenta y cuatro
45	cuarenta y cinco
46	cuarenta y seis

- 47 cuarenta y siete
48 cuarenta y ocho
49 cuarenta y nueve
50 cincuenta
51 cincuenta y uno
52 cincuenta y dos
53 cincuenta y tres
54 cincuenta y cuatro
55 cincuenta y cinco
56 cincuenta y seis
57 cincuenta y siete
58 cincuenta y ocho
59 cincuenta y nueve
60 sesenta
61 sesenta y uno
62 sesenta y dos
63 sesenta y tres
64 sesenta y cuatro
65 sesenta y cinco
66 sesenta y seis
67 sesenta y siete
68 sesenta y ocho
69 sesenta y nueve
70 setenta
71 setenta y uno
72 setenta y dos
73 setenta y tres
74 setenta y cuatro
75 setenta y cinco
76 setenta y seis
77 setenta y siete
78 setenta y ocho
79 setenta y nueve

80	ochenta
81	ochenta y uno
82	ochenta y dos
83	ochenta y tres
84	ochenta y cuatro
85	ochenta y cinco
86	ochenta y seis
87	ochenta y siete
88	ochenta y ocho
89	ochenta y nueve
90	noventa
91	noventa y uno
92	noventa y dos
93	noventa y tres
94	noventa y cuatro
95	noventa y cinco
96	noventa y seis
97	noventa y siete
98	noventa y ocho
99	noventa y nueve
100	ciento

Sabido que haya muy bien los nombres de estos números, y conocido su valor, se le enseñará por demostración su significación, contando con unos garbanzos, y señalándole la cantidad que tanteare en el número del libro, hasta que esté tan hábil que pidiéndole el número que quisieran sepa él darlo en tantos garbanzos, y sabido esto se le enseñará a juntar de esta manera:

Dos	veces	1	2
dos	veces	2	4
dos	veces	3	6
dos	veces	4	8
dos	veces	5	10
dos	veces	6	12
dos	veces	7	14
dos	veces	8	16
dos	veces	9	18
dos	veces	10	20
Tres	veces	1	3
tres	veces	2	6
tres	veces	3	9
tres	veces	4	12
tres	veces	5	15
tres	veces	6	18
tres	veces	7	21
tres	veces	8	24
tres	veces	9	27
tres	veces	10	30
Cuatro	veces	1	4
cuatro	veces	2	8
cuatro	veces	3	12
cuatro	veces	4	16
cuatro	veces	5	20
cuatro	veces	6	24
cuatro	veces	7	28
cuatro	veces	8	32
cuatro	veces	9	36
cuatro	veces	10	40
Cinco	veces	1	5
cinco	veces	2	10
cinco	veces	3	15

cinco	veces	4	20
cinco	veces	5	25
cinco	veces	6	30
cinco	veces	7	35
cinco	veces	8	40
cinco	veces	9	45
cinco	veces	10	50
Seis	veces	1	6
seis	veces	2	12
seis	veces	3	18
seis	veces	4	24
seis	veces	5	30
seis	veces	6	36
seis	veces	7	42
seis	veces	8	48
seis	veces	9	54
seis	veces	10	60
Siete	veces	1	7
siete	veces	2	14
siete	veces	3	21
siete	veces	4	28
siete	veces	5	35
siete	veces	6	42
siete	veces	7	49
siete	veces	8	56
siete	veces	9	63
siete	veces	10	70
Ocho	veces	1	8
ocho	veces	2	16
ocho	veces	3	24
ocho	veces	4	32
ocho	veces	5	40
ocho	veces	6	48

ocho	veces	7	56
ocho	veces	8	64
ocho	veces	9	72
ocho	veces	10	80
Nueve	veces	1	9
nueve	veces	2	18
nueve	veces	3	27
nueve	veces	4	36
nueve	veces	5	45
nueve	veces	6	54
nueve	veces	7	63
nueve	veces	8	72
nueve	veces	9	81
nueve	veces	10	90
Diez	veces	1	10
diez	veces	2	20
diez	veces	3	30
diez	veces	4	40
diez	veces	5	50
diez	veces	6	60
diez	veces	7	70
diez	veces	8	80
diez	veces	9	90
diez	veces	10	100

En materia de contar, basta que sepa hasta aquí en tanto que no supiera bien hablar y entender, que cuando lo sepa bien, podrá aprender las reglas de aritmética como los demás que las aprenden.

CAPITULO XXI

*Cómo se le han de enseñar al mudo
las contraposiciones de las cosas*

Los nombres de las contraposiciones han de enseñarse de manera que no sea solamente saber pronunciar las palabras, sino comprender el significado de ellas, como *grande, pequeño; alto, bajo; ancho, angosto; largo, corto; frío, caliente; claro, oscuro; bueno, malo; pesado, ligero*, y otras palabras semejantes, y asimismo los colores de las cosas, poniéndole los símiles delante para que entienda aquello que dice.

Después de esto se le enseñará a distinguir una de otra algunas cosas que sean muy parecidas, pero que tengan algo en que puedan diferenciarse; esto se hará mostrándole dos cosas de un mismo género y preguntándole que en qué se diferencia la una de la otra, señalándoselas, a lo que no podrá contestar porque no entenderá la pregunta; entonces responderá por el mudo el mismo que hace la pregunta diciendo con la mano en qué consiste la diferencia de las dos cosas que se le han mostrado, como, por ejemplo, dos libros, y el uno fuese mayor que el otro, habrá de decirse señalándole el mayor: porque este es más grande, y luego con dos cosas que tuviesen longitud, pero no igualdad, aunque idénticas en lo demás; suponiendo que sean dos listones, se le pregunta que en qué se diferencian aquellos dos listones; al ver que duda en

la respuesta, se le indica que advierta que uno es más largo que otro, midiéndolo delante de él, y si no lo comprende se le dice que por ser más largo, señalando el que lo fuere; después se le mostrarán otras dos cosas que en todo sean iguales menos en la longitud, haciéndole la misma pregunta, y si dudara, la misma advertencia, que, o será de muy tosco ingenio, o distinguirá la diferencia; si así no fuera, se le dirá mostrándosela hasta que haya entendido esta lección.

A continuación se le enseñarán otras dos cosas de un mismo tamaño, pero de diferente color, y se le hará la misma pregunta, haciéndole demostración de que son de igual tamaño, y se le deja responder, aunque yerre, porque, o acertará diciendo esta es verde y esta es amarilla, o dirá alguna de las respuestas de las cosas que vió anteriormente, como contestar: porque es más larga, o más grande una que otra, creyendo que ha de decir lo mismo que en los casos precedentes; si dijera más larga, con el dedo se le indicará que no es eso, y se miden ambas cosas para que vea que son iguales; si no lo entendiera, se le dice: porque esta es verde y esta amarilla, y se le vuelve a preguntar otra vez, que ya no podrá ignorarlo. Luego se le ponen otras dos cosas que asimismo tengan igualdad en todo, excepto en los colores, y se le hacen las mismas preguntas, que serán diferentes de las pasadas, hasta que responda conociendo la diferencia de las cosas; una vez que lo sepa, se le mostrarán otras que sean conformes y parecidas en todo, como dos platos, dos candeleros, de una misma materia y proporción, a lo que deberá responder que no se diferencian en nada, pues no en todas las cosas hay siempre desemejanza; si dijera que había diferencia, creyendo que esta respuesta debía darla a todo lo que

se le pregunta, se le hará comprender que son de una misma especie, y se medirá para que vea que son del mismo tamaño y que no tienen diferencia. Es necesario que de esta lección se compenetre muy bien, porque es la puerta para discurrir y entender que las palabras son conceptos por donde se explica lo que interiormente se siente, y en esta conformidad, hacer esta pregunta en diversas cosas, algunas tan parecidas que sea necesario, más que el sentido de la vista, para conocimiento de ellas, obligarle a tomarlas a peso, para que conozca la diversidad de cosas en que ha de fijarse.

CAPITULO XXII

*Cómo se le ha de enseñar al mudo
a que entienda por discurso lo que hablare*

EL lenguaje materno se ha aprendido por demostraciones, pues de ver el niño la acción que se hizo, se está haciendo o se hace, conoce y entiende cuando se le habla el significado de las palabras que se le dicen; y así, el mudo, para que se haga capaz e inteligente en todas las cosas, será lección importantísima que se le pregunte por las tardes lo que ha hecho durante el día, y aunque no sepa la razón de ello, que será lo más probable, se le preguntará siempre; si se observa que el mudo no entiende lo que se le pregunta, el maestro le dirá cuanto sepa de lo que aquél haya hecho ese día, pues como ya sabe los nombres de las cosas y entiende que le van citando lo que él ha he-

cho, forzosamente ha de comprender que aquello que le preguntan es para obligarle a que él lo diga, y que por medio de aquellas palabras nos da a entender lo que de él queremos saber y cuanto él quiere decirnos; para esto se tendrá cuidado de preguntarle con las interrogaciones que usamos en nuestra lengua castellana, como son: ¿qué hace?, cuando estuviera haciendo alguna cosa; si él no supiera responder, se contestará por el mudo diciendo: estoy leyendo, o escribiendo, o jugando, &c, y de la misma manera cuando no hiciere nada, para que entienda que no siempre está obligado a decir que hace algo.

Se le preguntará que de dónde viene, adónde va, por qué, cuándo, qué quiere y las demás interrogaciones que conforme a la ocasión presente sean necesarias, pero siempre de cosas que el que le pregunte pueda responder por él para decírselo o ayudarle a decir lo que no supiera, hasta que lo diga de manera que satisfaga. Y ya que en esta lección va el mudo hablando con discurso y propiedad, es necesario, para que mayor lo sea en lo que fuere diciendo, que se le enseñe la diferente denominación con que distinguimos unas cosas de otras, aunque sean muy parecidas, como pasear, andar y correr, que siendo una misma, por ser más o menos apresurada tiene denominación y significado diferentes; así, se le dará a entender lo que es cada cosa dándole su nombre; sabidas las tres diferencias, se le pregunta en qué se diferencian el andar del pasear, o el pasear del correr, y se le dice que lo ejecute; de la misma manera el ir y venir, dándole a entender que denominamos venir a lo que se acerca a nosotros, e ir, a lo que se va apartando; el bailar del danzar, en que el danzar no se vale de acciones de las

manos, sino que ellas y los brazos están caídos y que desde la rodilla para abajo sólo es la acción, y el bailar es movimiento de piernas y brazos, con éstos levantados, castañeteando con las manos de abajo a arriba, que su rígorosa propiedad significa alzar lo que está bajo y alcanzar lo que está alto; que entienda que alcanzar significa también ir haciendo diligencias siguiendo a uno que se va hasta dar con él, y que alzar es también a veces guardar; la diferencia del abrir al cerrar, y otras que tienen tan parecidas acciones que podría el mudo hacer algunos retruécanos imperfectos (1).

CAPITULO XXIII

En qué libros ha de leer el mudo para aprender, y si hay reglas suficientes a enseñarle por los movimientos de los labios para que entienda lo que le hablen

TENIENDO sabido el mudo lo dicho hasta aquí, se le hará que lea en libros que no sean de elevadas materias, sino que traten de cosas corrientes, comunes; se le dirá que vaya dando a entender aquello que va leyendo, y lo que no supiera decir bien, enseñárselo, pero guardando siempre en estos casos las

(1) Por lo dicho en este capítulo se advierte claramente que Bonet no empleó la lectura labial como medio para hacerse entender, sino los procedimientos ideomímicos, mímicos e intuitivos juntamente con el alfabeto manual.—J. O.: L. G.

reglas que en su lugar quedan advertidas respecto a las pasiones del alma; al mismo tiempo se le puede obligar a que responda por escrito a algunos papeles que se le escriban, advirtiéndole que las cosas que al mudo se le escribieren sean de las que sabe, pues lo que con esta lección se pretende es que sostenga una conversación larga, que adjective y coloque períodos, que después, aprendiendo nuevas cosas, sabrá romanpear también éstas como supo las otras, y en las que yerre dejando alguna conjunción o equivocándose en los géneros o tiempos, se le corregirá, no sólo diciéndoselo con la mano, sino en lo mismo que hubiera escrito, y al mismo tiempo que el mudo se va adelantando en lo que lee y responde a lo que le hablan con la mano o por escrito, se le pueden ir cambiando los libros y la conversación a discreción del que le enseñe, que irá conociendo la capacidad del sujeto.

Que entiendan los mudos aquello que se les dice por los movimientos de los labios del que habla con ellos, no es necesario para su enseñanza, antes por el contrario sería dificultarla, pues aunque parezca que se puede sujetar a arte, no sería general, sino tan singular que sólo el maestro y el discípulo se entenderían, porque cuando estamos hablando vamos pronunciando los sonidos que significan las letras con las formaciones que hacemos con la boca, que ya el mudo conoce y sabe las diferencias que tienen, que la mayoría de ellas se hacen con mociones de la lengua, como a su tiempo se dijo, y para que el mudo vaya leyendo por la boca del que habla tiene que ver la formación de cada letra como cuando se le habla por la mano, que entiende por la colocación de los dedos, porque ellos van formando las letras y el mudo las

va viendo y leyendo, y no sería prudente obligar a todos los que hablen con el mudo a que lo hagan con la boca abierta, ya que no es corriente que al pronunciar mostremos los movimientos que dentro de la boca hace la lengua, y sin verlos no podría el mudo entenderlo, pues dichos movimientos le sirven de letras y se acostumbraría a hacer visajes para hablar queriendo formar la palabra que pronunciara, como habrían de hacerlo los que le hablasen, lo que en él y ellos resultaría feo; y si reducimos esto sólo a la acción de los labios, como se sabe que muchos mudos han entendido, no es posible en la enseñanza, debiéndose estas excepciones a su gran atención y no al ingenio del maestro. Esto se comprueba con que los mudos que han logrado entender así ha sido sin ser enseñados, sino que la necesidad los enseñó, ayudándoles mucho la Naturaleza, que procura suplir en unos sentidos el defecto de los otros, como ocurre con el mudo; y no se puede creer que por parte del maestro haya razón verosímil de que pueda enseñarlo, porque como una persona no puede enseñar a leer lo que él no sabe, tampoco podrá dar reglas para que el mudo entienda por el movimiento de los labios de quienes le hablen, ya que el mismo maestro no entiende por dichos movimientos a los que así hablaren con él. De esto se deduce que no hay regla fija por la cual se pueda enseñar al mudo a que entienda por el movimiento de los labios lo que se le hable, y que quien se arriesgue a ofrecer este sistema lo hará, no confiando en sí, sino en el mudo, al cual querrá quitar aquella excelencia para honrarse con ella, pues como le verán hablar, leer y escribir, y que juntamente con esto entiende bien por el movimiento de los labios, se creerán que

todo obedece a enseñanza, y el maestro se la atribuirá. Aunque el ingenio de los hombres es tan grande y de ellos se pueden esperar cosas maravillosas (como es esta de hacer hablar a los mudos, que parece un hecho milagroso cuando faltan los sentidos del oído y la vista), no se puede esperar que haya reglas suficientes para suplir el de ambos sentidos, pues, como queda probado, los ojos no alcanzan a ver el movimiento de la lengua si no es abriendo la boca deformemente, y el hacerlo así está feo; debe dejarse esta habilidad a la máxima atención de los mudos, que en este sentido alcanza más que la de los que no lo somos. Acabemos esta materia y libro apoyando lo que hemos dicho con Lactancio Firmiano: la lengua dentro de la boca con sus movimientos discierne la voz en palabras como intérprete del ánimo, y que la lengua no podría cumplir su cometido si no fuera con la ayuda de los dientes, labios y paladar, por cuya causa no pueden hablar los niños hasta que tienen dientes y los viejos sin ellos pronuncian mal; que conforme a esto no es la lengua sola, como queda dicho, la que forma de la voz la palabra, sino que ha de ser valiéndose del paladar, labios y dientes, y necesariamente tendríamos que ver estas mociones para entender por ellas los que no estamos dotados de ese don con que la Naturaleza suple otros sentidos como a los mudos, y aun cuando ellos alcanzan esto no es con tanta seguridad que entiendan un razonamiento o conversación, sino las pláticas comunes y corrientes, que por tan usadas, aunque el mudo no vea todos los movimientos de su formación, las entiende, influyendo también su discernimiento, el accionar del que habla, quien sea la persona, el asunto de que se hable y el tiempo y ocasión en que se hace.

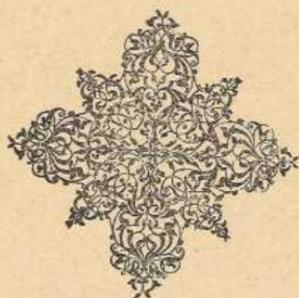
De manera que el mudo ha de ser necesariamente maestro de sí mismo (1) por medio de su mucha atención y discurso, como algunos lo han sido sin ser enseñados, con lo que daremos fin a este arte, pues lo escrito basta para que el mudo no parezca que lo es al hablar y discurrir, sino que es un sordo capaz de saber cualquier lengua y ciencia, pues cuanto pueda ofrecérseles a él o al que le enseñare está expuesto en este libro.

De los adjetivos no nos ha parecido bien tratar, pues las excepciones hubieran sido demasiado prolijas y habrían dado ocasión a muchas confusiones, de lo que hemos prescindido con particular cuidado para que el mudo no se halle empachado y pueda hablar con libertad, que es lo que no pueden hacer los que aprenden lenguas con mucha diversidad de preceptos, como la latina y la griega, sino que con el uso se vaya enterando de los adjetivos que aplicamos a los nombres sustantivos.

El contar se le enseñará por el modo general, que sabiendo ya hasta ciento, como queda dicho, de idéntica manera aprenderá todas las cifras y las reglas de la Aritmética.

A escribir se le puede enseñar una vez que haya aprendido a leer. Con objeto de abreviar su enseñanza, así como la de cualquier principiante, es conveniente hacerle escribir muchas veces estas letras: lll, mm, ooo, porque todas las de nuestro abecedario se forman, o por una línea, o por un círculo bien hechos, pues aunque algunas son medio círculo, es cierto que quien hace bien uno entero, fácilmente podrá hacer medio.

(1) En este punto no se ha progresado nada desde la época de Bonet. El sordomudo sigue siendo maestro de sí mismo, sobre todo.





TRATADO DE LAS CIFRAS

*Cómo se leerá un papel escrito en cifra sin la
contracifra y qué advertencias son necesarias
para que no pueda leerse*

HABIÉNDOSE tratado tanto de las letras, parece que por depender de ellas debemos decir algo de cifras, y así, aunque con brevedad, procuraremos que sea con algún fruto, pues si bien mostraron en esta materia, como en otras, el abad Tritemio y Juan Bautista Porta su mucho ingenio, fué más demostración de él que enseñanza de las cifras, ya que todas las partes de cifra se deben reducir a dos, que son: facilidad en cifrarlas y descifrarlas quien tiene la cifra, y dificultad imposible en quien no la tiene, y se ha de advertir que ninguna de las muchas que traen estos autores pueden servir a nadie, porque es cierto que el que se sirva de ella no escribe ocultando sus secretos,

pues quien tenga el libro se le leerá, que será lo mismo que la cifra, y si no quiere valerse de ninguna de ellas, ha de ser inmenso el trabajo que ha de poner en apartarse de aquéllas, por ser muchas las que ponen en sus dos libros. Además de esto, son legibles todas las que no tienen más circunstancia que el cambio de los caracteres, y así, ni se puede tener confianza de aquellas, ni de las que la imaginación inventara por aquel estilo, porque todas serán legibles, como aquí lo enseñaremos, aunque se aumenten a las cifras nombres propios de personas, provincias y lugares, y después de enseñada la declaración de ellas se dirá la manera de oscurecerlas, imposibilitándolas de poder ser por estudio entendidas; ha de advertirse que un renglón, dos o tres sólo son indeclarables en cualquier cifra que tenga mudadas todas las letras, por cuanto en tan poco progreso de escritura difícilmente se incluirán muchas circunstancias en las que se deba tener atención para poderlas aclarar; de ahí que sean necesarios de seis a ocho renglones, por lo menos, pues cuantos más haya, más facilidad se tendrá. En ocho renglones de cualquier materia que se trate entrarán las veintidós letras que usamos, y así se hallarán caracteres diferentes, los cuales se contarán; si no estuvieran cabales, faltará la x o la z, o ambas, por ser las letras menos usadas. Además de esto, hay que tener en cuenta que todos los caracteres en que acaban las partes no pueden ser más de doce: a, d, e, i, l, n, o, r, s, u, x, z; de estas son rarísimas las veces que acaban en la u; también suele servir de final, pero es fácilmente conocida por hallarse de ordinario sola, pues aunque a la a y la o le ocurre idéntico caso, no es tan corriente. La razón para que se preste atención a que sólo estas letras pueden servir

de finales, es porque se vaya facilitando su conocimiento, reduciéndole a menos número, pues sabrán que ninguna de las finales puede ser b, c, f, h, m, p, q, t; luego se buscarán los cinco caracteres que más se usan, que son las cinco vocales; éstas se hallarán al principio de cada palabra, porque es corriente que la primera o segunda letra de ella sea vocal, ya que rara vez es la tercera, y cuando lo fuere, es regla que la letra anterior a ella sea una de estas dos: l, r, y la primera de la palabra una de estas siete: b, c, d, f, g, p, t, porque siendo, como queda dicho, vocal la tercera, las anteriores han de ser consonantes y dos consonantes juntas no se unen sino en la forma dicha, y aun de las siete, las dos, d, t, solamente reciben a la r y las cinco restantes, l, r, excepto la c, que recibe la h para hacer cha, che, chi, cho, chu.

Se reducirán, como hemos dicho, todos los caracteres a cinco, los más usados, especialmente entre las primeras y segundas letras de las partes, que aquellas serán las vocales, y habiéndolas hallado, para saber qué vocal representa cada carácter, se fijará en las palabras que teniendo tres letras las dos últimas fueran de aquellas que hemos tenido por vocales, forzosamente dirá: que, pues si bien esta parte, fué, se usa también, no es tan corriente como la anterior, que en ocho renglones se hallará diversas veces. Conocida, pues, esta parte, se sabrá que la primera es u y la segunda e, con lo que quedará también conocida la q.

Las demás partes comunes que son más frecuentes y que también tienen tres caracteres son: con, dos, las, los, más, por, sin y son, no tiene ninguna dos vocales, sino una, siendo ésta la de en medio de las dos, y lo más frecuente la o, porque son más la palabras de tres

letras en que ella toma parte, como con, dos, los, por y son, que aquellas en que interviene la a, y si el carácter primero de los tres no sirviera de postrero en ninguna parte, será p o c; así, o dirá por o con, y si fuera de los que acabara alguna parte en ellos, dirá los o son. Si hubiera palabras de estas letras que empezaran con el mismo carácter y acabaran también con otro, variando solamente en el de enmedio, serán los y las, ya que las dos comienzan por la letra l y terminan con la s, diferenciándose sólo en la a o en la o, y será conocida la a en que se emplea más que la o. Y si en palabras de cuatro letras fueran las dos de en medio u, e, que son las que se conocieron en la que, dirá pues. Y si las cuatro letras no tuvieran en medio las vocales, sino en segundo y último lugar y fueran iguales, dirá para o como, y por la razón de ser más usada la a que la o se conocerá si dice para. Todas las partes de dos caracteres son sílabas; se componen de vocal y consonante y dirá la, le, lo, al, el, si, se, es, me, mi, de, en, no, un, ni, yo, y donde la más usada, que es la a, se hallara en compañía de otra, siendo la postrera, se dirá la, y por el contrario, siendo la primera, se dirá al, en lo que se distinguirán ambos caracteres; cuando el de la l fuera el postrero y la primera no fuera a, se dirá el. La e se conocerá también, además de lo dicho, en que se emplea más que las otras en sílabas de dos letras, porque tiene aplicación en estas siete tan corrientes: de, el, es, en, le, me, se; en las tres que es anterior la e se dirá el, es, en, y en las cuatro que es posterior se dirá de, le, me, se, y por este modo de discurrir se irá conociendo y llegando a las partes mayores, experimentándose si los caracteres vocales se han distinguido bien, lo mismo que los no vocales. También se advierte que si hay

caracteres duplicados es lo más corriente que sean dos ll, dos ss o dos rr, y la letra que le siga será vocal; para ayudar a facilitar el conocimiento de los caracteres, se tendrá presente que no todas las letras de nuestro abecedario pueden unirse fácilmente, pues en el lenguaje castellano pocas veces se encuentran dos vocales en una sílaba, porque a estas nueve letras: h, l, m, n, q, r, s, x, z, no le sigue nunca una que no sea vocal; de manera que después de cada carácter de estos diez y seis forzosamente en cada sílaba le seguirá letra vocal, o se abrazarán unos a otros; fijándose en todas estas reglas, tendrá cortísimo entendimiento quien no descifre cualquier escrito que tenga por cifra el cambio de los caracteres, como ya se ha dicho. Si hubiera caracteres que significaran nombres propios de personas, lugares o provincias, se observará que hay más de veintidós caracteres, y que serán tan poco usados, que rara vez se verá en lo cifrado, porque no habrá necesidad de duplicar aquéllos como los que significaran letras; sabida la lectura fácilmente por la materia de que trate, se podrán comprender los nombres propios de las personas, lugares y provincias.

Este modo de declaración tienen las cifras que no usan más valor que la mudanza de tantos caracteres como letras, y así lo ha demostrado la experiencia en muchas que se han leído. Y para que quien emplee éstas pueda, con un poco más de trabajo que ponga, eludir este peligro y se asegure de que no se las leerán, las enmendará dificultando los caminos por donde se facilitaba su comprensión, que será darle a cada vocal tres o cuatro caracteres que la signifiquen, y usar de todos ellos en las palabras que anteriormente hemos dicho, o sean las sílabas de dos o tres letras, y sujetar-

las a más caracteres que letras tienen, como, por ejemplo: la, lo, en, de y otras escribirlas con tres caracteres, y las de tres, como con, por, los, son, &D, con dos o con cuatro, porque cuando se vayan a buscar las palabras menores no hallen ninguna cierta, pues se confundirán con las demás. Se harán algunos caracteres que sólo se emplearán para confundir, y las dobles, como dos ll, dos rr, dos ss, se pondrán como un carácter, porque viéndose dos iguales juntos fácilmente se entenderá que son duples. Con esto no es posible que se pueda leer lo que en esta cifra se escribió, pues aunque no son éstas de las ingeniosas, que podemos llamar reales, para corrientes son bastante dificultosas.





TRATADO DE LA LENGUA GRIEGA

DEJAN de saber la lengua griega muchas personas por no decidirse a aprenderla, pues quien oye los nombres de las letras del alfabeto griego cree que tiene mucha dificultad su lectura, siendo cosa tan fácil, que en dos días, quien preste atención a lo que aquí diremos, sabrá leerla, y sería beneficioso que en las escuelas, en que aprenden a leer romance y latín los niños, les enseñen también a leer griego, ya que para su enseñanza no es necesario que los maestros sepan esta lengua, como no lo es que los que enseñan a leer latín sean latinos, sino que por maravilla lo son, pues aunque para acentuar sería muy conveniente que los maestros supieran las lenguas, no por eso se deja de salir con el fin que se pretende; el evitar ese defecto compete al que enseña Gramática de aquella lengua, que le es potestativo enseñar acentuando larga o brevemente la sílaba. Y llevando los niños aprendida a

leer la lengua griega, como llevan aprendida a leer la lengua latina, para saber la Gramática podrían aprender a un tiempo ambas y evitar que un catedrático enseñe a leer griego y que los estudiantes cuando se hallan en edad de aprovechar el tiempo le pierdan en aprender a conocer las letras y deletrear, ejercicio por cierto poco en consonancia con la edad y ocupación en que los coge. Y así, pues con tanta facilidad prometemos en este discurso enseñar a leer esta lengua, será muy justo que todos los que estudian letras latinas sepan las griegas, que las facultades tienen variedad de libros que tratan de ellas, no conformándose con las traducciones, ya que pocas veces se hacen bien, pues suele perderse el énfasis y galantería de las frases, contentándose el que traduce con interpretar solamente el rigor del vocablo. A este mismo propósito trae Simón Abril el rigor de la traducción que hizo el que tradujo el libro *Celestina* al italiano, que por la frases tan usadas de «tomó las calzas de Villadiego», dijo: «pligió le calce di Villa Jacobo», que nosotros queremos decir «huyó», y el entendió que hurtó las calzas a uno que se llamaba Villa Diego; por cuya razón este autor y otros amonestan con gran insistencia que aprendan esta lengua los que tratan del estudio de las letras, pues de ella hallarán en todas las facultades libros de muchos doctos autores; y aunque parezca prolijo, no es justo dejar de citar aquí algunos de ellos, para que, viendo lo que se pierde por negligencia, no ocurra en lo sucesivo, que si bien están traducidos, pocas son las veces en que la traducción es tan fiel como se desea, porque ni dos lenguas diferentes tienen los vocablos tan semejantes que con la propiedad de una se pueda declarar el concepto de la otra, ni en las frases hay la

similitud tan ajustada que cause la inteligencia con aquellas circunstancias que la entiende el que sabe la lengua.

De la Teología escribieron san Dionisio Areopagita, san Justino mártir, san Atanasio, san Basilio, santos Gregorio Taumaturgo, Nacianceno y Niceno; san Juan Crisóstomo, san Epifanio, Cirilo, san Alejandro y Jerosolimitano, san Juan Damasceno, Orígenes, Clemente Alejandrino, Teodoreto, Teopilato, etcétera. En la Filosofía: Platón, Aristóteles, Teofrasto, Alejandro Afrodíseo, Amonio, Simplicio, Filopono, Temistio, etc. En Derecho: el Emperador Justiniano, Teófilo, Armenópulo, los sesenta libros del Emperador León, etc. De Matemáticas, Astrología y Geografía: Euclides, Arquímedes, Tolomeo, Próculo, Diadoco, Estrabón, Arato, Pausanias y Dionisio *de sitio orbis*, etc. De Medicina: Hipócrates, Galeno, Paulo Egineta y Aecio, etc. De Retórica: Hermógenes, Antonio, Teón, Demetrio Falereo, Sofipatro, Dionisio Longino; de esta facultad salieron eminentes oradores: Isócrates, Lisias, Demóstenes, Esquines, los doce oradores que andan juntos en un cuerpo, Aristides, etc. De Historia: Herodoto Tucídides, Jenofonte, Diodoro Siculo, Polibio, Dionisio Alicarnaseo, Dion, Arriano, Eusebio, Sócrates, Sozómeno, Evagrio, Cedreno, Zonaras, Nicetas, Laonico, Simócates, etc. Poetas heroicos: Orfeo, Museo, Homero, con sus comentadores Didimo y Eustaquio; Hesiodo, también con los suyos Proclo y Zeces; Quinto Esmirneo, Apolonio Rodio, Calímaco, Nono, etc. Trágicos y cómicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Líricos: Pindaro, Anacreonte, etc. Gramáticos y lingüistas: Apolonio Alejandrino, Gaza, Lascaris, Crisoloras,

Calcondilo, Mascopulo, Tomás Magistro, Lexiconde Arpocración, Polux, Esiquio, Suídas, etc., y otros muchos. Algunos de éstos, no sólo en una facultad escribieron, sino en varias y diversos libros. ¿Quién no se anima a aprender esta lengua, siendo propicia a entenderla, y no depender de recibir el agua por arcaduz pudiéndola beber vertiendo, especialmente facilitando la parte de su primera enseñanza, que es leer, como lo haremos en este tratado?

Es tan grande la perfección en que quedan las letras latinas reducidas al nombre simple que le hemos dado, que quien las conozca podrá leer las griegas en el término de dos días con un poco de interés que ponga, capacitándose en lo que iremos diciendo. Los nombres de los caracteres griegos los ponemos aquí solamente como vía de curiosidad y porque es bueno saberlos, mas no porque sea necesario para aprender a leer.

A α	A a	Α' λφα	Alpha.
B β β	B b. V v	Β' ητα	Vita.
Γ γ Γ	G g	Γάμμα	Gamma.
Δ δ δ	D d	Δέλτα	Delta.
E ε	E e	Εψιλόν	Epsilon.
Z ζ	Z z	Ζήτα	Zita.
Η η η	I i. i larga	Η' τα	Ita.
Θ θ θ	Th th	Θήτα	Thita.
I ι	J j	Ιωτα	Iota.
K κ	C c	Κάππα	Kappa.
Λ λ	L l	Λάμβδα	Lambda.
M μ	M m	Μυ	My.
N ν	N n	Νυ	Ny.
Ξ ξ	X x	Ξι	Xi.
O ο	O o breve	Ομικρόν	Omicron.

Π ϖ π	P p	Πĩ	Pi.
Ρ ϱ ρ	R r	Ρϖ	Rho.
Σ σ ς	S s	Σĩγμα	Sigma.
Τ τ ῥ	T t	Ταοĩ	Tau. Taf.
Υ υ	Y y	Υψιλόν	Ypsilon.
Φ φ	Ph ph. F f	Φĩ	Phi. Fi.
Χ χ	Ch ch	Χĩ	Chi.
Ψ ψ	Ps ps	Ψĩ	Psi.
Ω ω	O o larga	Ωμεγα	Omega.

Estas letras no sirven con el nombre que tienen, porque hay en ellas el mismo defecto que en las diez y siete latinas, como queda dicho en el primer libro, a causa de la composición de que se forman sus nombres, y tanto más cuanto que la composición es mayor. Y así, la reforma que se hizo en aquéllas para la lectura latina se debe hacer para la griega, pues solamente aprovecha en cada una una parte simple, y esta es en todas las primeras que empieza el nombre de cada letra, como de Alpha A, de Gamma G, de Delta D, de Lambda, L, etc. De manera que ninguna sirve con el nombre que tiene (que es muy compuesto), sino con el de las letras simples que las significan. Y siendo esto así, consiste la brevedad y facilidad de aprender a leer griego en tener presente que las letras griegas se diferencian algunas de las nuestras en el carácter, pero el sonido es el mismo; y así como en nuestro lenguaje vamos formando las sílabas y palabras, que escribimos por medio de letras que significan y valen aquellos sonidos que queremos expresar, lo mismo hemos de hacer en el lenguaje griego, considerando la palabra griega que queremos escribir con qué letras latinas la escribiríamos, y en lugar de éstas co-

locar las griegas que las imiten, como lo daremos a entender por este ejemplo: Este nombre, Delta, está escrito con letras latinas y es vocablo griego, que significa el nombre de la D; si lo queremos escribir con letras griegas, pondremos en lugar de la D latina, esta Δ, que es la griega; en lugar de la e, esta ε; por la l, esta λ; por la t, esta τ, y por la a, esta α, que juntas dicen Δελατα, Delta, no diferenciándose más que en que en una parte es vocablo griego escrito con letras griegas y en la otra está escrito con letras latinas, sin que para esto hayan sido necesarios los nombres de las letras griegas, sino el de las nuestras, que como hemos de ir escribiéndolo con ellas, fuimos poniendo en su lugar aquellos caracteres griegos que tienen el nombre de los nuestros, de cuyos dos abecedarios haremos aquí uno, ya que es el mismo sonido el de unas letras que el de otras:

A A. α.	N N. νρ.
C K. κ.	O O. ο.
D Δ. δ.	P Π. ππ.
E E. ε.	R P. ρ.
I H. η larga.	S Σ. σς.
F Φ. φ.	T τ. ττ.
G Γ. γ.	V B. ββ.
I I. ι breue.	X X. ξ.
L Λ. λ.	Y T. υ.
M M. μ.	Z Ζ.

Las primeras letras de este abecedario son las nuestras mayúsculas, y las que a cada una de ellas se le siguen, son las griegas, advirtiéndolo que las primeras, que las divide un punto, son también las mayúsculas

griegas y las demás son las comunes. No hay en aquella lengua sonido que simbolice con la b nuestra; porque le usa más suave y así no le ponemos, ni tampoco u vocal de una letra sino de dos, que es el diptongo O u de que trataremos en los diptongos; porque la B, la V a que llamamos V consonante, que griega es un medio entre la B latina y la forman estas dos letras vi, no divididas. La C en la lengua griega nunca usa de la voz ce ni cí, sino de las que hacen en la castellana con la A, O, V, como son ca, co, cu, que es lo mismo que la k. Hay dos diferencias de I, que aunque en el sonido simbolizan el de esta ι ι es breve, y el de esta η η. largo, y toca un poco en el de la e, conforme Clenardo (Gramática griega). Y asimismo esta ο ο. es breve y esta Ω ω. larga. La F, que es lo mismo que este carácter griego Φ φ. sirve por la P aspirada, ph, como en nuestra lengua, que unos escriben Phelipe y otros Felipe, y así se usará de él para aquel sonido que el castellano incluye debajo de la significación de la F y el griego de la Ph. No usa el griego de la Q, que la C sirve por ella. Otros tres sonidos usa la lengua griega, que cada uno se forma de dos de los nuestros, y los incluye una letra: Ψ ψ. Pf. Θ θ. Th. x χ. Ch.

De estos caracteres griegos se ha de usar donde hubiere necesidad de juntar dos de nuestras letras, como son Pf, Th, Ch, porque vale tanto una griega de las que los representan como dos de estos Pf ψ. Th θ. Ch x. si bien no hay sonido en nuestra lengua, que con toda propiedad corresponde con ellos, la X con a, o, u, suena como jota.

De los diptongos y su pronunciación

PARA la pronunciación de esta lengua se ha de advertir que tiene estas siete letras vocales, y que de cada una especie ponemos dos caracteres, uno mayúsculo y otro común: A α. E ε. H η. I ι. Y υ. O ο. Φ ω. Llama líquidas a estas cuatro λ. μ. ν. ρ. y medias a estas tres β. γ. δ. y con todas catorce se ha de tener particular cuidado, para saber dar a los diptongos el sonido que les toca, como diremos luego; porque no se ha de pronunciar como en los latinos, que de las dos letras de que se forma el diptongo se procura hacer un sonido que participe de ambas, aunque la fuerza es en la postrera, y en los griegos cuando no hay puntos encima tienen el sonido muy diferente del que deben hacer juntas las dos letras de que se forman.

D I P T O N G O S

αι. αυ. ει. ευ. οι. ου

αι. se pronuncia æ y si estuviere puntuado así *αι̇.* se ha de pronunciar ai.

αυ. se pronuncia as unas veces y otras au, se conocerá esta diferencia en que si se sigue a este diptongo alguna de las catorce letras que hemos dicho vocales, líquidas o medias, pronunciará *αυ.* au, tomando esta *υ.* el sonido de *v* consonante latina, que dirá ab, pero no fuerte la *b* y si no se le siguiere alguna de ellas pronunciará as como se ha dicho, y si estuviere puntuado *αυ̇.* tomará el sonido de ay.

ei. suena como i larga y si se escribiera puntuado ei. tendrá el sonido de ei.

ev. suena eu siendo la v consonante, como arriba hemos dicho, si se le sigue vocal, líquida o media y con las demás letras es y si se escribiere puntuada eü sonará ey.

oi suena por i larga y si estuviere puntuada oi. suena oi.

ou suena u vocal latina, porque la lengua griega no tiene letra que sola represente este sonido, sino con estas dos y con los dos puntos oü sonará ou.

Estas diferencias de sonidos hacen los diptongos a que es necesario tener particular atención; porque esta lengua usa de ellos todas las veces que se juntan vocales y es con mucha mayor frecuencia que en la latina.

Pronunciación de las demás letras

ESTA letra x. suena y es lo mismo que la a latina.

Esta x. suena y es lo mismo que la c con la a, o, u.

Esta ð. es lo mismo que la d, pero suena con más suavidad y blandura, como cuando decimos piedad, humildad, que no tiene en estas ocasiones la d la fortaleza de cuando se comienza la palabra por ella.

Esta e. suena y es lo mismo que e.

Esta φ. suena y es lo mismo que f.

Esta γ. suena y es como la g, pero más dulcemente y su pronunciación con la a, o, u, es como gana, goma, gula, y con la e, i, toca la lengua corvada en medio del paladar, como si quisiéramos decir hierno,

pronunciando a vueltas de la h algo de la g, que no es propiamente el sonido de ge ni gi nuestro, y cuando se juntan dos γγ. la primera trueca el sonido en n como ἀγγελῶ Angelos, y lo mismo delante de la κ. y de la χ. Esta ι suena, y es lo mismo que nuestra i.

Esta λ que nuestra l.

Esta μ. que nuestra m.

Esta ν que nuestra n.

Esta ο. que nuestra o.

Esta π. que nuestra p, pero si precede μ. que es la m, tomará sonido de b como ἐμπερῶ embiros.

Esta ρ que nuestra r.

Esta σ que nuestra f.

Esta τ que nuestra t.

Esta β. que nuestra v consonante, en la manera que atrás queda dicho.

Esta ξ. que nuestra x, y porque vale tanto como c, s, la pronunciación participará algo de ambos sonidos, no tan unidos en uno como nosotros la usamos.

Esta υ que la y.

Esta ζ. que la z, pero más suave, como la c con ci.

Entendidas todas las pronunciaciones dichas, se sabrá leer la lengua griega, estando escrita con los caracteres distintos de que hemos hecho demostración en su alfabeto y por cuanto usa de mucho género de ligaduras, así en lo impreso como en lo manuscrito, y el que aprende a leer, las desconoce; porque unidos unos caracteres con otros, pierden la forma que tenían distintos, y algunas abreviaturas que causan el mismo empacho, se ha procurado juntar el mayor número de ellas que ha sido posible y con cada una su declaración, para que en ofreciéndosele al lector la dificultad de ligadura o cifra, acuda a buscar su declaración, que

la hallará en el índice siguiente. Advirtiéndole que la primera parte de todos los renglones de cada columna, que la divide de las demás un punto, es la parte clara, en que con caracteres griegos distintos se dice, lo que las ligaduras y abreviaturas que se le sigue significan, que alguna tiene dos, tres y más diferentes formas, como se echa de ver en sus divisiones; pero cuanto a la significación todas tienen una.



*A D V E R T E N C I A S P A R A
valerse de este Arte para Enseñar a Hablar los
Mudos las naciones extranjeras*

LA Mudez de que se ha tratado tan largamente es enfermedad común, y para que el remedio de este libro lo sea, parece conveniente advertir la forma cómo han de usar de él otras naciones para que les sea de beneficio, pues no con traducirlo solamente lo fuera.

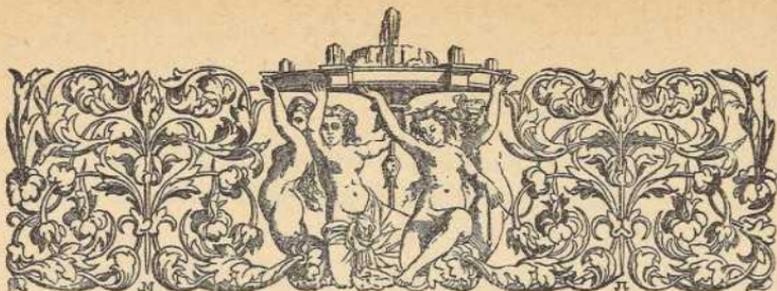
Si el mudo es de provincia en que nuestras letras latinas se usan para común lectura, bastará la traducción de este libro aumentando a la enseñanza del

conocimiento de sus caracteres los que usaren manuscritos desemejantes a los comunes latinos que usa la impresión, cosa que no ha sido necesaria en la lengua castellana, porque son tan conformes. Sabido el conocimiento de todos, de la manera que por la mano se ha enseñado, se reparará en si el sonido simple de algunas letras difiere del que la lengua castellana les da (como hemos enseñado en la acentuación de cada una), y esta experiencia se ha de hacer reparando en el sonido que cuando va leyendo le dan en compañía de las demás, pues aquel es el simple que se le ha de enseñar al mudo o a cualquier principiante, que aunque no lo sea aprendiere a leer, pero al mudo será necesario reducirle aquel sonido a demostración de la boca y para esto advertirá el que le enseñare la postura y mociones de la suya, para que en aquella forma haga que le imite el mudo. Si fuere de nación que use diferente carácter y diferente nominación, como la griega, hebrea, arábica y otras, se ha de advertir que no ha de enseñarse al mudo el nombre que distinto tuviere en aquella lengua cada letra, si ya no fuere tan simple que el de su nominación distinta y el que se le diere en la unión y trabazón de las demás sea uno mismo, y no siéndolo, se ha de buscar aquel simple con que sirve en la locución y lectura, que en la griega será el mismo sonido que el nuestro, pues quitando a las letras griegas lo compuesto de sus nombres distintos vienen a quedar con el mismo valor y sonido simple en que hemos dejado a nuestras letras latinas y lo mismo se puede entender en las hebreas, pues en ninguna de estas dos lenguas sirven sus letras con toda su nominación unidas, sino con una parte menor de ellas, y esta también en la hebrea vendrá a simbo-

lizar tanto con el sonido latino, que sólo podrá diferenciarle en algunas letras el ser más gutural, el cual se habrá de ajustar a la moción de la boca que lo formare, y como está dicho no sea sonido compuesto sino aquel simple, que tan solamente sirve en la locución. Todas las demás lenguas, conforme esta regla podrán ajustándose a ella, valerse de la enseñanza de este libro, siguiendo el mismo estilo en todas las demás reglas de él, mudando aquello en que no se conformare con la lengua castellana, pues no todas usan unos mismos géneros en los nombres, ni se varían sus verbos, por unas mismas variaciones. De manera que para saber hablar los mudos o se les ha de enseñar por nuestras letras latinas simples o se ha de reducir el sonido de las demás al de ellas, que en las griegas es fácil, en las hebreas no tanto por lo gutural, en otras lo será en cuanto se pudieren ajustar al sonido latino, que como está dicho es demostrativo y ha de ser también lenguaje que como se escriba se pronuncie o por lo menos el mudo pronunciará así, y si no fuere bien entendido, defecto será de aquel lenguaje y no de este Arte.

F I N





INDICE

	<u>Páginas</u>
Anteportada	1
ACTUALIDADES PEDAGÓGICAS	2
Portada	3
Propiedad	4
Dedicatoria	5
Facsímil de la portada de la primera edición de esta obra	6
JUAN PABLO BONET Y SU OBRA	7
ÍNDICE de documentos consultados para la biografía de Bonet ...	19
Dedicatoria a FELIPE III	22
LOPE DE VEGA al autor	23
Autores citados en este libro	24
PRÓLOGO de la primera edición	25

LIBRO PRIMERO

DE LA REDUCCIÓN DE LAS LETRAS

CAP.	I.—Que las letras que usa nuestro idioma castellano, son las latinas, y que la tradición ha podido mudar la nominación de ellas	31
»	II.—Si fueron inventadas las letras latinas, y siéndolo, cómo fué su invención	34
»	III.—Si fué su principio de las letras latinas por imitación a cuáles imitaron y cómo	39
»	IV.—Si las letras latinas no imitaron a las hebreas, sino que fueron instituídas de los griegos, quién de ellos las instituyó y qué nombres les pusieron	44
»	V.—En que se va probando que el nombre de la letra es el sonido de la respiración por quien sirve	51
»	VI.—De la definición de la voz	55
»	VII.—Cuáles son las letras compuestas, y sus nombres y cómo sirven en la lectura	58
»	VIII.—Que la definición de la letra de que tratan los Gramáticos antiguos, se debe entender de la simple	60
»	IX.—De los géneros en que los Gramáticos antiguos dividen las letras, y en los que basta que sean divididas para más fácil inteligencia de este arte	64
»	X.—De la razón por que los niños tardan tanto en aprender a leer, y pruébase ser la causa que lo dificulta la nominación de las letras con que los enseñan	67

	Páginas
CAP. XI.—Otra definición de la letra, que declara el uso de ellas	69
» XII.—Cómo se ha de entender la reducción de las letras de nombres compuestos a simples	72
NOMINACION de las letras simples por demostraciones de la boca, y razón por que les dieron aquella forma de caracteres más que otra, y las abreviaturas y números de cuenta que significa y vale cada letra en la lengua latina y castellana:	
CAP. XIII.—De la A	79
» XIV.—De la B	82
» XV.—De la C	82
» XVI.—De la D	84
» XVII.—De la E	85
» XVIII.—De la F	86
» XIX.—De la G	87
» XX.—De la H	88
» XXI.—De la I	89
» XXII.—De la L	90
» XXIII.—De la M	91
» XXIV.—De la N	92
» XXV.—De la O	93
» XXVI.—De la P	94
» XXVII.—De la Q	95
» XXVIII.—De la R	96
» XXIX.—De la S	97
» XXX.—De la T	98
» XXXI.—De la V	99
» XXXII.—De la X	100
» XXXIII.—De la Y	101
» XXXIV.—De la Z	101
» XXXV.—Qué sonido tiene la cedilla en la c	103
» XXXVI.—De la J	104
» XXXVII.—De la Ñ	105
» XXXVIII.—De lo que se ha de quitar a cada letra para que quede su voz simple, y las que se ha de aprender a juntar por la diferencia de su pronunciación	106

LIBRO SEGUNDO

ARTE PARA ENSEÑAR A HABLAR LOS MUDOS

CAP. I.—De qué causas procede la mudéz y en qué edad debe empezar a aprender a hablar el mudo que le sea más fácil la enseñanza	110
» II.—Cómo el mudo no puede aprender a hablar por otro modo que el que se le enseña en este arte	111
» III.—Que por demostraciones se le ha de dar a entender al mudo las letras	114
ABECEDARIO DEMOSTRATIVO	
» IV.—Declaración de las demostraciones que significan la jota, y griega, zeda y tilde	127

	<u>Páginas</u>
CAP. V.—De la manera que se le han de enseñar al mudo las letras en voz.....	128
» VI.—De la postura y mociones que han de tener y hacer la boca, lengua, dientes y labios para formar el mudo cada letra.....	130
» VII.—Cómo se le ha de enseñar al mudo a juntar las letras.	140
» VIII.—En que se reducen las partes de la oración a tres y cuáles son.....	142
» IX.—Qué cosa es nombre y su división y enseñanza.....	144
» X.—Qué cosa es conjunción.....	147
» XI.—De los géneros que tienen los nombres de la lengua castellana.....	156
» XII.—De qué género es cada nombre y los excepcionados de las reglas.....	159
» XIII.—Regla para enseñar al mudo los plurales de los nombres.....	166
» XIV.—Qué cosa es verbo y en qué se conoce.....	169
» XV.—Cómo se ha de dar a entender al mudo la variación de los verbos por tres tiempos.....	171
» XVI.—Cómo se ha de variar el verbo <i>tomo, tomas</i> , y todos los demás que le siguen.....	173
Índice de los verbos que se ajustan a ser variados por <i>tomo, tomas</i>	179
» XVII.—Excepciones de los verbos <i>doy, estoy, soy</i>	195
» XVIII.—Cómo se ha de variar el verbo <i>como, comes</i> , y todos los demás que le siguen.....	198
Índice de los verbos que se ajustan a ser variados por <i>como, comes</i>	203
Índice de los verbos que aunque se varían por <i>como, comes</i> , se diferencian en el infinito del presente porque acaban en <i>ir</i>	206
» XIX.—Del verbo <i>soy, eres</i>	210
» XX.—Cómo se ha de enseñar a contar al mudo.....	216
» XXI.—Cómo se han de enseñar al mudo las contraposiciones de las cosas.....	223
» XXII.—Cómo se le ha de enseñar al mudo a que entienda por discurso lo que hablare.....	225
» XXIII.—En qué libros ha de leer el mudo para aprender, y si hay reglas suficientes a enseñarle por los movimientos de los labios para que entienda lo que le hablaban.....	227

TRATADO DE LAS CIFRAS

Cómo se leerá un papel escrito en cifra sin la contracifra y qué advertencias son necesarias para que no pueda leerse..... 233

TRATADO DE LA LENGUA GRIEGA..... 239

ADVERTENCIAS para valerse de este Arte para Enseñar a Hablar los Mudos las naciones extranjeras..... 249

Índice..... 252

Colofón..... 255

BIBLIOTECA MODERNA

DE

FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

JUAN PABLO BONET

REDUCCIÓN DE LAS LETRAS
Y
ARTE PARA ENSEÑAR
A HABLAR LOS MUDOS

:: SE IMPRIMIÓ EN LA ::
IMPRESA TORRENT
SANTA TERESA, 16. — MADRID

EN

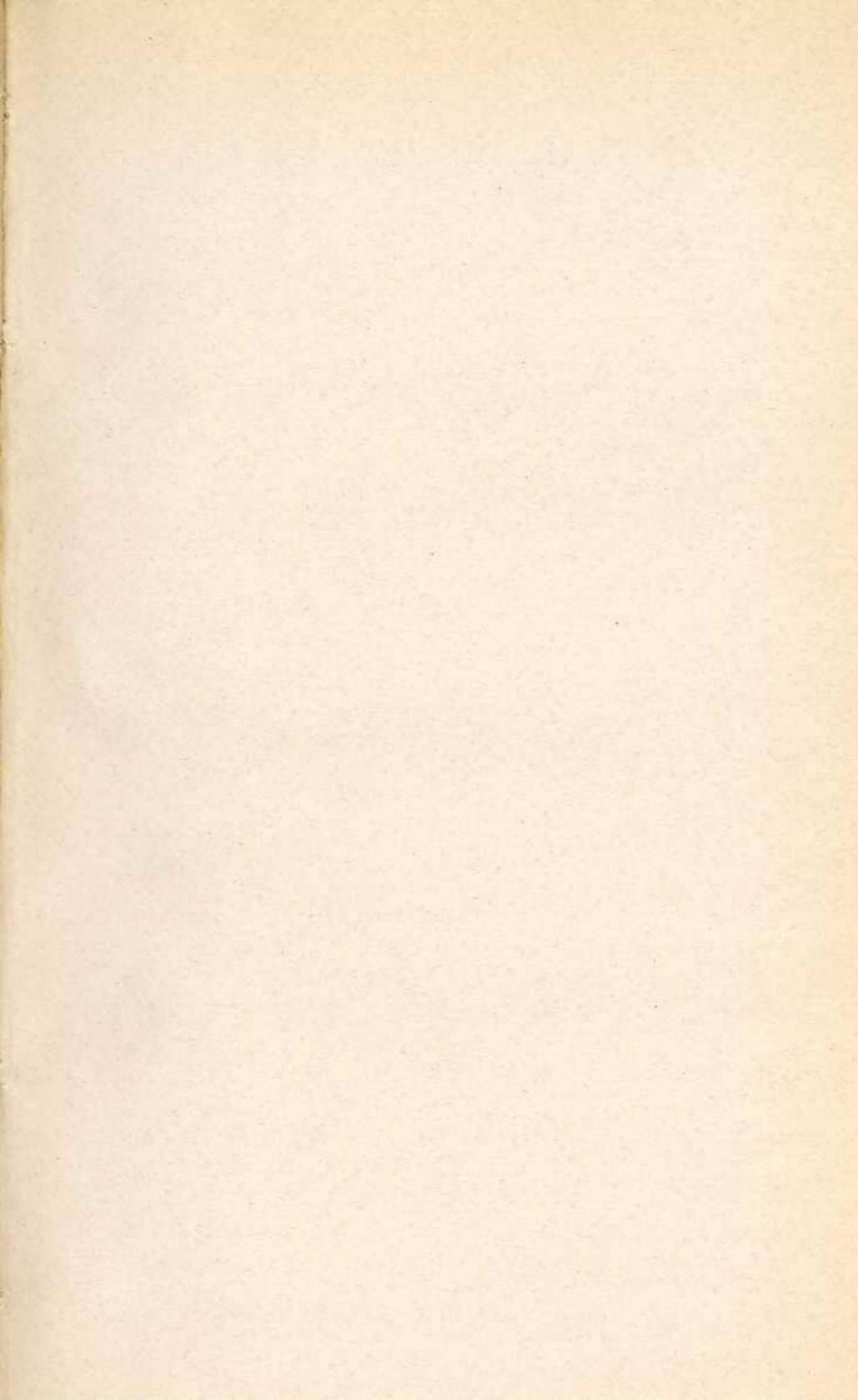
:: :: :: :: 1930 :: :: :: ::

FRANCISCO BELTRÁN

EDITOR

PRÍNCIPE, 16. — MADRID









INSTITUTO BIBLIOGRAFICO ARAGONES

BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1038833

IBFA.25



BONET
ARTE

ENSEÑAR A HABLAR
A LOS MUDOS



IBFA-25